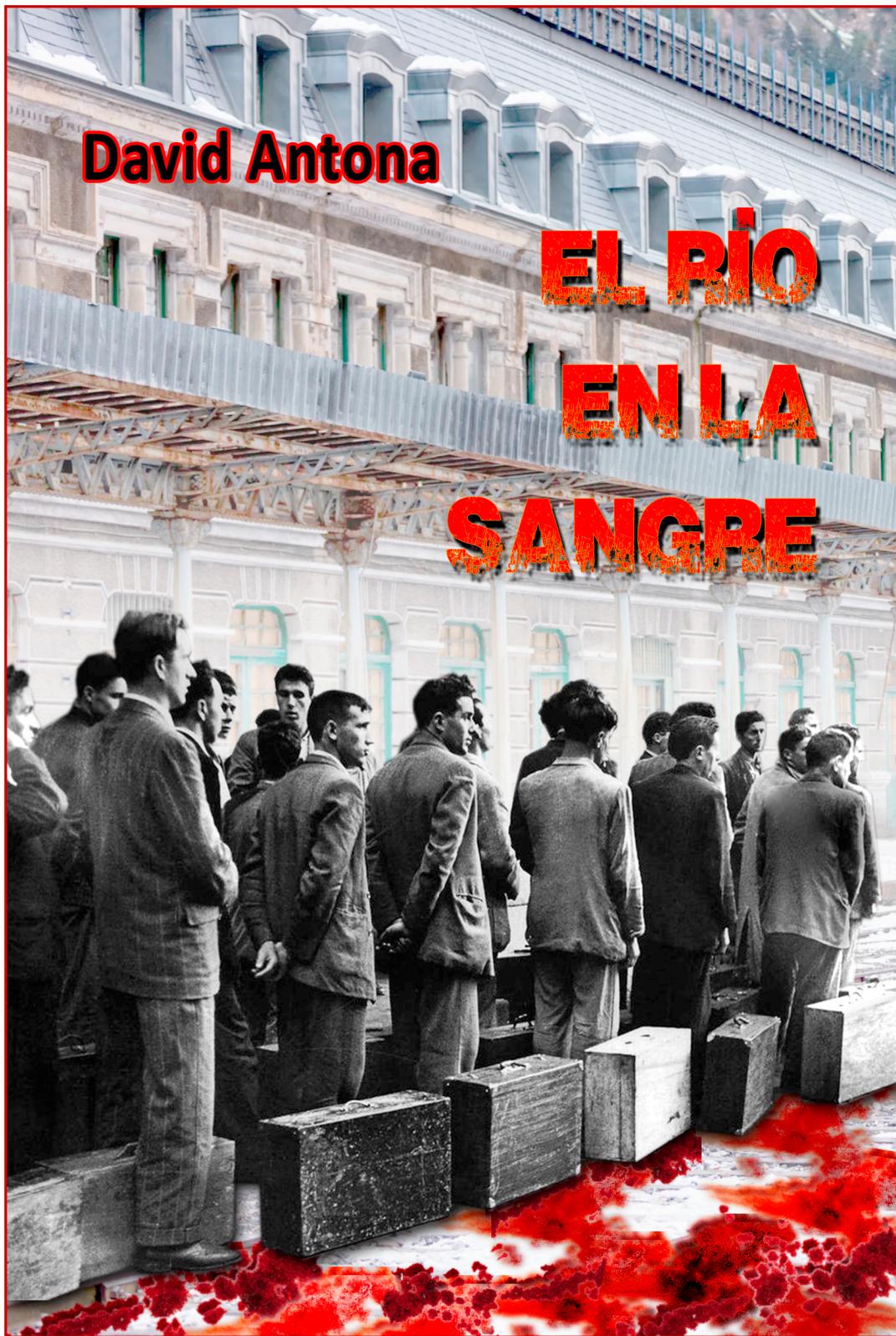


David Antona

**EL RÍO
EN LA
SANGRE**



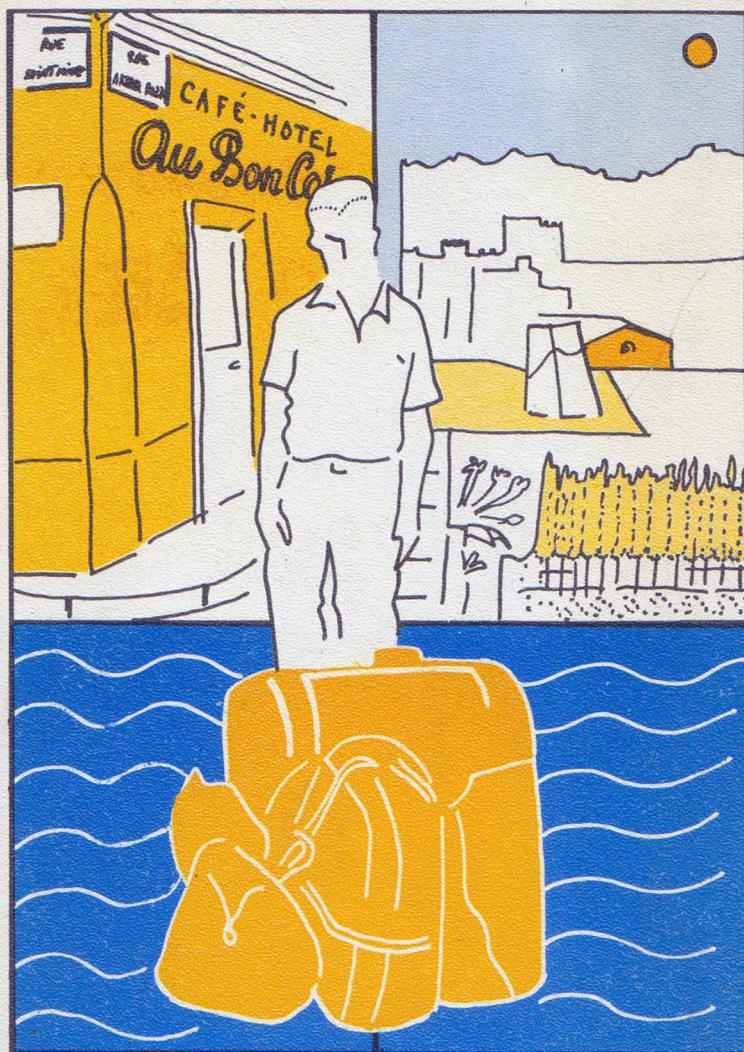
Nacido en 1930 DAVID ANTONA ha vivido, por azares de su existencia y por la atormentada historia de su familia y su país, en la encrucijada de dos culturas, dos mundos y dos idiomas distintos, vivencia que acabaría conformando "su carácter caótico, escindido y contradictorio". Regresó a España en 1974, un año antes de la muerte de Franco, tras largo exilio.

Afirma que ha tomado la pluma para devolver la palabra a todos los compañeros –hombres y mujeres– hallados y perdidos para siempre en el camino.

EL RIO EN LA SANGRE es la historia de una búsqueda. Búsqueda de la niñez, intento de recuperar –mediante el reencuentro con los paisajes de la infancia y la evocación de la propia existencia– el papel que le correspondió cumplir al protagonista en la tragedia colectiva de su pueblo. En un estilo conciso, de emotiva ternura apuntada con la mejor sobriedad mesetaria, la narración entremezcla los temas de la búsqueda de una respuesta ante la culminación del viaje, la rememoración del núcleo familiar y el sentido de la infancia, unidos al testimonio veraz sobre la realidad del exilio y las consecuencias de nuestra guerra civil.

EL RIO EN LA SANGRE

DAVID ANTONA



novela



David Antona

EL RÍO EN LA SANGRE



© Queimada Ediciones. 1982.

Reservados todos los derechos en todo el Universo.

Ilustración de la portada original: David Antona

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

- I. Las dos encinas
- II. Los albañiles
- III. En el corazón de mis abuelos
- IV. Flores del jardín de acracia
- V. Una tía para el paraíso
- VI. En el vientre cálido de la liebre
- VII. La muerte del padre
- VIII. Soñando con América
- IX. El mapa de piedra
- X. Una historia olvidada
- XI. Los barnizadores
- XII. El primer vaso es áspero
- XIII. Tiempo de comer, tiempo de vivir
- XIV. Mis universidades
- XV. Camino de Alemania
- XVI. La línea invisible
- XVII. Belleville
- XVIII. Ya nada podrá ser como antes
- XIX. Charco del Candil
- XX. De noche junto al río
- XXI. Canela se llamaba
- XXII. Esperando a que amanezca

A mis padres

Pasaréis ante el árbol, en el río mojaréis vuestro cuerpo, y os colmara una vieja y honda gracia, un remoto misterio, como si el árbol o como si el agua flotasen antes en nuestro recuerdo, como si alguien hubiese antes vivido la vida que lleváis en vuestros cuerpos

José Hierro

I. LAS DOS ENCINAS

Doce de agosto de 1978. Me había propuesto alcanzar la meta final de mi viaje, cubrir los cuatro kilómetros que separaban la Aceña del pueblo paterno. Recordé que cuando era niño mis primas hacían este recorrido a diario, para ir a regar las patatas del Huerto del Cervero o lavar la ropa en el río.

Subí lentamente por la vereda que conducía al camino de Bercimuelle, siguiendo las huellas de la camioneta que había permanecido estacionada durante todo el día junto a la casa del molinero. A estas horas, pensé, ya habrá llegado al pueblo. El camino ascendía serpenteando a través de los campos de trigo y de los encinares. Mis pasos señalaban en el polvo una huella fresca que se borraría al menor soplo de brisa.

Andaba con dificultad, evitando mirar hacia atrás. Tenía miedo de romper el ritmo de la marcha, quizás también de borrar de mi memoria la luz del Puente del Congosto, de olvidar el verde intenso de los álamos del río Tormes. No se oía ninguna voz. El campo estaba desierto de toda presencia humana. A lo largo de todo el recorrido no avisté ningún caminante, cazador o campesino con quien entablar conversación, discurrir acerca de mi vagabundeo, del impulso secreto que me había movido, al cabo de tantos años, a regresar al Charco del Candil.

... De repente me asaltó una duda. ¿Qué sentido tenía aquel viaje? ¿Qué me unía a aquel amasijo de casas parduzcas plantado en mitad de la estepa, a ese pueblo miserable condenado a verse sepultado, con sus últimos y obstinados moradores, en la indiferencia y en el olvido? (“De habernos quedado en Bercimuelle, me dijo una vez el tío Gabiluche en la taberna, hubiésemos acabado por comernos los unos a los otros”). ¿Y si la casa de los abuelos estuviese cerrada, abandonada? ¿Iba a deambular solo por las calles de un pueblo desierto, rebuscando entre sus casuchas de piedra y de adobe unas huellas, las de mi padre y las mías propias, que el cierzo, el sol y el viento debían haberse encargado de borrar hace ya tiempo?

Una vez culminada la ascensión iniciada al pie de la Aceña, volví la cabeza hacia atrás. Entonces, sólo entonces, me decidí a abarcar con la mirada el ancho y dilatado paisaje que se abría ante mis ojos: a mi izquierda divisé el caserío del

Congosto, un apretado montículo de casitas blancas arracimadas en torno al puente romano y al castillo loquero. A mi derecha, brotando de las tierras de pan llevar abrasadas por el sol, se dibujaba la masa de los árboles que rodeaba la Aceña y las copas de los álamos, apuntadas al cielo como flechas puntiagudas.

Volví a tener conciencia del silencio –hondo, infinito– que me rodeaba. De nuevo la angustia –angustia irrazonada– provocada por mi soledad, por ese lento y doloroso buceo al fondo de mí mismo. Silencio en derredor, roto solamente –de trecho en trecho– por los chillidos de una bandada de pájaros que al acercarme a ellos salieron disparados de sus zarzales. A ambos lados del camino los campos, segados, desnudos, esperaban serenamente la caída de la tarde. En algunos la mies no había sido aún recogida y permanecía en medio de los surcos, atada en doradas gavillas.

A fuerza de andar solo, a fuerza de escuchar el silencio, había perdido lentamente la noción del tiempo, la conciencia de mí mismo. El paisaje me había ido deglutiendo, devorando poco a poco. (Si no doy pronto vista al pueblo, pensé, acabaré convertido en mojón, en rama, piedra o rastrojo).

De pronto, aparecieron las primeras casas de Bercimuelle. El tiempo volvió a herirme al pasar por debajo de las dos encinas centenarias apostadas a la entrada del pueblo. Me detuve para enjugarme el sudor de la frente y después de

apoyar el macuto en la cerca de piedra que bordeaba el camino, extraje una carta que llevaba doblada en el bolsillo trasero del pantalón (escrita con tinta verde, sobre un papel de pequeño formato que los presos políticos recibían para escribir a sus familiares en los años 40–43, estaba encabezada por una foto de Mussolini y una bandera italiana).

Durante unos segundos las letras bailaron ante mis ojos. Cuando se deshizo el nudo que me oprimía la garganta, leí –una vez más– aquellas hojas cubiertas con una escritura densa y apretada, en la que apenas si se vislumbraban intervalos o espacios en blanco.

“A mi hijo:

“A tu silencio o, por lo menos, parquedad en el escribir, respondo yo con largas disquisiciones literarias y hasta filosóficas.

“Anoche, por ejemplo, pensaba yo desde mi celda carcelaria, tendido tripa arriba como un faquir sobre mi histórico petare, en las ironías que nos reserva la historia. En la diferencia que hay de ayer a hoy: de tí a mí, concretamente. Un mundo distinto, totalmente distinto, en todas sus manifestaciones el tuyo y el mío, el que tú vives, presencias y en el que estudias del que yo vi, presencié y estudié.

“Mi imaginación, quizás un poco exaltada por el silencio

de la noche y el lugar donde me hallaba, iba deshojando –lenta y pausadamente– la rosa de mis recuerdos juveniles. Y, como es natural, andaba, reandaba, “in mente”, esos caminos que hoy se ofrecen a tu mirada, esos contornos que rodean mi pueblo. Ya en mi carta anterior te hablaba de mi niñez. Hoy vuelvo sobre el mismo tema. No sé si seré pesado. Ello me es igual. Todo lo que brota de forma espontánea del alma es humano, digno de ser reflejado en el papel. La sencillez siempre es bella, porque no lleva afeites ni adornos postizos.

“Es pues el caso que animado por la viveza del pasado, que en ráfagas atorbellinadas acudía a mi memoria, comencé a representarme el escenario físico de mi niñez. Quise alejar los recuerdos, frenar la memoria que, en forma desbocada, me golpeaba las sienes, dormirme, huir, recluirme en mí mismo, no pensar, no torturarme volviendo a vivir el pasado. Pero no; no era posible. El sueño huía de mí espantado por el galopar de los corceles de la imaginación, que pedían a gritos la exhumación de una vida que festonea la miseria y reviste de orgullo la tenacidad.

“Y así empezaron a pasar los recuerdos: primero en tropel, luego suavemente. Esas calles del pueblo, con sus mujerucas enlutadas y sus bandadas de chiquillos harapientos, sucios, en acción de apedrear perros y toda clase de animales (con más mocos que letras en la cabeza) me ocupó el pensamiento... Luego desfilaron mis actos de

guerra, cuando apenas si contaba seis años. Me veía caudillo de toda una patulea que, dirigida por mí, acometía con ferocidad africana a cuantos no querían rendirnos vasallaje. Ahí mismo, en esos lugares que tu visitas, gané yo más de un trofeo de guerra. Que lo digan si no los pobrecitos y humildes tejados del tío Mateo y el sastre, acribillados por los tiros directos que al frente de mi banda, o bien sólo, les infería siempre que me venía en gana.

“Pues... ¿y los pateos en la escuela –verdadero agujero o, mejor, tronera– en la que los niños, sin aire ni luz, sólo aprendimos a mofarnos del insigne maestro, honra de la tierra que le vio nacer, Don Juan Anca?

Tus juegos, por el mismo escenario en que yo jugué y reí me hacen completamente dichoso. Esos cerros, hondonadas, prados y sierras fueron un día hollados por mis pies. Ahí empecé a sufrir y a amar... A conocer a los hombres y a perdonar.

“Por esas tierras que quizás contemples o puedas contemplar al tiempo que lees esta carta, corrí y salté yo cuando tenía tu edad... Ciertamente que a los doce años yo cavaba la tierra y calzaba albarcas de goma. Las pedreas con los chicos del pueblo, las diabluras de toda índole –palos a los perros, cantazos a las gallinas, chinarrazos a las campanas, etc.– iban quedándose atrás, perdiéndose en las brumas del pasado... Una nueva vida se imponía,

gradual y sistemáticamente. Ya no era el vivir sin saber para qué. Había que salir al campo, trabajar, ayudar al abuelo, a tu abuelo. A los juegos sucedía el trabajo, la obligación, el deber, la necesidad de aportar un pedazo de pan...

“Luego vino la salida del pueblo como consecuencia de cierta desgracia familiar. Y empecé a correr mundo. A correr, a correr por todas partes. ¿Cuántos caminos trillé con mis pies? Muchos. Ahora bien, nunca olvidé el pueblecito donde nací. ¡Nunca! Sus valles, sus colinas, las sierras, los prados verdes con sus cercas de piedras diminutas y sus flores campestres, los llevé siempre en mis pensamientos. Y es que yo soy el reflejo de esos contornos, de las encinas, de los regatos, de los matorrales silenciosos, de las besanas en los que los gañanes lucen su arte agarrados a la manquera; de ese sol que viste con trajes de alegría a los campos; de ese cielo, repito, que para mí, brilla en esta época del año como no brilla en ningún otro...

“Ahora que otro yo, o mejor dicho la reencarnación de mi yo, se halla de nuevo ahí, se me ocurre decirte lo siguiente: trata con cariño, con delicadeza extrema cuanto veas, oigas y toques. Piensa que allí donde pones la vista estuvo también la mía fija un día; que allí donde tienes el pie reposó hace años el mío y que todo lo que circunda, lo que te entra por los ojos y palpas con las manos, fue mi panorama, mundo de mi alma, en días de

alegría inolvidable. En esa casona vi yo correr los primeros días de mi infancia. Ahí quiero que juegues tú también, que tus gritos despierten los recuerdos que yo dejé incrustados en las paredes, que vuelvan a alborotarse los pacíficos vecinos, que pongas notas de alegría en esos parajes dormidos durante tantos años. Juega ahora. Ve a la era, sube al trillo, cáete y torna a subir y torna a caerte. Que el abuelo y la abuelita se alegren con tu presencia, que les entre la alegría a torrentes por todas partes y recuperen así algo de felicidad, de la mucha que pasó junto a ellos en la vida, sin detenerse...

“Empapa tu alma en todos estos recuerdos. Pídele al abuelo que antes de abandonar el pueblo te acompañe, en excursión, a la sierra. De todas las estampas que guardo en la retina de mis ojos la más luminosa, la más viva por así decirlo, es la de la sierra. Ahora mismo la tengo fotografiada sin que falte el menor detalle físico de la misma. Una vez allí, en la cresta más bravía, debes tender la mirada hacia la lejanía. Verás, desde tan magnífica atalaya, el lugar denominado Los Hermanillos. Es el más adecuado para extender la vista a todas partes. A tu izquierda descubrirás el pueblo de Gallegos de Solmirón, enroscado a la tierra, parduzco y guardado por el castillo roquero que domina el pueblo. De frente, hacia el mediodía, la vista tropieza con numerosos pueblecitos y aldeas rodeados de extensos tapices de verdor. Y más atrás, allí donde el horizonte se recorta por la línea de la

inmensa cordillera, se adivina más que se ve el nacimiento del río Tormes que, recto como una flecha, atraviesa el Barco de Ávila, lamiendo con sus fauces abiertas los enormes pedruscos, para luego seguir –borracho de sol y de horizontes despejados– a hendir la provincia de Salamanca con sus aguas de finura de coral...

“Cuenta con el cariño de tu padre

Hoy, 8 de agosto de 1941”

Era inútil seguir. Me sabía de memoria cada uno de los párrafos de la carta. Por otra parte, de nada servía seguir aplazando con pequeñas artimañas el momento en que tendría que penetrar en Bercimuelle. Me lancé de nuevo al camino... El pueblo parecía dormir. No se apreciaba en él ninguna señal de vida (voz, silueta humana o humo saliendo de los muros ocres de sus casas).

Pronto di alcance a la fuente que señalaba la entrada del pueblo. No había un alma alrededor de ella. Me acercé... El brocal del pozo estaba cerrado. (El cubo descendía lentamente atado a un cordel; golpeaba las paredes con un sonido metálico; acababa hundiéndose en el agua con un sonido mate y refrescante).

El corazón me dio un vuelco cuando intenté identificar, entre las primeras construcciones del pueblo, la vieja casona de los abuelos. Durante varios minutos me quedé inmóvil,

como petrificado, ante una casa de piedra cuyas ventanas estaban cegadas con ladrillos de adobe.

Afortunadamente, descubrí mi error a tiempo: aquella casa no era la de mi familia. Carecía de emparrado. Tampoco corría a lo largo de su fachada el poyo de piedra en el que solían sentarse los abuelos cuando empezaba a anochecer.

II. LOS ALBAÑILES

En 1935 vivía con mis padres en el Paseo de la Dirección de Madrid. Cuatro Caminos era, por aquel entonces, una barriada popular y bulliciosa. En cuanto llegaba el buen tiempo los chiquillos se adueñaban de la calle. Sobre sus aceras, o en medio de sus adoquines, pasábamos largas horas jugando al aro –que empujábamos habilidosamente con un alambre retorcido en su extremidad–, a las canicas –de guá servía cualquier agujero– o golpeando un palitroque afilado que solíamos batear con precisión para arrojarlo lo más lejos posible.

Varias veces por semana yo acompañaba a mi madre a llevar la comida a mi padre, desde Cuatro Caminos a la Universitaria. Descendíamos por terraplenes ocres y pelados, cortando en campo a través por senderos estrechos y atravesando calveros invadidos por grandes montones de cascotes y de ladrillos rotos. A nuestro paso, el olor del yeso y de los

materiales de derribo se mezclaba con el perfume penetrante de las yerbas aromáticas. Algunas florecillas pugnaban por darle al cuadro una suavidad de paisaje primaveral.

Mis pupilas inquietas reflejaban la silueta de las montañas del Guadarrama, que se asomaban, curiosas, por encima de las moles gigantescas de los edificios a medio construir (vigas y andamios, muros y escaleras lanzados al asalto de un cielo de color añil).

El pitido estridente de una sirena desgarraba el aire. Al poco rato las obras comenzaban a vomitar un tropel confuso de hombres que corría hacia el escampado en el que mi madre y yo acabábamos de detenernos. Allí esperaban sus hijas, mujeres o hermanas con pequeñas cestas de mimbre cubiertas con servilletas blancas, rojas, azules. Algunos albañiles se sentaban solos a comer el contenido de sus tarteras. La mayoría formaba corro sobre la hierba, que desaparecía al instante bajo los pañuelos y las servilletas, desplegadas al sol como un vuelo repentino de palomas.

“¡Allí viene tu padre!”... El último. Caminando sin prisas. El rostro tostado aparece salpicado de yeso. Lleva la cabeza ceñida por un pañuelo blanco ajustado a las sienes con cuatro nudos. Los puños van apretados en el fondo de los bolsillos de un pantalón de sarga azul, cuidadosamente remendado.

El niño reconoce enseguida a su padre. Atezado por el sol,

proyectado con fuerza, con determinación, hacia un punto invisible. Ve de repente al niño y le abre los brazos. Las manos duras y desparramadas, manos de campesino acostumbradas a empuñar una hoz, a ceñir un aparejo o templar el nudo de una soga, se cierran suavemente en torno al cuerpo del niño, lo izan en el aire y se lo llevan en volandas. Por sus ojos desfilan ingravidas, basculando de repente en el aire azulado, las estructuras metálicas de los edificios.

Inician su carrera sobre un pequeño altozano que domina la campa en la que comen los albañiles. El niño aprieta su cara contra la mejilla áspera del padre. El galope concluye al pie de la cesta, junto a la madre, que aguarda de rodillas a que los dos se sienten delante del pequeño mantel que acaba de tender sobre la hierba.

En verano mis padres solían llevarme a un café de la calle Bravo Murillo, el “Europa”, situado en un edificio de ladrillo rojo que también albergaba un cine.

De aquella época –no tendría yo más allá de cinco o seis años– recordaba a Cipriano Mera, el albañil vencedor en Guadalajara de los italianos que, durante nuestra guerra civil, trocó el mono azul y la paleta por el uniforme de jefe del Cuarto Cuerpo de Ejército. Cipriano me sentaba sobre sus rodillas y me pedía que le dibujase uno de aquellos guardias civiles de ceño tenebroso y bigote agresivo, al parecer mi especialidad de niño.

Era un hombre joven, dotado de una fisonomía ruda y severa que contrastaba con la sonrisa cálida y socarrona que iluminaba a veces su rostro curtido de viejo jefe sioux, prematuramente señalado por los rudos embates que le había reservado su vida de eterno luchador.

(Volví a verlo cuando había transcurrido más de un cuarto de siglo. En París, mientras ambos esperábamos el metro en el andén de la estación de Belleville. Vi a un hombre envejecido y anónimo. Lo recuerdo con la boina calada hasta las cejas, el rostro totémico, tallado a golpes de hoz y, encajada bajo el brazo, la tartera de albañil eterno, de albañil errante y glorioso a pesar suyo).

... Fueron años de privaciones, de persecuciones, de penas compartidas, de alegrías festivas, de una espera intensa en la que todos creíamos que el mundo acabaría desplomándose como un cascarón podrido lleno de heces y que en su lugar brotaría un mundo nuevo, una nueva vida hecha a la medida de nuestra esperanza. Entretanto, en los barrios obreros el hambre crecía, crecía incansable, se ensanchaba y proliferaba como una planta maligna. El gobierno y la patronal cerraban las obras, privando de trabajo y de pan a los obreros de la construcción, intentando por todos los medios –persecuciones, despidos, encarcelamientos– abatir su sueño de emancipación social.

Cuando cerraban los tajos por orden de la patronal y se

agotaban los ahorros, ya no bastaba para sobrevivir con acudir a la solidaridad de los compañeros o a la ayuda de los vecinos del barrio. Los obreros parados, acompañados por sus mujeres, se daban cita en pequeños grupos para el día siguiente. De madrugada, cuando la ciudad no había despertado aún, se apostaban en una esquina, frente a una de las mejores tiendas de ultramarinos de la calle de Bravo Murillo. A una señal convenida acudía un grupo de mujeres escondidas en un portal. De repente volaba por el aire un ladrillo que se estrellaba con estrépito contra la tienda. La vitrina saltaba en pedazos y los cristales inundaban la acera en un radio de varios metros. En pocos minutos desaparecían las ristras de chorizos y los jamones colgados de los ganchos de acero, se derrumbaban con estrépito las latas de conserva ordenadas en forma de pirámide a ambos lados del escaparate... Sonaba un segundo silbido y las mujeres desaparecían por donde habían venido, arrastrando varios sacos llenos de vituallas.

(El asalto a las mantequerías y a las tiendas de comestibles llegó a repetirse con tal frecuencia que los comerciantes, escarmentados, optaron por retirar la mercancía de los escaparates, a excepción de los chorizos, que reemplazaron por embutidos de palo).

En otras ocasiones los obreros, acompañados por sus mujeres y su prole, endomingados y lustrosos, se desplazaban a uno de los barrios céntricos de la capital. Después de

curiosear varios restaurantes, optaban por entrar en un establecimiento cuyos precios y menú les merecían confianza. Una vez instalados pedían los mejores platos, los postres más suntuosos. Los niños, la madre, lo devoraban todo. El padre, más comedido, ponía un broche final a la comida con un excelente habano y un coñac francés entibiado previamente en una copa de grandes dimensiones. Los niños, aleccionados, habían engullido aquellos manjares sin rechistar. Después de felicitarlos por su comportamiento, la madre limpiaba la boca del más pequeño, manchada de crema, con una esquina de la servilleta. Todos sonreían felices, como lo haría cualquier familia de clase media que acaba de festejar la onomástica del padre, su ascenso en el escalafón de un negociado ministerial o, simplemente, los diez primeros años de matrimonio.

Cuando el camarero traía la cuenta... “Mire, soy fulano de tal. Obrero de la construcción. Parado desde hace tres meses. ¿Quiere usted llamar al gerente?”. El gerente, carmesí, ahogaba su indignación en los pliegues de la sotabarba y amenazaba con llamar a la policía. “La policía...”, replicaba el albañil dando las últimas chupadas al puro. ¡Qué quiere que le diga! ¡Llámela!”. El gerente, indignado, estrujaba en sus manos la servilleta, inmaculada e inútil, con la que había acudido a la llamada del camarero. “¡Salgan inmediatamente de aquí!”, optaba por decirles...

El obrero apuraba tranquilamente el último sorbo de coñac, ayudaba a su mujer a vestir a los niños y antes de salir

emitía en dirección de los clientes que contemplaban la escena, asombrados, un eructo sonoro que era todo un desafío, una advertencia lanzada a la cara de los que no conocen la sed, de los que nunca han padecido hambre, de los que siempre amenazan con el rigor de la justicia a los parias, a los apestados que se atreven a subvertir el orden almidonado que reina en los restaurantes de los ricos.

III. EN EL CORAZÓN DE MIS ABUELOS

Durante los tres años que duró la guerra civil y hasta finales de 1940, fecha en la que regresamos a España, tras la condena a muerte de mi padre, mi madre y yo permanecemos en Burdeos con la familia materna.

Emigrado a Francia desde 1919, el abuelo Antonio ejercía su profesión de zapatero remendón en una “échope” de la calle del Jardín Público. La abuela Leandra, navarra empecinada, mujer de carácter decidido, francófoba de expresión y vocación, atea y descreída en la ciudad más católica e integrista de España, Pamplona, era famosa por sus juicios tajantes que no dejaban títere con cabeza. Solía decir: “A los franceses les gusta ser cornudos”; “las francesas están siempre cansadas”; o bien: “¡Menudo maricón está hecho ese León Blum”. (Durante la guerra una comisión de la que formaba parte mi padre se entrevistó con el líder socialista

para solicitar del gobierno francés una ayuda material de guerra). “Mucho compadecerse del pueblo español y le niega esas armas a tu padre y a la República”.

Pero entre los políticos de aquella época su cabeza de turco preferida era Chamberlain, jefe del Gobierno inglés, el “hombre del paraguas”, uno de los principales responsables de la política de “no intervención” en nuestra contienda: “A ese cabrón, decía la abuela Leandra mientras se secaba las manos en el delantal, le metía yo por el culo el paraguas que lleva siempre colgado del brazo. Una vez dentro se lo abría, para que sufra una mínima parte de lo que él y otros sinvergüenzas de su calaña (metía en el mismo saco a los Laval, Daladier, Blum, Chamberlain) le están haciendo pasar a nuestro pueblo”.

El abuelo Antonio era más francófilo, más comedido en sus juicios y menos vehemente que la abuela Leandra. Procedía de una familia modesta de Pamplona y anduvo, durante varios años, metido en negocios de hospedaje: montó una pensión en el barrio español de Burdeos, hasta que poco después de empezar nuestra guerra civil traspasó su pequeño negocio y volvió a ejercer su antiguo oficio de zapatero en un pequeño local situado en las proximidades del Jardín Público. (La zapatería ocupaba la planta baja de una casita de dos pisos. Recuerdo con precisión, como si acabase de abandonar ese pequeño oasis en el que transcurrió parte de mi infancia, la fachada gris y desconchada; el jardín diminuto en el que compartía mis juegos con una tortuga,

dos gatos y un pequeño refugiado checoslovaco, hijo de militantes antifascistas huidos del nazismo; tampoco he olvidado la campanilla, que tintineaba cada vez que un cliente penetraba en la tienda; la puerta acristalada de la “boutique” que una tarde, de vuelta de la escuela, atravesé meteóricamente, sin hacerme un sólo rasguño, mientras lanzaba un estentóreo: “¡Abuela, la merienda!”; sin olvidar el banquillo de madera detrás del cual oficiaba, martillo en ristre, el abuelo Antonio).

Fue precisamente en uno de los cajones del banquillo en los que el viejo zapatero solía guardar la pez, los clavos y las distintas leznas que utilizaba en la reparación del calzado de sus clientes, donde un día descubrí un pequeño féretro de madera pintado de negro.

Accionando un ingenioso sistema se podía correr, lentamente, la tapa superior del féretro. En su interior yacía un pequeño esqueleto pintado de blanco, cuyo pecho aparecía estriado de rayas negras, las costillas, a la manera de las figuras y máscaras de la fiesta mejicana, que simbolizan el lado trágico de la vida y los aspectos risueños y grotescos de la muerte.

Cuando se ponía en marcha el resorte invisible que permitía correr la tapa, el pequeño esqueleto blandía, agresivamente –como si fuese un pendón o una bandera– un miembro viril pintado de rojo que vibraba desafiadoramente hasta quedar colocado en posición perpendicular al féretro.

El recuerdo del pequeño ataúd pintado de negro desapareció de mi memoria, hasta que años más tarde volvió a emerger y a flotar en sus aguas altas como un frágil esquife. Tardé mucho tiempo en comprender por qué su visión turbaba profundamente mi espíritu de niño inquieto, de niño encandilado por los misterios de la vida y de la muerte.

Desde el momento en que lo descubrí –aquel día buscaba un bramante para atar a Miski, un gato golfo y corre-tejados que solía volver cubierto de heridas de sus expediciones amorosas– no dejé de sentirme fascinado por el pequeño féretro: por obra y gracia del talento, de la profundidad e inspiración de un artista anónimo, me veía confrontado –a pesar de mi corta edad– a la extraña magia de un poema-objeto que resumía, perfectamente imbricados, los dos polos, –el uno oscuro, el otro luminoso– en los que se consumiría mi existencia.

Al recordar aquel insignificante episodio de mi infancia, me sentía aún turbado por el antagonismo, la oposición irreductible de esos dos símbolos: el del féretro, símbolo de la muerte y el del sexo, símbolo de la vida. Pero lo que más honda impresión me causaba no era la imagen del cadáver que yacía en su interior. Me fascinaba el empeño del artista en trascender la muerte haciendo enarbolar al esqueleto un pene provocador, en afirmar –frente a la inevitable muerte– la tenaz y testaruda permanencia de la vida.

El abuelo Antonio era un hombre amante de los buenos

puros, de los vinos generosos y los trajes hechos a medida. “En vez de zapatero, le decía la abuela Leandra, tenías que haber nacido príncipe o burgués”. Mi abuelo detestaba cordialmente la sopa y odiaba los excesos, cualquier exceso capaz de romper la monotonía y el equilibrio que caracterizaban su plácida existencia. Amante fervoroso de los mal llamados pequeños placeres de la vida, era sin embargo capaz de salir de sus casillas y demostrar en determinadas circunstancias su auténtica valía.

Entre otras anécdotas capaces de reflejar el carácter y peculiar concepción de la vida del viejo zapatero, recuerdo la siguiente: un día desapareció de casa sin dejar rastro. Hecho verdaderamente insólito, porque el abuelo Antonio, aunque fervoroso partidario de las comilonas y de las meriendas, que solía compartir con una vieja panda de amigos, era hombre poco dado a las francachelas y a las correrías solitarias.

Después de haber dado parte de su desaparición a la policía, mi familia intentó –por su cuenta– descubrir su paradero o al menos hallar algún rastro de él. Para ello hizo averiguaciones en los alrededores del puerto, donde solía dar grandes paseos durante los descansos dominicales; en las calles estrechas y sinuosas del barrio español, arracimadas en torno a la iglesia de Saint Michel; en Mériadec, céntrico barrio, hoy desaparecido, refugio y oasis de carboneros, traperos, ropavejeros, chamarileros y prostitutas, auténtica Corte de los Milagros de la plácida, aburrída y aburguesada

ciudad bordalesa; finalmente, en el depósito de cadáveres, que mi abuela y mis tías visitaron con el secreto temor de que algún truhán lo hubiese sorprendido durante uno de sus paseos solitarios y le hubiese golpeado en la cabeza para sustraerle la cartera o robarle los numerosos dientes de oro que adornaban su boca.

Dos semanas después, cuando todos le dábamos ya por muerto, el abuelo Antonio reapareció de repente, en plena cena. Recuerdo que la abuela Leandra sostenía con una mano una gran sopera de porcelana blanca e iba vertiendo en los platos el contenido humeante del cazo, que despedía un olor denso y familiar.

El abuelo entró por la puerta de la cocina en mangas de camisa –se había despojado previamente de la chaqueta y de la gabardina– y se sentó a la mesa. Después de anudarse una servilleta al cuello, le preguntó a la abuela: “¿Leandra, qué se cena esta noche?”. A la abuela, poco dada a exteriorizar sus sentimientos o emociones, a poco si le da un colapso. La idea de tirarle la sopera al abuelo o, simplemente, de verterle su contenido sobre la cabeza, debió tentarle durante breves segundos. No obstante, logró dominarse y ante mi asombro y el de mis tías, le preguntó tranquilamente: “¡Pero hombre!... ¿Dónde te habías metido? Te hemos estado buscando por todas partes. Hasta en el depósito de cadáveres.” “Tranquilos, contestó el abuelo, que no me ha pasado nada. Me he traído la dentadura intacta, añadió socarronamente, mientras exhibía

una hilera de dientes de oro brillantes como el escaparate de una bisutería. A continuación rechazó el plato hondo que le tendía la abuela: “Esa sopa me la guardáis para que desayune mañana”. Después de apurar hasta la última gota el vaso de vino que le había tendido la abuela, se decidió a darnos la explicación de su “fuga”:

–Sencillamente... Aquella tarde, después de cerrar la zapatería, me fui a tomar un café al bar de Robert. Allí eché por casualidad un vistazo al periódico y vi que me había tocado la lotería. Me fui a cobrar el premio y esa misma tarde cogí un tren en dirección de la frontera... Me había acordado de repente que al día siguiente empezaban las fiestas de San Sebastián. Y esa es toda la historia... Después de la última corrida de abono cogí el tren de vuelta. No me quedaba ni un triste real. La verdad –añadió pensativo– es que no era un premio importante.

... El abuelo Antonio era un hombre pacífico, menos apasionado por la política que la abuela Leandra. Pero siendo un hombre de talante moderado, su corazón latía, inequívocamente, por las izquierdas. Su auténtica dimensión humana, su sentido –entre trágico y socarrón de la existencia– lo descubrí más tarde, durante los años oscuros de la guerra civil y de la ocupación alemana.

Cuando los ingleses bombardearon en varias ocasiones Burdeos, pocos días después de la entrada de los alemanes en la ciudad, mis tías solían arrastrarme a los sótanos del

consulado de un país sudamericano situado frente a la zapatería.

En cuanto sonaba el ruido de las sirenas, cuyos pitidos agudos invadían la casa de los abuelos como un tropel de vacas celestes –entretanto los reflectores antiaéreos barrían el cielo con sus grandes pinceles luminosos– las tías se vestían a toda prisa y a mí me echaban un abrigo por encima del pijama, después de haberme arrancado precipitadamente a mi sueño. Para salir a la calle nos veíamos obligados a pasar por el dormitorio de los abuelos. Conservo aún la imagen del abuelo Antonio metido en la cama, fumando plácidamente y preguntando a sus hijas si había sonado ya la alerta. Como no lograba conciliar el sueño, intentaba matar el tiempo dando ruidosas chupadas a un cigarro cuya punta roja taladraba la oscuridad.

Los alemanes habían impuesto el toque de queda y prohibido encender las luces de las viviendas. En torno al resplandor de la vela que llevaba una de las tías, vi dibujarse poco a poco los contornos de la silueta del abuelo Antonio: tenía medio cuerpo apoyado en la almohada y los brazos extendidos por encima del embozo de la sábana. De vez en cuando se inclinaba hacia un cenicero depositado al pie de la cama. Después de sacudir en él las cenizas del puro, recobraba su postura inicial y chupaba de nuevo el cigarro con aquel gesto voluptuoso que adoptaba siempre que fumaba, entornando los ojos y apretando los labios alrededor del veguero.

A su izquierda, pegada contra la pared, la abuela Leandra dormía profundamente con la boca abierta, atronando el aire con un concierto de ronquidos sonoros.

En el corazón de los abuelos latía el viejo fondo estoico de la raza, un sencillo y claro desprecio a la muerte. Preferían acogerla tumbados en la cama, rodeados de objetos familiares, durmiendo a pierna suelta como la abuela; o, como el abuelo, saboreando un cigarro, apretándolo golosamente entre los dientes y humedeciéndolo de vez en cuando con la punta de la lengua, para penetrarse con su sabor más íntimo, más profundo.

“Si ha de caer una bomba sobre la casa, que nos pille al menos en la cama”, solía decir la abuela Leandra. Las tías no insistían y, una vez en la calle, las dos me arrastraban a toda prisa hacia los sótanos del consulado.

En cierta ocasión, y a pesar de mi corta edad, pude apreciar que el talante pacífico, el egocentrismo y aparente desinterés por la política de mi abuelo, podían dar paso –en determinadas situaciones– a la manifestación de una fuerza de carácter casi berroqueña.

Días antes de que las tropas alemanas entrasen en Burdeos, la casa de los abuelos fue escenario de un acontecimiento insólito. La estufa verde de hierro colado instalada en un rincón de la zapatería ardió toda la noche, atiborrada de documentos comprometedores y de billetes de la

República Española llevados a casa en una maleta abultada por un grupo de refugiados que logró atravesar la frontera y llegar a Burdeos, sin pasar por los campos de Argelès y de Saint-Cyprien, de tan siniestra memoria.

Ante la inminente llegada de las tropas alemanas era preciso hacer desaparecer, convirtiéndolos en humo, aquellos documentos. Hasta altas horas de la noche escuché despierto, desde mi habitación situada en el primer piso de la casa, el ruido de los papeles volcados en el interior de la estufa y el chisporroteo de las llamas. De tarde en tarde sonaban unos golpes metálicos producidos probablemente por un objeto de hierro que chocaba repetidamente contra los costados de la estufa. Golpes destinados sin duda a vaciar las cenizas, una vez consumido el contenido de la estufa. Antes de que el sueño me venciese definitivamente, oí como la operación se repetía una y otra vez.

Al día siguiente, cuando bajé a la cocina, la abuela Leandra me puso –como de costumbre– un tazón de porcelana sobre el mantel de hule azul. Antes de bajar, desde las ventanas del dormitorio, había echado un vistazo a la calle. Era un domingo gris y lluvioso. La radio anunciaba que los alemanes se hallaban a cincuenta kilómetros de Burdeos, lo que explicaba quizás que las calles apareciesen vacías de transeúntes.

A través del humo que despedía el tazón observé que los abuelos tenían los párpados hinchados. Debajo de sus ojos

se abría un círculo violáceo que acentuaba su aspecto cansado. Toda la casa estaba impregnada de un olor acre que me produjo una fuerte picazón de garganta. Después de desayunar pasé al taller del abuelo y me entretuve hojeando las colecciones de revistas de cine que mis tías conservaban en los cajones situados al pie de la estantería pintada de verde que ocupaba el fondo del taller. (Sobre esta estantería se alineaban los pares de zapatos, una vez reparados). Antes de sentarme en mi pequeño taburete, fijé la vista en la estufa y en el suelo del taller: ambos relucían, como si acabasen de ser fregados con estropajo y jabón.

... No había transcurrido una semana, cuando los primeros destacamentos del ejército alemán hicieron su aparición en Burdeos. Las calles, charoladas por la lluvia que caía sin cesar sobre la ciudad, aparecían desiertas y sin vida. En cuanto a los comercios, permanecían cerrados en su mayoría.

Días antes, mi familia me había mandado al campo, a casa de un amigo fotógrafo de origen polaco que más tarde, durante la ocupación, hizo fortuna fabricando jabón y que, por aquella época, ejercía su profesión en un pueblecito situado a pocos kilómetros de Burdeos. A los dos días de mi llegada, apostados detrás de los visillos del comedor, vimos al convoy alemán atravesar la calle central del pueblo. Los coches avanzaban lentamente, probablemente para dar mayor solemnidad a la escena e impresionar a la población civil. Pese al tiempo desapacible y frío –corrían los primeros días del mes de noviembre– los coches Mercedes ocupados

por los mandos militares del ejército de ocupación llevaban la capota levantada. Detrás de ellos, seguían varias dotaciones de motoristas que, a su vez, precedían una larga fila de camiones llenos a rebosar de soldados. Los oficiales, rígidos como autómatas dentro de su uniforme de color verde-gris, miraban fijamente ante ellos con la mano derecha puesta sobre la funda de su pistola.

Uno de esos oficiales penetró pocos días después en el taller del abuelo Antonio. Le precedía un policía francés vestido de paisano.

–¿Es usted español?– le preguntó el policía francés al abuelo.

–Sí señor –le contestó éste–. ¿En qué puedo servirle?

–Queremos interrogarle –explicó el policía–. Haga el favor de seguirnos.

El abuelo se quitó el mandil y lo colgó de una escarpia. Previamente escupió el puñado de clavos que tenía en la boca. Entretanto, el oficial alemán examinaba con atención el taller, sin dejar de balancearse sobre sus botas de cuero negro y de cambiarse de mano el par de guantes que se había desenfundado al penetrar en el taller.

–¿Ha alojado usted en su casa a algún compatriota? –le preguntó de repente al abuelo Antonio el policía francés–. Su voz se había hecho dura y agresiva, menos impersonal.

Yo observaba la escena sentado detrás del banquillo, acurrucado en el pequeño rincón que mi abuelo solía despejar para que pudiese hacer junto a él mis ejercicios escolares.

–Sí señor. Hemos alojado a varios refugiados. ¿Qué hay de malo en eso?– contestó el viejo zapatero con un gesto crispado.

–¿Quiere seguirnos?– volvió a insistir el policía.

Lo observé atentamente: recuerdo que tenía un bigotito cuadrado y mal recortado, apenas una “mouche” posada encima del labio superior. También me llamó la atención su nuca, una nuca perfectamente rasurada, que sobresalía por encima del cuello del impermeable de color caqui.

El abuelo Antonio volvió a sentarse detrás del banquillo. Inesperadamente cogió un tirapié y se lo ajustó con el mismo gesto preciso y eficaz que yo le había visto repetir docenas de veces. Acto seguido sus dedos cuadrados, ennegrecidos por la pez y la cola, hurgaron en una de las cajas de betún que utilizaba para guardar los clavos. Extrajo un puñado de clavos diminutos y se los echó a la boca.

–¿Quiere seguirnos, por favor, Monsieur?– insistió el policía del bigotillo.

–¿Para qué quiere que le siga? –contestó tranquilamente el abuelo–. Puedo enseñarle mis papeles. Resido en Francia desde 1919 y jamás he tenido que pisar una Comisaría.

–Monsieur...

El oficial hizo ademán de echarse mano a la pistola. O quizás deseaba solamente asir la hebilla de su cinturón de cuero para darse más compostura. El abuelo Antonio se incorporó y les hizo frente. Su puño derecho, que a mí me pareció de repente desmesuradamente grande, esgrimía –fuertemente agarrado– el martillo de punta roma y cuadrada que solía utilizar para aporrear las piezas de cuero, antes de recortarlas a la dimensión de las plantillas.

Pasaron unos segundos que parecieron durar toda una eternidad. El policía francés y el oficial alemán parecían desconcertados. Cambiaron unas cuantas palabras en voz baja. De pronto, sonó la campanilla suspendida encima de la puerta de entrada y los dos desaparecieron por donde habían llegado

Antes de volverse a sentar, el abuelo Antonio descolgó el mandil de la escarpia y se lo ajustó cuidadosamente. Después de encajar un zapato entre sus dedos ásperos y duros, acostumbrados al tacto del cuero y de la pez, al manejo de la lezna y del tirapié, empezó a extraer –uno por uno– los clavos de su boca y con ellos fue ribeteando el tacón del zapato hasta dibujar sobre su superficie una media luna casi perfecta.

IV. FLORES DEL JARDÍN DE ACRACIA

En Burdeos yo seguía los cursos de la escuela “comunal”. Los padres de mis compañeros de clase eran comerciantes, soldados, albañiles o empleados de correos. Un día, cuando me llegó el turno de anunciar la profesión de mi padre, le declaré rotundamente al asombrado profesor... que mi padre era anarquista.

Fue aquel mismo “instituteur” el que un día, con acendrado republicanismo, nos dio a mí y a mis compañeros de clase, una interpretación “sui géneris” de la muerte de Luis XVI, el pacífico y sonrosado monarca francés. Por aquella época la imagen de Luis XVI que los libros de texto contribuían a fijar en la mente de los niños era la de un rey gordo y bonachón, amante del “bricolaje” –adoraba reparar las cerraduras– y gran consumidor de manzanas, que solía

morder entre displicente y aburrido. Con estas y otras imágenes se diluía, se empequeñecía la gran marea revolucionaria, el inmenso ciclón que arrastró a todo un pueblo a lanzar a la faz del mundo un puñado de brasas con tres palabras mágicas –libertad, igualdad, fraternidad– tres palabras capaces de encender el corazón y la mente de millones de oprimidos. Un ciclón que rompió las cadenas milenarias del pueblo francés, que destruyó y desgajó hasta los cimientos la vieja institución monárquica, corrupta y opresora.

–Al fin y al cabo– decía el viejo “instit”, refiriéndose a la ejecución en la guillotina del desdichado Luis XVI y de María Antonieta, lo único que hicimos los franceses con nuestros últimos reyes fue “rebajarlos” veinticinco centímetros...

Casi todas las tardes, a mi regreso de la escuela “comunal”, solía tropezarme con un hombre de aspecto delgado y enfermizo, que poseía un rostro inquietante, ensombrecido por una barba de varios días. Lo veía salir del portal contiguo a la zapatería, y alzar su cabeza hacia mí, como si me reconociera. Su mirada reflejaba un sufrimiento que parecía estar más allá de lo que comúnmente suele entenderse por el bien o por el mal.

Su simple presencia me daba escalofríos. Para no tropezarme con él aceleraba el paso y echaba a correr hacia la zapatería, en dirección del mundo cálido y cerrado que me aguardaba desde el instante mismo en que traspasaba la puerta del taller. Sabía que este hombre trabajaba al final del

corredor, largo y oscuro, que desembocaba en un gran portalón próximo a la zapatería. En cuanto sonaba la sirena de las doce, los obreros de la fábrica de escobas y ceras situada al final del corredor, salían en tropel por una puerta oscura y anónima que al cerrarse tras ellos se confundía con la superficie gris del muro.

Varias veces por semana los obreros de la fábrica, y entre ellos este hombrecito pequeño y taciturno que llevaba siempre la cabeza cuidadosamente rapada, descargaban grandes sacos de un camión estacionado delante del portal y los apilaban a uno de los lados del corredor. En compañía de mi amigo Paul, yo esperaba anhelante a que hubiesen terminado su labor. Acto seguido, nos encaramábamos sobre el montón de sacos y sobre ellos, librábamos, espada en mano, escarnizadas batallas a través de los montes agrestes, las colinas frondosas, los empinados riscos en los que nuestra imaginación desbordante los había convertido de antemano.

Paul frecuentaba la misma escuela que yo. Lo compartíamos todo y, en primer lugar, nuestras casas y nuestros juegos. El padre de Paul era un obrero antifascista huido de Checoslovaquia en 1938, antes de que la Alemania nazi impusiese a este país su protectorado y su ley de hierro. Paul llevaba siempre la cabeza cubierta con una boina negra que le dejaba una señal en la frente y que abría sus orejas en abanico, como si fueran dos prominentes mariposas. Vestía un delantal gris con su nombre bordado en rojo sobre el bolsillo superior y arrastraba unas “galoches”, o botas de

suela de madera, que metían un ruido infernal al golpear los adoquines de la calle. Era un niño rubio y jovial, lleno de bondad, que contemplaba el mundo con unos ojos azules y cándidos en los que se reflejaba su inagotable capacidad de asombro ante mis diabluras.

Nos entendíamos perfectamente: tanto o más que nuestra condición común de niños desarraigados, testigos mudos del drama de nuestras familias y nuestros pueblos, nos unía una idéntica pasión por las aventuras prodigiosas, por los amores inmarchitables de nuestro héroe favorito, Robín de los Bosques. Robín tenía entonces para mí y seguiría teniéndolos al cabo de los años, los rasgos insolentes, la belleza y la juventud de Errol Flynn, el héroe de tantas y tantas películas que nos hicieron vibrar de niños o de adolescentes: “El coloso de Boston”, “El capitán Blood”, “La carga de la brigada ligera”, “Murieron con las botas puestas”... (Errol: más tarde, el recuerdo de tus proezas nos haría tomar conciencia de que la vida había huido demasiado aprisa, de que se había escurrido entre nuestros dedos como la arena a través de un cedazo, sin que pudiésemos detenerla, sin que pudiésemos exprimirla hasta dejarla exhausta, como a una amante joven).

Cuál no sería el culto que yo rendía a este actor que en 1940 –recién regresado a Madrid en compañía de mi madre para intentar arrancar el indulto de mi padre, condenado a muerte por los tribunales franquistas– estuve a punto de pegarme con un chico de mi edad que a la salida del cine

Narváez trató a mi héroe, despectivamente, de Errol Flan y más tarde, cuando lo amenacé, de Errol Natillas.

Mi pasión por este actor se enfriaría, sin desaparecer del todo, un día en que mi madre –ignorando sin duda el daño que me hacía– le contó a una amiga, en mi presencia, cómo Errol vino a Madrid en 1938, en pleno asedio fascista, a hacer un reportaje sobre la defensa heroica de la capital de España. Al parecer le pilló en la Gran Vía un terrible bombardeo en el que estuvo a punto de perder la vida, dándose la circunstancia –incomprensible para mí– de que al día siguiente mi héroe reunió a toda prisa al equipo que había traído a España y salió echando humo en dirección de los Estados Unidos.

Lo más curioso es que conociendo al dedillo cada una de las escenas de “Robín de los bosques”, no logré ver en la pantalla a mis dos ídolos –Errol Flynn y Olivia de Havilland– hasta pasados los treinta años, cuando ya la película y su recuerdo se habían diluido en mi memoria, hasta llegar a adquirir la pátina que el tiempo y el olvido suelen dar a las grandes pasiones.

Mi amigo Paul, con su imaginación encendida, su capacidad para hacerme vivir las más tumultuosas escenas de la película en aquel decorado hético y elemental –los montones de sacos adosados al corredor de la fábrica de escobas– había jugado una mala pasada a mis tías, anulando en cierto modo los efectos del terrible castigo que éstas me

habían impuesto: la prohibición absoluta de asistir con los alumnos de mi clase a la proyección de *Robín de los Bosques*.

¿Qué delito había cometido yo para merecer tan terrible correctivo? Una noche, después de la cena, queriendo participar en una sobremesa que se alargaba más de lo habitual, me negué a subir a mi habitación. Para ello usé la estrategia que solía utilizar en estos casos extremos y que consistía en apoyar los brazos en la rampa de la escalera que conducía al primer piso haciendo palanca con los pies en la pared, lo que me permitía ofrecer una resistencia insospechada a las amenazas y a los esfuerzos de mis dos tías y de mi abuela, que intentaban –inútilmente– desalojarme de aquella posición inexpugnable.

Un día, mientras Paul y yo estábamos jugando sobre el montón de sacos, recién llegados de la escuela y sin haber tenido siquiera tiempo de pedir la merienda a mi abuela, presenciábamos una escena que nos causó una tremenda impresión y que rompió en pedazos el universo tierno e inocente en el que hasta entonces habían transcurrido nuestros juegos. Aquel incidente nos hizo tomar conciencia de que más allá de nuestro pequeño mundo y de sus frágiles fronteras, existía el sufrimiento; nos hizo intuir que algún día tendríamos que dar cabida al dolor si queríamos penetrar en el mundo misterioso e incomprensible de los adultos.

... Había sonado la sirena y los obreros de la fábrica de escobas empezaron a salir por la puerta gris situada al fondo

del corredor. Paul y yo interrumpimos durante un instante nuestros juegos para ver pasar al hombrecillo de la cabeza rapada. De repente, lo vimos caer al suelo sacudido por terribles espasmos, como si todo su organismo acabase de recibir una descarga eléctrica. Varios compañeros de trabajo lo cogieron fuertemente por los brazos y las piernas para impedir que su cabeza chocase contra las paredes del pasillo. Entretanto, la mujer del portero de la fábrica limpiaba su boca, llena de espumarajos, con un pañuelo. Presenciamos esta escena desde el montón de sacos, aterrorizados y como poseídos por un sentimiento extraño en el que la piedad y la repulsión se mezclaban a partes iguales.

Aquella misma noche, mi abuelo Antonio comentó en la cena que el hombrecillo de la cabeza rapada era un antiguo preso condenado a cadena perpetua, un “bagnard” como el “Jean Valjean” de los “Miserables”. Al parecer había pasado la mitad de su vida en la Guayana francesa por haber matado a un hombre en una pelea.

Años más tarde, tuve ocasión de leer en un libro de historia que muchos de los presos de la Comuna que no murieron fusilados por los Versalleses, fueron a dar con sus huesos a Cayenne, donde fallecieron víctimas de los malos tratos, de la malaria y del paludismo. Entonces volví a acordarme del viejo “bagnard” de la fábrica de escobas y de sus terribles ataques de malaria, secuela de su paso por el infierno verde.

Entre los muchos personajes que la gran marea de la derrota depositó sobre la mesa y el hule azul de la cocina de mis abuelos, recuerdo con especial cariño a Tortosa. Tortosa era un viejo anarquista que durante largos meses fue un visitante asiduo del taller de zapatería, hasta que un día desapareció de nuestras vidas con el mismo sigilo y la misma discreción con los que había llegado.

Tortosa poseía un rostro escurrido y tostado por el sol que confería a toda su persona un aire ascético y digno. Vestía con gran pulcritud, en general con ropas ligeras y de tonos claros, aún en los días más crudos del invierno.

Me encantaba contemplar su larga melena blanca, que caía en ondas blandas sobre sus hombros, y oírle perorar –incansablemente– sobre la revolución, el comunismo libertario y las mujeres, a las que profesaba una auténtica devoción por tratarse –según él– de seres etéreos, inmateriales, que merecían toda clase de atenciones y a las que nunca se debía golpear, añadía maliciosamente, “ni tan siquiera con una rosa”.

Tortosa era hablador y dicharachero, solemne en sus afirmaciones y muy ocurrente. Todos, en la mesa, estaban pendientes de sus palabras. Quizás porque sabían de antemano que Tortosa jamás concluía sus frases. En efecto, el viejo anarquista padecía los efectos de la enfermedad del sueño. Mientras estaba parloteando solía quedarse con la cuchara en alto, como prendida de un hilo invisible, a mitad

de camino de la mesa y de un punto imaginario que él se esforzaba inútilmente por alcanzar. Durante unos segundos su frase aleteaba entre los comensales como un pájaro alcanzado en pleno vuelo por el disparo certero de un cazador. De pronto, en medio del silencio respetuoso que rodeaba al invitado, sonaba un ronquido que pasaba silbando a través de sus labios y que, más tarde, se desenroscaba y daba la vuelta a la mesa como una larga y sonora serpentina.

–¡Tortosa!, ¡Tortosa!– gritaba la abuela Leandra, mientras le zarandeaba con uno de sus gestos desabridos...

Cuando se convencía de la inutilidad de sus esfuerzos –entretanto Tortosa seguía balanceándose sobre su silla, meciéndose lentamente como una planta acuática sometida a la presión de una tibia corriente submarina– la abuela comentaba en voz alta:

–¡Joder! ¡Este hombre se nos ha vuelto a dormir!

Acostumbrado a recorrer, varias veces al día, un trayecto mágico y acolchado que le conducía, en pocos minutos, del mundo de la realidad al mundo del sueño, Tortosa, cuando menos nos lo esperábamos, empezaba a desperezarse. Lo veíamos sacudir su melena de guata... Después de describir un semicírculo con la cuchara, empezaba a platicar de nuevo como si tal cosa. Acto seguido, brindaba a la salud de la abuela y de las tías apuntando en su dirección un vaso lleno a rebosar:

–A las mujeres, flores hermosas del Jardín de Acracia...

Entrañable Tortosa, cuya funambulesca personalidad y extraña facilidad para descabezar un sueño en plena conversación, para dormirse al pie de un semáforo o desarrollar ante un auditorio atento y fascinado su concepto estoico de la vida, causaban mi admiración.

–Los anarquistas –afirmaba– aman la vida por encima de todo. Pero no le temen ni a la muerte ni al sufrimiento.

Y acto seguido, para dar mayor peso a sus afirmaciones, y sin que se estremeciese uno sólo de sus músculos, Tortosa encendía ante mí un mechero y paseaba varias veces la llama amarilla por encima de su dedo pulgar, chamuscado y ennegrecido por la nicotina.

V. UNA TÍA PARA EL PARAÍSO

Mi padre tenía una tía carnal, que era profundamente religiosa. A los cinco años de edad tía Paula me enseñó una oración que yo repetía gustoso antes de acostarme. Esta oración concluía con una tierna e ingenua rogativa infantil:

–Señor mío Jesucristo, perdona a este cachorro de anarquista que quiere ser bueno...

Acentuando las dos últimas sílabas de la palabra “bueno”, me zambullía en las sábanas tibias y familiares de mi pequeña cama turca, acompañado por las risas de mis padres y la sonrisa satisfecha de tía Paula, que con esta pequeña treta rescataba, por breves instantes, mi alma cándida de niño ateo, de niño ignorante de la existencia del cielo y del infierno, de los querubines y de aquel Dios misericordioso y terrible al que solía referirse de tarde en

tarde. También hubo, por su parte, alguna intentona de llevarme –con el divertido beneplácito de mi padre– “al cine de los ángeles” como ella le llamaba a la misa, probablemente para no asustarme y hacerme más atractivo el espectáculo de su austera e incomprensible liturgia.

En 1939, al finalizar la guerra, mi padre fue hecho prisionero en el puerto de Alicante. Tras una corta y terrible estancia en Albatera, (en aquel campo los presos cavaban agujeros en la tierra para protegerse del frío, se alimentaban con raíces sacadas de la tierra y devoraban las hojas de los árboles hasta dejarlos en un puro esqueleto), fue trasladado a Madrid. Condenado a muerte, esperó su ejecución en una celda de la cárcel de Porlier durante tres largos y angustiosos meses.

En los paquetes que le llevaba a la cárcel, tía Paula le metía a mi padre pequeños crucifijos, estampitas de la Virgen de la Fuencisla, escapularios del Sagrado Corazón, pensando quizás que introduciendo a Dios tras aquellos muros pétreos ponía a su sobrino bajo la protección del Altísimo...

(Dios mío, Dios Misericordioso, sálvalo, haz cuanto esté en Tu Mano para evitar que lo maten... Por su mujer... Por su hijito... Por él mismo, que durante toda su vida no ha hecho otra cosa que cumplir tus preceptos, aunque no creyese en Tí: defendiendo a los necesitados, protegiendo a los débiles, enseñando a los ignorantes... Que en aras del amor que profesa a los demás hombres desde su adolescencia, se ha

entregado en cuerpo y alma a los demás... Tal y como lo hizo Nuestro Señor Jesucristo... Y ahora lo quieren matar... Quieren destruir una vida dedicada a sus semejantes...).

Mi padre recibía los paquetes e iba amontonando en un rincón de su celda esas pruebas inequívocas del amor que su tía le profesaba. Mientras esperaba el desenlace a su drama, fortalecía su convicción de que su espíritu no debía debilitarse. Tenía que estar preparado para afrontar su próxima muerte o, caso de que su vida fuese respetada, para iniciar una nueva existencia, superando el terrible desgaste producido en su cuerpo y su mente por la tragedia colectiva en la que se había visto inmerso. Cuerpo y mente jóvenes por la edad, pero prematuramente erosionados, envejecidos, a causa de su participación directa en las luchas sociales que sacudieron al país durante los últimos años.

En la cárcel de Porlier vio desaparecer a muchos compañeros –anarquistas, socialistas, comunistas– aniquilados en hornadas sucesivas, desaparecidos en la vorágine de la represión franquista. (Uno de esos hombres, un militante de las Juventudes Libertarias, al abrazar a sus compañeros de celda antes de ser fusilado, puso en sus manos, después de estrechárselas, una pluma estilográfica de marca Conklin).

Cuando la pena de muerte le fue conmutada por treinta años y un día, cesó aquella pesadilla e inmediatamente mi padre salió de la Casa de los Muertos en dirección a su nuevo destino: un Penal, el de Valdenoceda, situado en la provincia

de Burgos. El penal, que albergaba en sus entrañas a varios centenares de presos políticos, estaba instalado en una antigua fábrica, vieja, destartada y llena de humedad, tanto por su situación geográfica –se hallaba en el fondo de un valle encajonado entre altas montañas grises y peladas– como a causa del río que atravesaba sus cimientos. Allí vio de nuevo morir –víctimas del frío siberiano y de la mala alimentación– a decenas de hombres: los menos resistentes, los más desesperados por la derrota, los que no recibían de sus familias unos mínimos alimentos que les hubiesen permitido sobrevivir.

... Cuando tía Paula supo que las autoridades habían respondido favorablemente a la petición de indulto, no pudo contener sus lágrimas. Era el suyo un llanto cálido, profundo, algo así como una lluvia que sobreviene tras una sequía prolongada y que cae a raudales sobre un paisaje adusto, desolado, haciéndolo reverdecer y devolviéndole su frescor soterrado, sus colores más íntimos.

Lloraba porque Dios, intercediendo por su sobrino y obrando este milagro, la había reconciliado consigo misma; porque de esta forma podía seguir creyendo en Él; ¿qué hubiera pasado –prefería alejar esa idea de su mente– si le hubiesen matado, si aquellas virtudes cardinales de bondad, de amor al prójimo, de olvido de sí mismo, no hubiesen servido para nada?... Se habría confirmado entonces la terrible duda que asaltó su mente durante los meses que duró la espera de su sobrino en las puertas mismas de la muerte:

duda ante la indiferencia con que Dios acogía los gritos y los sufrimientos de los hombres; duda ante la inutilidad del Amor, conciencia repentina del terrible poderío del Mal... Idea que rozó su mente, que fue infiltrándose en su corazón como un poderoso veneno y que, poco a poco, llegó a sumirla en un pozo sin fondo. Su sobrino fue indultado, aunque fallecería a los cuarenta y cuatro años de edad, después de haber permanecido encerrado en distintas cárceles durante cinco largos años. Pero aquel indulto, fue para tía Paula el signo inequívoco de la misericordia de Dios. Escondidos entre una lata de atún y dos morcillas de patata, sus crucifijos y estampitas siguieron cruzando los muros de las cárceles a las que el preso fue a dar con sus huesos, aportándole –una y otra vez– el testimonio de su candoroso e inmarchitable afecto.

Mientras tía Paula rezaba por su sobrino, mi padre esperaba un desenlace al drama de su vida reflexionando en el fondo de una celda, templando sus nervios con el estudio o paseando por el patio de la cárcel y hablando con otros compañeros de las cosas triviales que preocupan a los presos: la evocación de su adolescencia en los campos yermos del pueblo donde nació o de personajes entrañables que de repente acudían a su memoria –Don Juan Anca el maestro cegato, tío Patita el músico del pueblo, tío Trebolín el pastor de ovejas... Recuerdo también de las partidas de caza con su padre y sus hermanos, del lento despertar de su espíritu de joven campesino –deslumbrado por la ciudad– a

la lucha social y a sus avatares; de la fraternidad de sus nuevos compañeros; de la comprensión, cada vez más lúcida, de la necesidad de transformar el viejo mundo y de edificar una sociedad nueva sobre las ruinas de la antigua... Recuerdos suaves y sensibles como el del nacimiento de un hijo, de una excursión a los bordes del Garona, de una primera novia a la que, torpemente, intentaba requebrar... O apetencias elementales, deseos físicos primarios: rozar de nuevo un cuello femenino, fumar –hasta la última brizna– una cajetilla entera de tabaco, devorar, sin tener que dividirlo en raciones, el contenido de un paquete de comida... O aquel intenso deseo de borrar, de diluir su propia vida (regresar para ello a la infancia, a las caricias irremplazables que las madres nos prodigan en los primeros años de la existencia; hasta llegar a la tibia y cálida inconsciencia del vientre materno).

Mientras en la mente y en el corazón de mi padre se desarrollaba esa lenta e interminable espera de la vida y de la muerte, yo me hallaba cursando el primer año de bachiller con una de mis tías que residía en Segovia. Fue en Segovia donde tuve ocasión de convivir por primera vez con tía Paula.

Tía Paula era modesta y silenciosa, afectuosa sin alardes. Como buena castellana no solía exteriorizar sus sentimientos. Prefería dejar que fluyesen y se expandiesen en torno suyo como una corriente subterránea. El recuerdo de su silueta oscura y discreta, de su espalda encorvada, su pelo alisado a ambos lados de una raya perfectamente dibujada,

sus ojos negrísimos enmarcados en un rostro lunar y aceitu-
nado, forman parte de la trama misma de mis años de
adolescencia, de aquel período oscuro y luminoso de la
postguerra en el que los niños –a imagen y semejanza de los
adultos– intentábamos sobrevivir en un mundo sometido a
imprevisibles amenazas, a implacables ordenamientos.

En ese medio inhóspito, espartano, en el que la miseria se
refugiaba detrás de las casas, en el que las familias
esperaban tiempos mejores al calor del brasero, jugando a la
lotería, al parchís o a la oca o, simplemente, desgranando
judías y limpiando lentejas, la tía Paula tenía forzosamente
que alcanzar su verdadera dimensión, su callada grandeza,
en medio de una existencia hecha de escasez y privaciones,
habitada como estaba por la vieja sabiduría de su pueblo,
por el conocimiento ancestral que se adquiere sobreviviendo
a situaciones de penuria, domesticando el hambre a fuerza
de paciencia, ingenio y perseverancia.

Nadie tan capaz como ella para iluminar una mesa con un
plato humilde pero sabroso: con unas sencillas patatas viu-
das que al colocarlas sobre la mesa desprendían un aroma
glorioso. Plato esencial en cuya composición solamente en-
traban –amén de las patatas– una rama de laurel, una cu-
charada de pimentón y un chorro breve de aceite destinado
a unir entre sí estos modestos ingredientes.

... Otra de sus mañas consistía en remozar las zapatillas de

pañó. En casa de mis tíos, todos –niños y adultos– gastábamos este calzado para protegernos del frío glacial que reinaba en las habitaciones. Tía Paula recuperaba la suela de goma de unas zapatillas viejas y con la tela de un abrigo usado, vuelto del revés, lograba dar a su ya dilatada existencia, una nueva e inesperada vida.

... Cómo olvidar aquellos años pasados en Segovia, en medio de un paisaje adusto y seco, abrasado por el sol en verano, convertido en invierno en una auténtica tundra barrida por los vientos helados que por esa época del año recorren la meseta castellana.

Ciudad cuya única vegetación interior lo era de piedra: con sus calles empedradas de guijos y anchas losas; con su plaza cuadrada, que daba entrada a la luz por cada uno de los soportales que horadaban su perfecta geometría; su catedral maciza, imponiendo su ancha mole y su perspectiva al conjunto de la ciudad; sus iglesias de agudos campanarios que se empinaban por encima de los tejados rojos; su castillo roquero asomado a un valle profundo, a una sima recorrida por un río sinuoso abrazado a su basamento (silente nave de piedra proyectada hacia el cielo, lanzada al asalto de la meseta y de su espacio infinito).

Ciudad áspera, atravesada en invierno por brucas ráfagas de aire que convertían en témpanos a los peatones que se atrevían a deambular por las calles. Corrientes cortantes que

enrojecían sus orejas, hasta abrirlas con un rosario de sabañones. (Las rodillas de los niños –reunidos en pandas en calles y plazoletas desafiando el frío, empeñados en interminables partidas de chapas, de bolas o rompe-peones– se tornaban azules y sus dedos, ateridos, se negaban a disparar hacia el guá las bolas de piedra o de acero).

Entre los personajes de esta pequeña y recoleta ciudad castellana, recuerdo con particular afecto a Doña Carmen. Doña Carmen y su amor loco por nuestro profesor de gimnasia, don Rafael... Don Rafael, tocado con su sombrero de fieltro gris, su bigote entrecano manchado de nicotina y su cuello duro. Lo veo aún, medio ciego, tanteando con su bastón anillado de oro los guijos y las losas de la calle Daoíz caminando lentamente en dirección de la Plaza Mayor entre paredes ocres y rosas.

Durante las cuatro estaciones del año, así lloviese, nevase o cayese a pique el sol de fuego que abrasa la meseta durante la mayor parte del estío, Doña Carmen paseaba a diario su locura y su amor imposible a remolque de los pasos de Don Rafael, como prendida de él por un hilo invisible. Su silueta y la de Don Rafael formaban parte, desde hace años, del paisaje íntimo de Segovia. Vestida como un espantajo, Doña Carmen esperaba a su amado –un hombre cincuentón, casado, respetado y respetable, con el que nunca cruzó una sola palabra– en el rincón más oscuro del zaguán por el que éste salía a diario para dirigirse al Instituto de Enseñanza Media en el que impartía sus clases.

Cuando los chicos del barrio nos asomábamos al zaguán, doña Carmen se nos aparecía como una vieja calcomanía, como un personaje escapado de un álbum de familia (broches de metal desgastado, fotografías despegadas que empiezan a amarillear). Se limitaba a mirarnos con sus ojos vacíos. A continuación, se ajustaba la toquilla negra que cubría sus hombros y se estiraba compulsivamente los pliegues de su vestido decimonónico. La llama interior que consumió su juventud había desaparecido de su rostro, proyectándose hacia adentro y refugiándose en los más profundos pliegues e intersticios del alma. En cuanto don Rafael cruzaba la puerta del viejo caserón de piedra y hacía repiquetear su bastón sobre las losas de la calle Daoíz, la pobre loca salía en pos del viejo profesor. Entretanto los arrapiezos –entre los que yo me encontraba– regresábamos corriendo al zaguán y engullíamos los pasteles que Doña Carmen, en homenaje mudo, depositaba para Don Rafael sobre un pequeño rellano.

En algunas ocasiones la pobre loca le acompañaba hasta el Instituto y permanecía allí un buen rato, adosada a las verjas de la puerta de entrada, viéndole dirigir los ejercicios gimnásticos desde el centro del patio. El viejo profesor nos daba órdenes: “¡Paso gimnástico! ¡Alto! ¡Descanso! ¡Más deprisa, señores, más deprisa!”. De vez en cuando, molesto sin duda por la rigidez de su camisa almidonada, Don Rafael estiraba el cuello y describía amplios molinetes con su bastón anillado... Con un “¡Alto!” estentóreo detenía nuestra

carrera desordenada. Descansábamos durante unos instantes. Don Rafael, apoyado en su bastón, respiraba profundamente y se atusaba las guías del bigote con el dorso de la mano. Cuando la clase estaba a punto de concluir hacíamos caer sobre él una lluvia de bolas de papel que rebotaban en su sombrero y en su cuello almidonado. Don Rafael, extendiendo su bastón hacia nosotros, nos amenazaba sin acritud. Sus ojos grises, sin luz, no distinguían más que un carrusel de sombras que saltaban, gritaban y giraban en torno suyo. La escena, con estos personajes (el viejo profesor semiciego, los arrapiezos dando brincos a su alrededor con la cartera debajo del brazo, la vieja loca agarrada a los barrotes de hierro) recortándose en la tarde como figuritas de papel, con la luz vespertina que doraba las piedras de la ciudad y envolvía la copa de los árboles con un polvo aúreo, finísimo, acababa cobrando un aire irreal, como si el tiempo fuera a detenerse y todos contuviéramos la respiración, conscientes de estar viviendo un instante privilegiado, irrepetible.

... Otro tontaina que ocupa un lugar privilegiado en mi memoria, es el bobo de Sainz de Baranda. Allá por los años cuarenta y cinco, todavía se podían ver en numerosas calles del Ensanche madrileño un gran número de terrenos sin edificar. En los solares de las calles Ibiza, Narváez, O'Donnell, los niños solían encender fogatas, organizar cruentas batallas e improvisar escenas inspiradas de las películas de aventuras americanas.

Topábamos con el tonto en los sitios más inesperados:

sentado en cuclillas, al pie de un árbol, tumbado en las escaleras de un colegio de monjas o mirando el trasiego de la calle por encima de la tapia de un solar. El tonto parecía no tener edad. Era bajo de estatura, más bien canijo y llevaba el pelo cortado al rape. Siempre sonreía y cuando hablaba se le quedaba la voz prendida en la baba que le llenaba la boca. Era dueño, al parecer, de un cipote excepcional. “Anda, Moncho, le decían los hombres del barrio. Enseña tu cacharro y te invitamos a un chato”. El bobo se desabrochaba la bragueta y exhibía su miembro en una de las tabernas del barrio, rodeado de un coro de clientes que lo coreaban con ayes, gritos y comentarios admirativos.

–¡Qué bruto, qué animal!

–¡Vaya trabuco que se gasta!

–Oye, Moncho, ¿a quién le vas a hacer feliz con ese chuzo?

El Moncho sonreía babeando de felicidad. Una vez concluida su exhibición, y después de abotonarse el pantalón, se echaba un vaso de vino al colete y a continuación se restregaba la boca con la manga.

–¡Bien, Moncho! –gritaban los juerguistas–. ¡Así beben los hombres!

Nadie sabía de dónde venía, ni quien era su familia. Alguien comentó un día que sus hermanas –dos modistillas de Legazpi– se negaban a tenerlo recogido en casa. Por eso el

tonto dormía en cualquiera de los solares del barrio. Cuando bajaba la temperatura, y empezaba a soplar el cierzo de la sierra, Moncho se acurrucaba en el portal del Colegio de Monjas, a la espera de que las religiosas le abriesen la puerta y le dejaran dormir bajo techado, cosa que no sucedía siempre.

Todos los días, a la hora de comer, su grito bronco y desesperado subía por encima de los ruidos de la calle. Plantado frente a las ventanas de los primeros pisos –a veces las muchachas de servir le arrojaban algún que otro mendrugo de pan, cuando no le bajaban restos de comida del día anterior– el Moncho gritaba en medio de la calle, agarrándose al cincho y hurgándose la bragueta:

–¡Hambreee! ¡Tengo hambre!

Si las ventanas tardaban en abrirse, su grito se volvía terrible y bramaba como un animal en trance de ser degollado. Era un grito dolorido, el grito antiguo de los hombres sometidos al azote del hambre, a ese azote inmisericorde que amenaza a muchos de ellos desde antes mismo de que vengan al mundo, desde el instante en que son engendrados por otros pobres con hambre.

–¡Tengo hambre, hijas de puta! ¡Tengo hambre!

Y su grito rebotaba con furia contra las paredes y ventanas, obstinadamente cerradas... Hasta que alguna chica de servir,

otra hija del hambre, removida en sus entrañas por el grito terrible del tonto, se asomaba a un balcón y le gritaba:

–¡Calla ya, Moncho! ¡No seas escandaloso! ¡Enseguida bajo a echarte algo!

El bobo callaba y aguardaba anhelante la llegada de la muchacha. A la espera de la pitanza prometida, lo veíamos balancearse como un péndulo, de un lado para otro, mientras retenía la baba, silencioso y feliz...

¿Dónde fueron a parar aquellos locos y aquellos tontos de nuestra infancia?

Tontos sagrados, locos trasnochados e indefensos, bobos tiernos e infelices, espejos puros en los que todos, niños y adultos, podíamos ver reflejada nuestra propia imagen, sonriente y deformada.

Tonto, lelo, bobo, simplón... Palabras mágicas, familiares, con las que nos reprendían nuestros padres. “Mira que este niño es bobo...”. “Eres más tonto que Abundio, que no sabía hacer ni la O con un canuto”... “Más tonto que el bobo de Coria”... “Más tonto que Lepe, Lepito y sus siete hijos”... “Más tonto que Gabino, que arrastraba el culo por el suelo y decía que iba en coche”... “Tonto de capirote”...

La palabra tonto se ha quedado flotando para siempre en mi recuerdo, balanceándose en mi memoria como una co-

meta frágil, asociada a gestos de ternura, a guiños de complicidad entre los padres, a preguntas ingenuas seguidas de una explosión de carcajadas:

–¿Mamá, quién era el bobo de Coria? ¿Es verdad que Abundio no sabía hacer ni la O con un canuto? Con lo fácil que es éso...

(Hoy los tontos y los locos han desaparecido de las calles, de nuestras vidas y nuestras conversaciones. En nuestro universo de cemento y de asfalto, de prohibiciones, de órdenes contradictorias, de altos intempestivos; en nuestras ciudades sin hierba y sin pájaros, sin viejos y sin tontos, los hombres sin rostro que las habitan, en un último intento de rescatar su humanidad desvanecida, evocan a veces la silueta entrañable de aquellos tontos de pueblo o de barrio).

VI. EN EL VIENTRE CÁLIDO DE LA LIEBRE

Cuando el pueblo pasaba hambre... ¿En qué fecha?... ¿En qué tiempo inmemorial?... ¿Bajo qué tirano?...

Suben los recuerdos... Veo, allá en el pueblo, a mi pobre abuela, deformada por los partos, desarbolada por los viejos dolores fraternos que acompañan a los pobres hasta la tumba, dando vueltas como una gallina clueca alrededor de una mesa hética y despojada, en torno a la cual se sientan mis tíos y tías, mesa de la que destaca en dura, ardiente soledad, una fuente de patatas “revolcás” con pimentón.

Hacía ya varios meses que mi padre había sido puesto en libertad. Mi madre y yo le habíamos acompañado a ver a su familia. Él no sabía, o acaso ya lo presentía, que iba a su pueblo a hacer acopio de imágenes postreras, a llenarse las alforjas antes de emprender el último viaje, a colmarlas con

la visión de su madre, de sus hermanos y de la vieja casona en la que transcurrió su infancia de niño campesino, de niño pobre y avisado.

Eran cinco en total, dos varones y tres hembras, a sentarse frente a aquella pitanza frugal, poco más del “pan y cuchillo” del que hablaba Miguel Hernández cuando evocaba la comida de los campesinos españoles.

El día de nuestra llegada al pueblo –la escena se repitió cuantas veces vi a la familia reunida en torno a aquella mesa– la abuela Justa, de pie, cuchara en alto, los cobijaba a todos con la mirada.

De vez en cuando uno de sus hijos, con voz de enfado, se volvía hacia ella para decirle:

–¡Madre!... Acérquese a la mesa, que así no coge usted ná!

Y la abuela contestaba invariablemente:

–¡Tó!... ¡Pero si ya he cogió!

“Coger” para ella era inclinarse sobre la fuente, apoyándose sobre el hombro de uno de los varones y, de tarde en tarde, llevarse a la boca una cucharada de patatas. Entretanto los hombres, lenta, pausadamente, hablaban de las faenas del campo, de la liebre encamada que le saltó a tío José de un surco, aquella misma mañana, del huerto del Cervero al que era necesario ir a recoger las patatas

tempraneras... Hablaban y al mismo tiempo iban vaciando la fuente de barro, acompañando las patatas con grandes bocados de pan, cuidadosamente masticados. De tarde en tarde se refrescaban el gáznate con el agua de una jarra de poros rezumantes.

(Por aquellos años el hambre arreciaba en el campo. No se habían iniciado aún las grandes oleadas migratorias a la ciudad. Los campesinos vivían y morían en la más completa miseria y desnudez, miseria cuyo recuerdo se perdía en la noche de los tiempos, como el de las Grandes Epidemias o el de las Siete Plagas de Egipto. En las ciudades, el pueblo llano sentía en su carne y en la de los suyos las consecuencias de la derrota. El fascismo ofrecía a los vencidos la redención de las almas, pero a cambio quería marcar los cuerpos con un hierro infamante, el del hambre, para que por los siglos de los siglos el pueblo aprendiese a doblar la cerviz, para que renunciase a su sueño de emancipación y, tarde o temprano, descubriese en su esclavitud la señal misma de su redención futura.

Pero el hambre no tenía buen cartel. El espectáculo del hambre no traspasaba los muros de las casas, como no traspasaba tampoco los de las cárceles. Hacer alarde del hambre propia, podía aparecer a los ojos de la dictadura como un acto de rebeldía contra el orden nuevo, como un grito de protesta que merecía ser castigado.

El espectáculo –pese a todo frecuente– de ver a un hombre

inclinarse en plena calle, y caer al suelo desmayado, intensamente pálido, podía ser interpretado como una provocación, como el intento desesperado de lanzar a la cara de los verdugos un último e inútil grito de libertad.

Cuando esto sucedía la gente que discurría por la acera miraba a un lado y no se detenía. El hombre, rostro pulcramente afeitado, alpargatas atadas con un cordel ceñido a los tobillos, detenía la caída con una mano, se incorporaba zigzagueando y permanecía durante varios minutos recostado contra un farol. Alguien comentaba al pasar: “¡Menuda cogorza!”. Dos mujeres de mediana edad, llevando en la mano el capazo de la compra, se detenían a su lado. “¿Se siente usted mal?”, le preguntaban. Una de ellas comentaba en voz baja: “Este hombre no está borracho. Lo que tiene es hambre...”. Se formaba un corrillo alrededor de las dos mujeres y del hombre, que ahora se llevaba la mano a la frente e, intentaba echar a andar. De pronto aparecía un policía que invitaba al corrillo a disolverse. Todos obedecían y al poco rato la calle había recobrado su bullicio y su fisonomía habitual).

Durante aquel viaje al pueblo, mis tíos me llevaron por primera vez de caza. Salimos de amanecida. La tierra crujía bajo nuestros pasos a causa de la helada caída durante la noche.

Tío Cayo, con su silueta frágil y un tanto enfermiza, caminaba a mi lado. Delante, dando grandes zancadas, iba tío

José María. Los perros saltaban a mi alrededor. El roce de sus morros cálidos me producía una grata sensación de bienestar y seguridad, idéntica a la que me inspiraba la silueta maciza, pegada a la tierra y a sus rastros, de tío José María. (Mi padre poseía rasgos de los dos hermanos: en él se fundían la sensibilidad del pequeño con la energía y determinación de José María).

Brillaban algunas luminarias en las cocinas de las casas del pueblo, construcciones bajas, achaparradas, hechas de piedra y adobe. Pronto dejamos atrás las dos encinas centenarias apostadas a la entrada del pueblo como dos vigilantes nocturnos. Cien metros más abajo empezaban los campos de trigo, yermos en esa época del año. José María apretó de repente el paso. Entonces, Cayo me dio un empujón leve en el hombro:

–Vamos, hay que llegar al Cervero antes de que aclare.

Hacía un frío intenso. Nuestras respiraciones y las de los perros iban dejando en el aire una estela de vapor que se deshilachaba a medida que avanzábamos. En pocos minutos las encinas, las piedras grises de las cercas, la silueta de las montañas, el campo –mosaico de pequeñas parcelas ajustadas entre sí hasta formar un manto uniforme de color parduzco– fueron coloreándose y desvelando poco a poco sus formas.

José María tomó, a mano izquierda, un vericuetto que

arrancaba del camino principal. La tierra que pisábamos tenía una veta rojiza, descarnada. De pronto mi tío se detuvo, tomó impulso y saltó por encima de un pequeño parapeto de piedras. Los perros le siguieron, ladrando y dando muestras de excitación. Cayo saltó a su vez y desde arriba me ayudó a encaramarme a la cerca.

Echamos a andar entre los surcos, en dirección de las montañas que se dibujaban a lo lejos. Los dos hermanos caminaban el uno junto al otro, en silencio y apretando las escopetas. Yo tuve que hacer un esfuerzo para no dejarme distanciar. De repente vi a José María echarse el fusil a la cara. Sonó un estampido cuyo eco se prolongó durante varios segundos que a mí me parecieron interminables. Desenros-cándose perezosamente, el sonido atravesó la mañana azul y fría antes de ir a morir en la falda misma de la montaña.

De repente los perros se distendieron como dos resortes largo tiempo contenidos y salieron aullando en pos de una mancha marrón que, a velocidad vertiginosa, iba cortando en su avance la trama repetida de los surcos.

–¡Cayo! –le gritó José María a su hermano–. ¡Córtale el paso por la izquierda! ¡Es una liebre!... ¡Lleva las dos patas delanteras rotas!

Tío Cayo corrió en dirección del orificio por el que acabábamos de introducirnos en el campo. A pesar de estar herida

la liebre avanzaba como una exhalación en dirección del camino. Cuando se elevó, dando un salto increíble, por encima del muro de piedra, sonó un segundo disparo que la alcanzó en pleno esfuerzo.

El animal, una hermosa hembra de pelaje pardo, cayó rodando como una pelota al polvo del camino. Los perros, lanzados en pos de la liebre, saltaron la cerca espatarrados, atronando el aire con sus ladridos y arrastrando tras ellos varios pedruscos cuya caída ensanchó el orificio por el que habían penetrado.

Cuando uno de los perros reapareció en el campo con la liebre en la boca, Cayo le gritó:

–¡Canela, ven aquí!

El perro obedeció y haciendo zalemas corrió a depositar su presa a los pies de su dueño. Tío José María se agachó, cogió la liebre del suelo y a continuación me enseñó las patas delanteras del animal, rotas por la primera descarga:

–A poco si la piso... –le comentó a su hermano–. La tenía encamada, a menos de dos metros.

A continuación se dirigió a mí. (Mientras le escuchaba, me fijé en el hoyo de la barbilla, idéntico al de mi padre).

–¿Qué te ha parecido el salto?– me preguntó.

–Está preñada –dijo tío Cayo, palpándole el vientre mientras José María la aguantaba por las orejas–. Y a punto de parir.

Los perros, jadeantes y ebrios del olor de la liebre, giraban como peonzas en torno a los cazadores. Con gestos lameros se enredaban en sus piernas y ladraban, intentando acercarse a la pieza cobrada por José María.

El pobre animal me inspiraba una piedad infinita. Admiraba la puntería de mi tío, pero en el fondo hubiese deseado ver escapar a la liebre merced a su fantástico salto. De repente fui testigo de una escena que me produjo náuseas. No me atreví sin embargo a hacer ningún comentario, temeroso de que mis tíos lo interpretasen como una debilidad de niño educado en la ciudad, a espaldas de los grandes ritos y secretos de la vida del campo.

Vi de pronto como tío José María sacaba del fondo de su pantalón de pana negra una navaja, la misma que usaba en casa de los abuelos para partir en grandes rebanadas las hogazas de pan oloroso y tierno que se cocían en el horno familiar o para recortar cuidadosamente los torreznos. Con la hoja de acero abrió, sin que la mano le temblase, el vientre del animal. El corte de la navaja dejó en la piel blanca una larga estría roja que fuese volviéndose sanguinolenta a medida que la punta de acero rasgó la piel y penetró lentamente en el vientre de la liebre. De la herida –abierta como un sexo femenino– cayeron, una tras otra, con las orejas replegadas

y los ojos cerrados, tres liebres diminutas, tres crías de pelaje gris y húmedo.

Tío Cayo y tío José María lanzaron al unísono un silbido. Apenas si tuve tiempo de echarme a un lado. Los perros se precipitaron aullando sobre las crías de la liebre y las devoraron en unos segundos. Al ver mi aire compungido, mis tíos se rieron de mí a carcajadas.

Poco después emprendimos el viaje de regreso al pueblo. A duras penas pude contener las ganas de vomitar. Tenía ganas de llorar y me zumbaba la cabeza. Me quedé rezagado, intentando ocultar a mis tíos la turbación que me había producido aquella escena. Anduve solitario durante varios centenares de metros, hasta que al pasar por delante del huerto del Cervero, tío José María me llamó a gritos:

–Muchacho... No te quedes atrás... ¡Corre a enseñarles la liebre a tu padre y a la abuela Justa!

Entonces, apreté el paso y muy pronto logré unirme a mis dos tíos.

VII. LA MUERTE DEL PADRE

Acababa de levantarme y de entrar en el cuarto de baño. Agucé el oído, intentando identificar algunos de los ruidos familiares procedentes de la habitación en la que mi padre yacía postrado desde hace varios meses.

Su respiración se ha vuelto fatigosa. Fuelle invisible que alternativamente hace hundirse o elevarse los pliegues del embozo de la sábana sobre la que repasan –a punto de caer en una inmovilidad total, de adquirir una rigidez mineral– las manos: dos raíces inútiles, dos piedras empujadas por el viento, corriendo parejas, avanzando hacia el abismo a lo largo de un camino bordeado de altos álamos. Manos con las que apretó el contorno de una hoz, removi6 la masa gris, granulada, del cemento, haciendo girar en ella, una y otra vez, su paleta de albañil; manos que se dirigen a un auditorio atento, a miles de ojos por cuya luz abierta van penetrando

sus palabras. (Yo en los brazos de mi madre, reconociendo a lo lejos su silueta familiar: pelo estirado, camiseta abierta sobre el pecho y un pañuelo en la mano derecha, volando en el puño moreno, mientras la otra mano aprieta el micrófono y el cuerpo, las palabras, se vuelcan hacia el auditorio).

Suena una cucharilla. Ligeramente tintineo golpeando las paredes del vaso. La voz cansada de mi madre preguntándole al enfermo: “¿Quieres cambiar de postura?”, o contestando a mis tías que anuncian que volverán al día siguiente a tomar el relevo. Mi madre ha permanecido toda la noche a su lado, sentada en el borde de la cama, atendiendo la menor de sus demandas, siguiendo –de hora en hora– la marcha inexorable de la enfermedad, su lenta e irreversible progresión hacia la muerte.

... Contuve la respiración. Mis dos tías acababan de cerrar suavemente la puerta. Cuando yo era niño invadían mi pequeño mundo con su ancha e imparable presencia. El día en que aparecían por casa yo corría a zambullirme, como una ranita verde en el fondo de un estanque, debajo de la cama de mis padres. Desde mi refugio veía avanzar hacia mí los gruesos tobillos y las zapatillas de fieltro de tía Amalia. Haciendo un gran esfuerzo y resoplando, mi tía intentaba arrodillarse en la penumbra de la habitación. “Mira lo que te he traído”. Y su mano gordezuela me ofrecía una golosina con la que esperaba, inútilmente, hacerme salir de mi escondrijo y, más tarde, cubrirme de caricias.

... Tirité al contacto del agua fría. El ruido del agua, al correr sin interrupción sobre la superficie lisa y aséptica del lavabo, me produjo un malestar profundo. Cerré apresuradamente el grifo y tendí el oído.

... Cuando se apaguen estas últimas luces... Exhausto y vacío como una voz que dejó hace tiempo de sonar, mi padre no me reconoce por muchos esfuerzos que hago para reunirme con él. No consigo echar un puente entre mi vida incipiente y su dolorosa agonía, entre sus pupilas apagadas y mis desconcertados pensamientos.

¿Pero no había dicho mi madre que deseaba verme antes de que me fuese a la cama? Me incliné hacia él, buscando su mirada en la penumbra de la habitación. Ausentes, sus ojos miran hacia adentro, buscando angustiosamente los parajes luminosos de su infancia, cabalgando a lomo de las viejas encinas apostadas a la entrada del pueblo, saltando –como corzos– por encima del pequeño corral de la casa paterna y yendo a refugiarse en la cocina, ancha y oscura como un vientre femenino.

La cama cruje por mi peso cuando me inclino hacia el enfermo para besar su mejilla. Entretanto mi madre permanece silenciosa detrás de él. Me siento acongojado al pensar que habiendo cumplido quince años, no me dice la verdad, toda la verdad. ¿Va a dejar que abandone la habitación sin haber desentrañado el sentido exacto de este momento?... Mi mente trabaja a toda prisa. (¿Por qué no me ayudas a

comprender este misterio, por qué no me aportas tu consuelo y tu sabiduría de ser adulto? ¿Cómo puedo enfrentarme yo sólo con esta terrible evidencia: que mi padre se está muriendo? Mañana, cuando me levante, será demasiado tarde: su corazón habrá dejado de latir. Por eso, desesperadamente, intento reunir, fragmento por fragmento, todos y cada uno de los elementos de esta escena, antes de que mi padre se ausente definitivamente, antes de que estos muros, esta colcha, el postigo de la ventana y el vaso que utiliza para apagar su sed, desaparezcan con él o enmudezcan para siempre. Más tarde los conservaré escondidos, celosamente guardados, como un tesoro inapreciable, en los pliegues de mi memoria. Con el tiempo llegarán a penetrar en mi sangre, a diluirse en mi cuerpo a través de miles de pequeños canales. ¿Morir es ésto?... Dentro de pocas horas mi padre traspasará esa línea tenue, invisible, que separa el mundo de los muertos del de los vivos).

La cama cruje suavemente cuando intento cambiar de posición. Observo que mi madre ha abandonado la habitación. ¿Cómo evitar de ahora en adelante el olvido, ese tiempo vacío en que desaparece la ternura, la compasión, el latido de la sangre, ese tiempo que se vuelve amarillo, que da la espalda a los muertos y va borrando lentamente su imagen de las fotografías... Retrasar la muerte o negarla: emborrachándose, subiéndose a un árbol o contándole a un amigo nuestro último secreto? O simplemente: hablando o escribiendo. Ese esfuerzo desesperado por emitir sonidos,

por alinear –uno tras otro– sobre una hoja de papel, pequeños signos –escarabajos de caparazón duro– con los que intentamos expresar lo indecible: un abrigo azul cuajado de gotitas de lluvia; una mano enlazada, trémula, con otra mano; y aquella despedida, desesperada, en la Gare du Nord: “Volveré, no, no volveré. No llores, te prometo que volveré...” Con la luz gris envolviendo nuestras cabezas, pugnando por atravesar los arabescos metálicos de la estación, con el tiempo agonizando entre las manillas del reloj... Retrasar el olvido, retrasar su muerte definitiva, esa segunda muerte que a todos nos acecha. Momento en que desaparecemos para siempre del mundo de los vivos. Olvido de los gestos, de los olores, de las sensaciones que un ser derramó en torno suyo cuando era aún un hombre vivo. Olor a vida. Y al final solamente esa mancha en medio de una fotografía, ese puñado de flores secas, ese túmulo o esa inscripción que el tiempo se encargará de borrar.

Mejor seguir recordando a mi padre de hombre joven. Recuerdos vivos, concretos, frutas del tiempo; recordar las tijeras, siempre las mismas, guardadas en el aparador, que reclamaba para cortarse las uñas después de un baño de pies (... el agua del barreño salpicando los baldosines rojos de la cocina), o chiquillos corriendo en el pasillo de la cárcel, como bandada de gorriones, hacia sus padres presos (manos tendidas, cabezas rapadas).

Ganar la batalla al tiempo. Excavar en la memoria, en los substratos de la conciencia. Y tirar fuerte, tirar del hilo rojo

hasta izar a la superficie –cerraduras de latón y remaches de cobre– el viejo arcén de los recuerdos. Pesca milagrosa, tesoros del tiempo, tesoros de la vida para hacer retroceder la muerte.

Después de haber dormido toda la noche de un tirón, me levanté apresuradamente y me dirigí al baño. Recordé que la noche anterior mi madre me llamó para susurrarme al oído: “Tu padre quiere besarte antes de que vayas a acostarte”. Tenía grandes bolsas debajo de los ojos y los párpados rojos e hinchados de haber llorado. Habló sin alzar la voz, con un tono cansado y distante. Sin manifestar en ningún momento su sufrimiento. (Verlo más frágil, menos capaz de enfrentarse al dolor y a la muerte).

... Abrí el grifo del lavabo. A mi alrededor el silencio se rompió de repente en cientos de pedazos negros y menudos. Mujer fuerte, navarra empecinada, como su madre, la abuela Leandra. “Ya no volveré, pensé, a anudar el hilo de oro que me unía a tu vientre, a tu sangre”. He dejado para siempre de ser un niño. Caricias tibias. Sábanas frescas. Mi madre abriendo sobre la hierba el pequeño mantel de cuadros rojos. Rostro moreno del padre, salpicado de yeso, con el sol como moneda de cobre luciendo sobre nuestras cabezas. Azul del Guadarrama envolviéndonos a los tres con su manto cristalino y transparente... Y ahora la muerte y ese gran silencio entre nosotros, mientras el hoyo de la barbilla de mi padre se ensancha y se va volviendo negro y oscuro como un pequeño pozo:

Convertido en estatua, después de haber besado su mejilla. Los ojos agónicos, dilatados por la fiebre, no me reconocen. La conciencia se cubre con una costra reseca. Los canales por los que penetraban a raudales la luz, los olores, los sonidos, se van cegando uno tras otro. Las mejillas se hunden. Aparece en la frente una constelación de gotitas de sudor. Más acentuado el hoyo de la barbilla. Crispación de las mandíbulas.

Se ilumina repentinamente la habitación y el enfermo desaparece de su lecho de muerte. Oigo de pronto su voz, muy próxima a mí. Mi padre se inclina sobre mi pequeña cama turca y me coge en brazos. La mejilla áspera, al frotarse contra mi piel de niño, me produce una grata sensación de bienestar. Corro descalzo a la cocina. Quiero ver cómo se afeita. Aparece un surco azulado al deslizarse la cuchilla por la mejilla. El acero se va cubriendo de copos blancos. Al auparme para contemplar de cerca la brocha, acabo enredándome entre las piernas de mi padre... Objetos mágicos que yo también poseeré un día. Yo también enjabonaré cuidadosamente mi rostro, lo embadurnaré con esa sustancia muelle y cremosa. (Sonido mate, apagado, producido por la cuchilla al resbalar sobre el cuello tostado por el sol).

En aquella época yo era un niño pequeño y mi padre un gigante familiar cuya cabeza –barba enjabonada, pelo lustroso, cuidadosamente estirado y peinado hacia atrás– desaparecía entre las nubes. Mi corazón diminuto cabía en una caja de regaliz, en un sobre sorpresa, en la hermosa cometa

rutilante y liviana, hecha de cañas y papel de plata, que el autor de mis días me había confeccionado. El corazón de mi padre no tenía límites: podía dilatarse al infinito o reducirse al tamaño de un grano de polvo; podía descender hasta mi pecho, pequeño y diminuto, latir al unísono y confundirse con él.

Era domingo y al abrir los ojos, mientras me sacudía suavemente para despertarme, mi padre se me aparecía como un hombre joven y fuerte, con su camisa limpia, sus uñas cuadradas, cuidadosamente recortadas, sus alpargatas blancas atadas con cintas a los tobillos, oliendo a jabón y a cuidados femeninos, los de mi madre.

–Date prisa. Mamá te ha preparado el desayuno. Corre, que nos vamos a la Dehesa de la Villa.

–¿Iremos al Canalillo?

–Claro que iremos al Canalillo. Y pasarás por el túnel.

Encorvado, conteniendo la respiración, avanzo gateando por el interior del túnel, sintiendo un dolor agudo en las corvas y un temor de animalillo salvaje acechado por mil peligros. Al final del pasadizo, cuyo orificio de salida avanza lentamente hacia mí, veo recortarse un pedazo de cielo azul y estirarse las copas verdes de los pinos, alineados en hilera, como soldaditos de plomo.

A la salida del túnel, traspasado ya el canalillo, mi corazón

late a toda prisa. La sangre me golpea las sienes: flujo de vida, anticipo cálido de todas las sensaciones, emociones y tristezas que van a jalonar mi vida. Pequeños mojones blancos y negros señalándome ese camino incierto –mi propia existencia– que se abre ante mí mientras inicio gateando la escalada del terraplén sobre el que discurre el canal. Canal que mi padre se dispone a cruzar de un salto de un momento a otro. (Orinoco majestuoso, festoneado de olas, agitado por terribles remolinos que amenazan con arrastrarnos al abismo, mientras ambos –padre e hijo– luchamos denodadamente por conducir nuestro frágil esquife hacia la orilla. Los mandriles, saltando en medio de las raíces negras que parecen brotar del fondo del agua, nos hacen señas y se burlan de nuestros esfuerzos. Vuelo multicolor de pájaros, olor penetrante a descomposición...).

Para mi asombro, mi padre traspasará el canal con un salto que es todo un desafío a las leyes de la física: una vez más lo veo tomar impulso, tender sus músculos, abrir el compás de las piernas, proyectando su cuerpo joven y elástico por encima del canal (vuelo de las alpargatas, hendiendo el cielo; brazos abiertos en cruz, aspeando el aire).

–¡Papá, qué túnel más bueno para pasar los chicos!

Pronuncio la frase ritual y me agarro, ebrio de felicidad a los pantalones de mi padre en espera de que éste me apriete contra él y me alce en volandas. Poco después, descendemos por el terraplén antes de correr dichosos en dirección de los

pinos, donde nos aguardan nuevas hazañas, nuevas aventuras...

Durante un largo rato estuve viendo correr el agua del grifo, con atención sostenida, como si algo imponente hubiese dependido de que siguiese o no fluyendo.

Mientras me estaba enjabonando las manos sentí que la puerta del cuarto de baño se abría y que alguien se colocaba a mis espaldas. (Haré como si no me hubiese enterado. Voy a tener que asumir el papel del pobre muchacho huérfano que-es-todo-el-retrato-de-su-difunto-padre. Desfile de las vecinas, de los amigos de la familia, de las tías. Hasta el instante en que la casa se quede vacía, hasta que se lleven el cuerpo del fallecido, empezará una larga ceremonia, un complicado ritual cuya sola evocación me produce náuseas).

Seguí enjabonándome las manos. La espuma crecía, crecía desmesuradamente. Era el agua de Madrid. LOZOYA. CANAL DE ISABEL II. Palabras exóticas, mágicas, cuando los españoles las pronunciaban en el extranjero, desde su atalaya de exiliados. El agua de Madrid es extraordinaria, finísima. Para las manos. Para el cutis. Para las legumbres. Con esa agua no hay forma de quitarse el jabón. En Francia, el agua es calcárea, deja un depósito gris en el fondo de los pucheros. Las legumbres secas –las judías, las lentejas, los garbanzos– que mi abuela Leandra compraba en una tienda de comestibles –“Aux Jardins de Murcie”– que olía a azafrán, a bacalao seco y a especies ultramarinas, se encallecían. Era

necesario dejarlas a remojo toda la noche. Añadirles un puñadito de bicarbonato...

Me vuelvo hacia la persona que acaba de entrar en el cuarto de baño. Antiguo compañero de celda de mi padre, no debe tener más allá de cuarenta años. Aire cansado, como si un resorte invisible se le hubiese roto hace tiempo y no le quedase, como arma para enfrentarse al mundo, más que ese gesto humilde y silencioso. La mano nudosa posada sobre mi hombro y un silencio hondo que se ensancha entre los dos, mientras por mi cara corren las lágrimas sin que haya mediado entre nosotros una sola palabra. Caudal incontenible, saltándome del pecho, mezclándose con las burbujas de jabón. ¿Por qué no ha venido mi madre? Llanto que podía haber brotado del contacto de sus manos o del sonido de sus palabras, anunciándome la muerte del padre.

–Quítate ese jabón de la cara. Sécate con la toalla. ¿Quieres que te ayude?

–No, gracias, puedo hacerlo yo solo.

–No llores. Eres ya todo un hombre y los hombres no lloran.

(Yo no quiero ser un hombre. Yo no quiero ir a la gran sala del fondo dónde mi madre, sentada en una hamaca, con la mirada vacía y los ojos enrojecidos– me aguarda rodeada de mujeres que hablan en voz baja y que me van a recomendar

que sea bueno con ella. Suspiros y pasos que desgarran el silencio. Mi madre responderá a las preguntas y a los comentarios. No le falta valor. Dentro de pocos días estará trabajando de nuevo. Joven viuda. Con un hijo de quince años por criar y una montaña de recuerdos aplastándole el pecho. Volver a reiniciar la vida. Sin el padre. Levantando a su alrededor murallas, almenas, puentes levadizos, cerraduras con que proteger, esconder, hurtar al mundo el espectáculo de su dolor.

Exagerar la indiferencia. Acorazarse. Su corazón: un manantial que pudo seguir fluyendo y que irá tornándose seco. Avanzar hacia la tumba cumpliendo un mandato de silencio, pensando en que ya es inútil la ternura, la comunicación. Cerrando puertas y ventanas, colmatando rendijas y fisuras por las que pudo seguir entrando la luz y el aliento cálido de la vida...).

VIII. SOÑANDO CON AMÉRICA

Año 1944... En el Liceo Francés de Madrid circulaban bajo capa los últimos comunicados de la embajada norteamericana. Gracias a ellos, pudimos yo y mis amigos hacer correr como un reguero de pólvora la noticia de que los Aliados acababan de desembarcar en Normandía y que el final de la guerra estaba próximo... Aquel mismo año, en la Meca del boxeo, Nueva York, Marcel Cerdan, un joven peso medio francés, moreno, bien plantado sobre sus piernas, se proclamó campeón del mundo. Tenía dinamita en los puños y un rostro abierto y sonriente, apenas marcado por los golpes. La prensa del corazón hablaba de un idilio del “bombardero de Casablanca”, ése era su apodo, con una nueva cantante llamada Edith Piaf.

La máquina de guerra estadounidense iba a cambiar el giro de la guerra. Un actor americano llamado Alan Ladd acababa

de hacer su aparición en la película “China”. Era un nuevo mito lanzado por Hollywood para reemplazar a los viejos monstruos del “star system” –Clark Gable, Gary Cooper, Spencer Tracy...– que empezaban a declinar. El rostro liso e inexpresivo de Alan Ladd ingoraba el miedo. Una y otra vez lo vimos sobrevivir a las terribles emboscadas que le tendían sus enemigos: asiáticos fanatizados, gánsteres portorriqueños o italoamericanos de rostros cetrinos, picados de viruelas.

Alan Ladd era rubio y tenía los ojos azules. Sus detractores afirmaban que en las escenas sentimentales llevaba zapatos de tacón alto para poder dominar a sus “partenaires” femeninas.

Un nuevo rostro empezaba a hacer soñar a las jovencitas: Verónica Lake y su peinado, inmediatamente adoptado por millones de muchachas a través de todo el mundo. En Norteamérica se llegaría a prohibir el uso de ese peinado en las fábricas de armamento. La mecha rubia que ocultaba la visión del ojo derecho más famoso “in the world” fue causa, al parecer, de numerosos accidentes.

En clase, utilizábamos secantes americanos, brillantes y policromados, en los que aparecían imágenes del esfuerzo de guerra yanqui (inmensas naves asépticas, en las que se construían los tanques, cañones y superfortalezas que iban a aplastar bajo sus bombas a los enemigos de la democracia...).

En las pantallas triunfaba definitivamente el cine americano. Habían desaparecido de los cines españoles las películas alemanas (una de las últimas proyectadas fue “El barón de Munchausen”, rodada en 1943 para conmemorar el décimo aniversario del cine hitleriano). Quedaba lejos el tiempo en que la censura mandaba retirar de la cartelera que anunciaba “El prisionero de Zenda” el nombre de Douglas Fairbanks Júnior, sospechoso de haber hecho declaraciones en favor de la República española. Aquel mismo año se proyectó en Madrid “Rebeca”, interpretada por Joan Fontaine y Laurence Olivier. Adaptada de una novela mediocre de Daphne du Maurier, su éxito cinematográfico multitudinario se debió, ante todo, al talento de Hitchcock. El carácter altamente “inmoral” de esta película no era uno de sus menores atractivos. Venía, por supuesto, a añadirse a sus cualidades intrínsecas. El colmo de “Rebeca”, afirmaba la “vox populi”, era pagar diez pesetas por una butaca y no lograr ver a “Rebeca”. Pero el gran escándalo cinematográfico de la década fue “Gilda”, de Charles Vidor, estrenada en 1947 en el Palacio de la Música. En esta película Glenn Ford abofeteaba de manera inolvidable a Rita Hayworth. (“Gilda”, contigo el amor llevaba aparejada la tragedia. Glenn Ford abofeteándote y tú abrazada a sus pies, implorando perdón... Los adolescentes del mundo entero soñando con el suicidio, arrastrados al abismo por tu sonrisa de nata y el torbellino de tus caderas). En la escena más famosa de “Gilda”, Rita, vestida con un traje negro que dejaba sus

hombros al descubierto y moldeaba cuidadosamente sus caderas, se despojaba de un guante interminable... “Nunca hubo una mujer como ‘Gilda’. Hechicera es la mejor palabra para describirla”, rezaban las carteleras. Grupos de jóvenes católicos, conducidos por un cura montaraz, el padre Morales, arrojaron varios tinteros contra la pantalla del Palacio de la Música. Entretanto, miles de españoles, dentro y fuera del cine, imaginaron un strip-tease que no existió jamás.

En aquellos años el cine movilizaba grandes masas de espectadores cumpliendo, como nunca, su función de fábrica de sueños. No se cenaba por las noches, o se cenaba un simple bocadillo para poder adquirir una entrada de cine: el pueblo olvidaba su miseria, las preocupaciones que lo aseiteaban, contemplando el espejuelo brillante de la pantalla. Por espacio de unas horas se diluía el drama áspero, sin horizontes, de su vida cotidiana. A cambio de unas pesetas se tenía acceso a un universo niquelado en el que evolucionaban criaturas de ensueño –de cuerpos ondulantes y cabellos oxigenados– y galanes musculosos y bien nutridos, que ignoraban lo que era el miedo, el frío y el hambre, que sabían morir con la sonrisa en los labios, en homenaje mudo a la “american way of life”, meta de los millones de espectadores que soñábamos con alcanzar un día aquel esplendoroso Kilimanjaro.

A finales de los 50 se había derrumbado el fascismo en todo el mundo, excepto en nuestro país... Lo cual no obstaba

para que los españolitos comenzásemos a vivir inmersos en el universo USA, soñásemos despiertos con aquel país de Jauja, América, en el que bastaba con introducir un níquel en la ranura de un aparato automático para obtener inmediatamente, sin mayor esfuerzo, un pollo asado, una ración de tarta de manzana, o un café humeante.

No se había introducido aún en el cine la publicidad filmada, importada de América. En los descansos los espectadores masticaban incansables el contenido de sus paquetes de pipas de girasol. Antes de escupir las cáscaras, se apuntaba mentalmente a la nuca del chaval situado tres o cuatro filas más abajo. Más tarde, cansados de lanzar –en trayectorias cuidadosamente calculadas– estos pequeños proyectiles o agotadas las reservas de pipas, se mataba el tiempo interminable de los descansos leyendo los anuncios del telón que cubría la pantalla. (“Conchita: peluquería de señoras. Permanentes en frío”. “Ramiro: portes en motocarro”. “Bar la Casuca. Especialidad en mariscos. Salón para bodas y banquetes”).

Antes de que se alzase el telón sonaban las tonadillas que un gramófono escondido detrás de la pantalla molía incansablemente. Publicidad sonora, inequívocamente ibérica, que ensalzaba sin desmayo las excelencias de los productos nacionales, tan entrañablemente domésticos y familiares, como el “Okal”, la “Malta la Abraña” o el “Torrefacto Columbia”.

Aquellas estrofas encargadas a algún poeta famélico y desocupado, habrán llenado muchas horas de nuestra infancia, formando parte de nuestra cultura cinéfila o de nuestra cultura a secas. Quedarán asociadas para siempre a un desfile de imágenes y de sonidos tumultuosos entre los que destacaban, con nitidez, las melenas de celuloide y el rugido estereotipado del león de la Metro–Goldwyn–Mayer. En cuanto el león de la Metro hacía su aparición en el rectángulo pálido y misterioso de la pantalla, se desataba en el cine un pateo multitudinario, entraban en acción centenares de pies que golpeaban, enajenados, el entarimado de la sala. Hasta que el acomodador paseaba varias veces por la sala la luz de su lámpara de bolsillo y amenazaba –terrible castigo– con expulsar a los niños revoltosos. Aquel pateo no era en realidad más que la expresión del júbilo, a cada vez más nuevo, a cada vez más excitante, que producía a los jóvenes espectadores el simple hecho de ver cómo la sala se sumía en la más profunda oscuridad, y tras encenderse la pantalla, cómo aparecían en ella sus héroes favoritos.

... Entre los locales más populares de aquella época había un cine situado en Bravo Murillo, en las proximidades de la Glorieta de Cuatro Caminos, (unos lo llamaban el Montija y otros, más familiarmente, el Palacio de la Sífilis), en el que esta rara conjunción de las pipas –símbolo glorioso de la España del hambre– y de las películas de la Warner, de la Columbia o de la Metro, amén de ciertas funciones lúdico–eróticas sañudamente perseguidas en el exterior, producía

entre los asistentes un cierto ambiente catártico. Esta agradable simbiosis entre elementos tan dispares era, a no dudarlo, la causa de que el cine estuviese permanentemente lleno a rebosar de un público fiel y entusiasta.

Ciertamente, la proyección era muy deficiente, a causa de la antigüedad del material de proyección y de los alaridos que, de tarde en tarde, recorrían la sala... (Sin contar con la cortina de pipas que en forma de cascada caía ininterrumpidamente sobre el patio de butacas, transformando la proyección en un baile de sombras chinescas...)

Pese a todo estos inconvenientes, que hubiesen desanimado a cualquier cinéfilo de salón, reinaba en el Montija una atmósfera cálida, de complicidad secreta, como si todos los espectadores fuesen conscientes de la necesidad de preservar un lugar como aquel en el que por la módica suma de dos pesetas cualquiera de los sufridos y desamparados habitantes de la capital podía consumir una ración de ensueño capaz de hacerle olvidar por espacio de unas horas sus privaciones.

... Tan grande era la afición de los madrileños a este espectáculo, que ni siquiera en pleno estío, cuando Madrid y la meseta ardían por los cuatro costados, se vaciaban los cines. Durante las horas en que la canícula apretaba a fondo y sólo la calle era una fuente efímera de frescura, (al paso de los empleados municipales y de su “manga” providencial), muchos habitantes de la capital optaban por refugiarse en

los cines “refrigerados” para escapar, temporalmente, a los efectos del terrible verano madrileño.

En muchos casos, la promesa de refrigeración, que solía eclipsar el interés del programa, era un pequeño ardid publicitario destinado a atraer a la clientela.

Durante todo el verano, la fachada del cine aparecía cubierta por un cartelón que representaba un paisaje ártico, impoluto y nevado, por el que deambulaba, con aire aburrido, una familia de osos polares. (La refrigeración consistía, simplemente, en dejar abiertas las puertas laterales del cine para que la sala, sumida en la oscuridad, pudiese acoger el más mínimo céfiro, la más leve corriente de aire procedente del exterior).

Desde mi más temprana edad me había sentido fascinado por el cine. Al paso de los años la pantalla fue llenando mi imaginación de batallas, de tesoros, de monstruos, de amores deslumbrantes, de paisajes remotos, de muelles y puertos con olor a sal, a alquitrán y a especies ultramarinas.

Muchos de los recuerdos de mi infancia quedan invariablemente asociados a imágenes proyectadas sobre un lienzo blanco. Varias de estas imágenes han sobrevivido al tiempo y al olvido:

“Un brazo velludo, monstruoso, penetra por la ventana de un rascacielos y se cierra sobre una muchachita rubia que

cubre su cuerpo con un vestido hecho jirones. El mono gigante al que pertenece ese brazo, King-Kong, desaparece en la noche con su presa... ”.

“Nosferatu es una visión de pesadilla, pero una pesadilla con silueta humana que se recorta sobre un fondo de jarcias, velas y cordajes. Sus orejas puntiagudas me producen horror. Finjo estar dormido, pero en realidad contemplo fascinado la pantalla. Durante años guardaré en el fondo de mis pupilas, en lo más profundo de mi subconsciente, la imagen de Nosferatu el Vampiro... ”.

“En una película aparece Schubert, el gran músico romántico. Ha sido invitado a una fiesta de la alta sociedad y va a interpretar al piano una sinfonía –la futura “Sinfonía incompleta”– de la que es autor. Cuando se sienta ante el piano observa que la hija de sus huéspedes ríe, ríe sin cesar. Schubert pone toda su alma en la interpretación de su sinfonía. De vez en cuando, mira a la muchacha, de la que está profundamente enamorado, sin acertar a comprender el porqué de su actitud. De repente se levanta, se palpa el cuello y con rabia arranca una etiqueta –sin duda la del alquiler de la levita– que cuelga de su prenda. Acto seguido coge su sombrero de manos de un criado y sale del salón dando grandes zancadas. La muchacha le dirige, por encima de su abanico, una mirada entre sorprendida e irónica... ”

“El negro que tenía el alma blanca”, adaptación de una novela de Alberto Insúa, es la historia de un negro que ama

a una muchacha blanca. Ella lo desprecia a causa de su color, aunque –aparentemente– los sentimientos del negro hacia ella son blancos, inmaculados. Al final de la película el negro se suicida. Esta cinta me produjo dolor y perplejidad. ¿Cómo era posible despreciar y humillar a otro ser, sólo por el color de su piel? Tanto más que aquel hombre, “negro” de piel, “blanco” de alma, sufría aparentemente como cualquier hijo de vecino...”.

“Tendría yo siete u ocho años cuando presencié en el cine una escena –¿la vi realmente, o se trata más bien de un sueño?– cuyo recuerdo, al paso de los años, sigue brillando en mi memoria con un fulgor incomparable:

Aparece en la pantalla un hombre de mediana estatura; Es joven, moreno y fornido. Calza botas de caña. Su camisa se abre sobre un pecho velludo y musculoso. Echa de pronto a correr a través de un bosque en persecución de una muchacha de la que no se distingue más que su silueta –está completamente desnuda– y su cabellera, que flota a su alrededor como una aureola de espuma negra.

Cuando la va a alcanzar, el hombre tropieza en una raíz o en una piedra. La muchacha logra entonces distanciarse de él... En sus ojos brilla el miedo, tal vez el deseo de ser atrapada.

Cuando el hombre se incorpora, descubre que la muchacha, después de haber alcanzado la cumbre de un

pequeño altozano, se ha introducido en una enorme tinaja de la que solamente sobresalen su cabeza y su larga cabellera negra.

El hombre camina lentamente hacia la cumbre. Al llegar al pie de la tinaja coge un hacha del suelo y, riéndose a carcajadas, golpea –una y otra vez– el recipiente de barro con golpes que se alargan interminablemente. En el costado de la tinaja aparece una brecha que va agravándose. Los ojos de la muchacha se dilatan por el miedo... Finalmente, la tinaja cede ante los golpes repetidos del hacha y acaba rompiéndose en varios pedazos.

Apoyado sobre el hacha en actitud de espera, el hombre respira fuertemente. Ante él la muchacha aparece completamente desnuda, con los brazos replegados sobre el pecho. El vello negro de su sexo brilla al sol... De pronto grita, grita sin cesar. Después, llora desconsolada, con el rostro hundido entre las manos.

Mientras el hombre la mira, con aire de triunfo, el viento pasa silbando entre los árboles. De repente, la muchacha deja de llorar, extiende los brazos a lo largo del cuerpo y mira al hombre con gesto de desafío. Este suelta de pronto el hacha y camina hacia ella con los brazos extendidos... ”

IX. EL MAPA DE PIEDRA

Recién cumplidos los dieciocho años, con el alma encogida y un presentimiento doloroso –es capaz de no volverme a ver, de repetir conmigo lo que le hicieron sus padres cuando se casó en Burdeos con el joven obrero español que frecuentaba el restaurante de mis abuelos–, decidí comunicar a mi madre mi decisión de marcharme a Francia a trabajar.

... (Imposibilidad de transmitir a nuestros padres el cúmulo de ideas, sentimientos, proyectos contradictorios que se agitan, se destejen, se destruyen en nuestro atribulado corazón de adolescentes. Ansia de echar a volar. Miedo de arrancarnos a esa luz familiar que se enciende en la cabeza cada vez que nuestra madre nos palpa con las manos, cada vez que vierte en nuestros oídos palabras cuyo significado cuenta menos que su luminosidad, color y sonido).

Con mi padre muerto, mi vida incipiente a las espaldas pesándome como un fardo inútil, no aspiraba más que a romper, a rasgar cuanto antes la trama de los días, que se sucedían a sí mismos idénticos e intercambiables. Mi corazón era una enorme dentadura que aspiraba a desgarrar, triturar, masticar el mundo; un tambor tenso dispuesto –en cada momento– a tocar a rebato; un pájaro cantor, al que la jaula del pecho le venía estrecha y que soñaba con derramarse hacia afuera, con encaramarse a un pino y, desde allí, saltar a la nube más próxima o a la cima más alta. Mi corazón ansiaba conocer otros hombres, otros cielos, descubrir por sí mismo la realidad del bien y del mal. Mi cuerpo, aspiraba por todas sus fibras, a estar instalado en el mundo, con su sexo, su boca, su nariz, su frente y sus huesos.

¿Cómo explicarle todo esto a mi madre? ¿Decirle que de repente me había crecido un árbol en el entrecejo? ¿Que mis brazos se habían transformado en dos ramas interminables, dos ramas que aspiraban a abarcar la tierra entera? ¿Que a veces me entraban ganas de reír, de sentirme tan grande, y otras –en cambio– ganas de llorar, de verme tan pequeño?

¿Cómo hacerle comprender que al tropezarme con un hombre por la calle, me faltaba poco para echar a correr detrás de él? Que a riesgo de que me tomase por un loco, me ponía a sonreírle y a gritarle al oído estupideces de este calibre:

–¡Oiga, buen amigo! ¿Ha visto que día tan espléndido? ¿Se ha fijado en el humo que echa la calle al paso de los empleados municipales y de su manga riega?

O esta otra:

–¿Ha cazado alguna vez murciélagos con boina? Se lo juro, es muy fácil. Basta con esperar a la caída de la tarde, cuando declina la luz y el aire se vuelve de color violeta, cuando los murciélagos rasean los tejados, los faroles y los terraplenes... Es la mejor hora para coger una boina y tirársela al sesgo...

Seguro que ese hombre me mirará asustado –otro chalado pensará– que se encogerá de hombros y seguirá su camino hasta perderse, anónimo, en el laberinto gris de la ciudad.

... Exactamente como lo haría mi madre. Porque... Cómo lograr hablar con ella de esa lluvia artificial que no logra refrescar mi tristeza, de ese tedio que siento, siento crecer en mi pecho, interminablemente, como una enredadera. (En verano, las calles de Madrid olían a alquitrán derretido. Cuando las regaban, el aire se cargaba de humedad y de gotitas de lluvia en suspensión. Al poco rato el agua se evaporaba... Aún tardaba algunas horas en desaparecer de los raíles del tranvía).

... Hablarle de esa repentina conciencia de la brevedad de la vida. De esa voz que sonaba insistentemente en mi oído

ordenándome que me fuese a París, que aprendiese a ganarme el pan con el sudor de mi frente, que rompiese la crisálida que impedía que mis alas creciesen, se ensanchasen, partiesen al asalto del cielo.

... Romper cuanto antes la imagen del padre, la imagen del padre muerto que me señalaba con un dedo de piedra el camino que habría de seguir en la vida.

... Más allá del puente empezaba el frío, empezaba el calor, se adivinaba el contorno de las ciudades que yo no conocía aún, el gesto de una mano amiga, la silueta de esa muchacha que esperaba mi llegada sentada en el banco de un jardín, rodeada de estatuas ciegas. Allí, pensaba, oiré voces fraternales; allí me mezclaré con la muchedumbre, descenderé al vientre oscuro y misterioso de la ciudad, cogeré el metro, acudiré al trabajo. En una habitación de hotel, sólo y anónimo, aprenderé a beber el zumo áspero y agrio de la soledad...

Entretanto, veo ante mí un mapa desplegado sobre el poyo de piedra de la casona de mis abuelos. La abuela Justa –¿pero no le habían ocultado la muerte de su hijo?– acaba de recoger, con una mano puesta en los riñones, un papelote que andaba tirado por el suelo y, después de doblarlo cuidadosamente, se lo ha introducido en la faltriquera. Observa a distancia, sin atreverse a intervenir, cómo mi padre me señala, sobre un mapa, el trazado del único viaje que me será dado realizar en este mundo. Su recorrido, que

sigue una línea sinuosa, con desarrollos bruscos y nudos repentinos, serpentea a todo lo largo del papel. El dedo de mi padre avanza, avanza imperativo –después de haberse detenido en los tramos más conflictivos– hacia un punto final. No logro distinguir la palabra que cierra el recorrido. Presumo que pone simplemente *fin o muerte*, o la palabra *nada*. Quizás una inscripción más larga: “*Por este punto pasó un hombre. ¿Os acordáis?*”

El abuelo Francisco asiste a esta ceremonia. Tiene un gesto severo y parece estar enfurruñado conmigo. Yo no ignoraba que se trataba de un hombre bueno, maltratado por la vida, que su corazón albergaba un sentimiento profundo, hurtado a la mirada de los demás, de amor callado a sus hijos. (¡Qué difícil hacer aflorar los sentimientos cuando la existencia se convierte en una constante pelea contra el hambre, en una incesante batalla contra la propia vida y la propia muerte...!). Quizás pensé al verlo, no haya olvidado que de niño me negué a cantar en su presencia, un día en que mis tías (“¡Cántale al abuelito!, me dijeron. ¡Padre, verá que voz tiene!”) me introdujeron en la oscuridad de una habitación en la que el abuelo yacía hundido en la almohada como una rama seca, como una cepa retorcida, vacía ya de sus jugos y de sus sueños de hombre...

El abuelo Francisco calzaba albarcas y vestía con chaleco negro, sobre una camisa blanca, sin cuello, cuidadosamente remendada. ¿A quién destinaría la soga que llevaba cuidadosamente anudada alrededor del brazo? ¿A mi padre, que

acababa quizás de cometer una de sus fechorías: romper a chinarrazos las tejas del tío Mateo o, quizás, meter lagartijas en el cajón de la mesa de su maestro, el inefable y cegato Don Juan Anca? ¿O a mí mismo? De vez en cuando el abuelo se acercaba a mi padre y le señalaba, con gesto imperativo, algo que éste parecía aprobar con un leve movimiento de cabeza.

De repente, el mapa dejó de ser de papel y se transformó en un pequeño montón de arena que el viento dispersó. Muy pronto recobró su forma primitiva antes de convertirse en hielo. Se corrieron los colores y la tinta de la impresión. Desapareció el contorno de los ríos y de las montañas. Los nombres de las ciudades se volvieron borrosos e ilegibles. Me angustió tanto esta repentina transformación, que decidí pedirle a mi padre que hablase más alto y me señalase más claramente las etapas que debía recorrer. Le supliqué que guiase mi mano y la condujese hasta la palabra *muerte*. Había además una pregunta que me quemaba los labios. Quería explicarle que no temía arribar a ese punto final. Pero que previamente aspiraba a agotar el significado de la palabra *vida*. Y, sobre todo, deseaba a aprender a pronunciar otras palabras: por ejemplo “Soledad”... ¿Por qué no?... y “Dolor”... También... pero ante todo “Aventura” y “Amor” y “Fraternidad”.

Cinco palabras como los cinco dedos de mi mano derecha. La mano que tendería a mi madre si por fin pudiese hablarle de los murciélagos cazados a la caída de la tarde, de las

sirenas de los barcos y de los pitidos de los trenes que me perseguían y que invadían mi habitación cuando, de noche, soñaba despierto... O del rostro sereno y grave de mi padre, de su rostro puro que se me aparecía joven e increíblemente intacto, al hablarme inclinado sobre el poyo de piedra de la casa de los abuelos.

Un día me decidí a dar el paso. Cuando intenté comunicarle a mi madre que me iba a París, que mis dieciocho años necesitaban más luz, más aire, más espacio: que deseaba ardientemente tropezarme una, diez, cien veces en las piedras, las nubes, las aceras, los ríos, "los árboles y las esquinas del ancho y espacioso mundo que me aguardaba ahí fuera, mi madre permaneció silenciosa. No derramó ni una lágrima, aunque pude adivinar que en aquel instante su corazón era un único y clamoroso grito... No quiso concederme el bálsamo de una palabra, la luz de un comentario, el aliento de un consejo. De repente oí un ruido de pasos apresurados y sonó el crujido suave de una puerta que se cerraba. A partir de ese momento el tiempo empezó a espesarse entre nosotros. Sobre mi corazón y el de mi madre caía una lluvia gélida, que empezaba a diluir, a empañar, hasta hacerlo irreconocible, el paisaje interior de mis años de infancia. No volveríamos a recorrer juntos sus suaves lomas, sus bosques umbríos, sus ríos frescos y rumorosos.

(Con el tiempo este paisaje se iría mineralizando, se cristalizaría en aristas agudas, en laderas escarpadas, en simas profundas e insalvables).

Cuando en 1948 llegué a París, llevaba en el bolsillo la dirección de un refugiado español, Ángel Romero, que orientaría mis primeros pasos en la capital francesa. Gracias a Ángel iba a encontrar, simultáneamente, un hogar y un empleo.

Por aquel entonces, yo aspiraba a aprender cuanto antes un oficio, a entrar en contacto con el mundo del trabajo. Felizmente, Ángel tenía un buen oficio: el de barnizador de muebles. Conocía a muchos pequeños artesanos instalados “du cote” de la Bastille. En aquella época la Bastille era el centro del mueble, como Belleville lo era del calzado. Eran cientos, quizás miles, los pequeños artesanos incrustados en sus calles, cobijados en el fondo de unos patios estrechos y profundos, a los que se tenía acceso desde un portalón cubierto de enseñas. Allí, en pequeños, diminutos talleres, cuyas cristaleras dejaban penetrar con dificultad la luz del día, en locales exiguos mal alumbrados, mal acondicionados, trabajaban, reían, vivían, morían, se emborrachaban, los tapiceros, guarnicioneros, carpinteros, ebanistas, silleros, barnizadores y formaban, juntos, un tejido social, compacto, cálido, denso, vivo y generoso.

En este barrio, dos siglos antes, el pueblo de París derumbó, piedra a piedra, el símbolo mismo de la opresión y de la ignominia. Allí empezó a latir el ancho, rojo y desparramado corazón de París: el corazón de los explotados, el corazón de los “sans-culottes”, el de los hijos del pueblo

asesinados por la chusma versallesca, el del muro de los Federados, el de La Comuna, el del París insurrecto de Mayo del 68, insolente y fresco como una muchacha subida sobre las espaldas del Viejo Mundo, con una flor entre los dientes y una estrella –la de la Libertad– brillándole en la frente. París, espejo de revolucionarios, esperanza de los hombres que en cualquier latitud y cualquier época, llevaron siempre “un mundo nuevo en sus corazones”. De los hombres, que saben que un día sonará para todos “el canto universal del gallo francés”, el canto que indicará que ha llegado la hora de nuestra liberación.

... Bastille. En este barrio de París, como en otros muchos barrios de la vieja urbe, derribar una piedra, rectificar una esquina, modificar el trazado de una calle, es atentar contra nuestra propia historia, contra ese milagro permanente que hace que los seres vivos acaben adquiriendo la pátina y cicatrices que el tiempo otorga a las piedras y que éstas, a su vez, se sientan recorridas por nuestro pulso, por nuestra fiebre y nuestra sangre, que se humanicen y enrojezcan de dolor cuando celebramos nuestras fiestas o cometemos nuestros crímenes.

X. UNA HISTORIA OLVIDADA

Ángel Romero, el refugiado español que me acogió a mi llegada a París, tendría aproximadamente treinta años. Era un hombre que había vivido intensamente, como la mayoría de compatriotas de la emigración republicana que fueron aventados por la gran tragedia de la derrota de 1939, y siguieron luchando contra el fascismo en lugares tan distantes como en África del Norte, con las Fuerzas francesas libres; en Francia, después de haber escapado a los campos de castigo de Collioure, Vernet d'Ariège o Mont Louis o a los campos de concentración instalados en las playas de Saint Cyprien, Barcarès, Argelès sur Mer, donde miles de españoles fueron aparcados como animales por las autoridades francesas, vigilados, día y noche, por los gendarmes y por soldados argelinos y senegaleses; organizando los primeros grupos guerrilleros en el mediodía de Francia, en particular en el departamento del Ariège y participando

en las grandes batallas del Vercors y de la meseta de Dieres; jugando un papel destacado en la liberación de París (Los franceses han borrado de la historia de Francia la imagen de los tanques de vanguardia de la división Leclerc que penetraron en la plaza del Hotel de Ville y que desfilaron el 26 de agosto de 1945 por los Campos Elíseos; blindados que lucían nombres como “Guadalajara”, “Brunete”, “Guernica”, “Madrid”... Hubo españoles que antes que ser entregados a Franco, prefirieron ingresar en la Legión Extranjera francesa y que llegaron a batirse en Dinamarca y en Noruega. Otros, enviados por sus padres a la Unión Soviética, entraron cuando aún eran niños en las filas del ejército soviético y en los grupos guerrilleros que lucharon contra las tropas de ocupación alemana... Eran tiempos en que, como cantó más tarde José Hierro,

*“Cuando caía un español
se mutilaba el universo”*

Tiempos en que la tierra entera se llenaba de tumbas duras y anónimas de vascos, castellanos, catalanes, andaluces, gallegos, asturianos... Porque,

*“al fin y al cabo, cualquier sitio
da lo mismo para morir:
el que es aroma de romero,
el tallado en piedra, o en nieve,
el empapado de petróleo.*

*Da lo mismo que un cuerpo se haga piedra,
petróleo, nieve, aroma.*

Lo doloroso no es morir acá o allá.

Ángel Romero, anarquista, natural de un pueblecito de la provincia de Jaén, carpintero de profesión, había sobrevivido a ese ventarrón agrio y homicida, que diezmó a nuestro pueblo. Otros miles de españoles como él estaban a varios palmos bajo tierra, criando malvas, alimentando con sus jugos la hierba del campo o erosionando las piedras de los cementerios. A él le había tocado vivir. Lo recuerdo siempre sonriendo, pulcro y aseado como si acabase de salir de una casa de baños, con la toalla enrollada bajo el brazo y el pelo húmedo, negrísimo, cuidadosamente peinado hacia atrás. Al sonreír –cosa que sucedía frecuentemente– mostraba una doble hilera de dientes menudos y blanquísimos.

Su indudable atractivo físico, su simpatía, su inagotable buen humor, explicaban el éxito de Ángel con las mujeres. Curiosamente, las dos compañeras que le conocí durante los tres años escasos que duró nuestra relación, carecían de atractivo. Jeannette, con la que llegué a tener más trato cuando viví con ellos durante las primeras semanas de mi estancia en París en el minúsculo apartamento de la calle Rebéval, era rubia, gruesa y maternal. Mantenía a su alrededor un orden discreto, cálido, trascendido por el afecto callado y humilde que profesaba a Romero. Hacía aproximadamente un año que éste, probablemente cansado de su vida ajetreada y solitaria –las aventuras femeninas le duraban

poco tiempo– de las comidas recalentadas en hornillos que apestaban a alcohol, de armarios vacíos sin una mala muda, harto de levantarse al alba en una habitación helada para coger el primer metro sin nada caliente en el estómago, salvo el “petit crème”, tomado “sur le pouce” en el café de la esquina, había decidido acabar con esa vida ascética y rutinaria y unirse a una mujer que fuese capaz de ofrecerle algo más que el sempiterno comentario que oía cada vez que subía a la habitación a una muchacha, una vez disipado el encanto, el sortilegio producido por la mecha negra de pelo que le cruzaba la frente, la hilera de dientes blanquísimos, y las historias sin pies ni cabeza que les contaba para llevárselas a la cama (“Chéri, qu’est–ce qu’il fait froid dans ta chambre! Je crois que je vais partir tout de suite...!”), frase que pronunciaba en cuanto sus pies desnudos pisaban el suelo de la habitación...)

El día en que conoció a Jeannette pensó que con ella todo podía ser distinto. Era un catorce de julio y París ardía en fiestas. Romero, con el cuello de la camisa abierta, el pelo brillantinado y más estirado que nunca, se dirigió al baile anual que celebraban los bomberos en su viejo caserón del Distrito Seis.

Algo en ella debió atraerle: su vestidito de flores, el pelo recogido por detrás de la nuca con un lazo de terciopelo, la mirada triste y dulce que dirigía, alternativamente, a la amiga que la acompañaba y a las parejas ardorosas que giraban, giraban incansables bajo los farolillos y los globos

iluminados que corrían por los cables tendidos a lo largo y a lo ancho del patio del cuartel.

Ciertamente, Jeannette no era guapa, pero tenía una hermosa mirada, limpia y luminosa como un cielo sin nubes que el viento acaba de barrer... Cuando Ángel la invitó a bailar aceptó y ya no volvieron a separarse en toda la noche. De madrugada, antes de que se apagasen los últimos “flons-flons” de la música, salieron del cuartel. Atravesando la calle del Dragón, caminando lentamente por la calle de los Saints Pères, en dirección del Sena. De repente, se encendió por encima de sus cabezas una inmensa hoguera (“Empiezan los fuegos artificiales”, comentó Romero). El cielo se abrió como una inmensa granada ensangrentada de la que empezaron a caer sobre la ciudad grandes ramos luminosos de color verde, naranja, azul, morado... Jeannette y Romero avanzaron sorteando charcos –había caído un chaparrón minutos antes– y se tropezaron con grupos de hombres y mujeres que lanzaban gritos de admiración con el cuello estirado y las manos enlazadas (“¡Oh! ¡Ah! ¡Regarde celui-là, comme il est beau!...”)). Los plátanos brillaban en la oscuridad y despedían un olor penetrante, que se infiltraba en la sangre y excitaba los sentidos. Se acercaron al Quai Malaquais; Jeannette tiritó y Ángel agarró su mano por primera vez. Cruzaron la calle y al inclinarse por encima del pretil de piedra, vieron brillar algunas estrellas en las aguas negras y profundas del Sena. Romero sintió la necesidad de hablarle a Jeannette del pasado, de su vida, cuyos episodios

–repentinamente– le llegaban en vaharadas, en filas apretadas, como soldados fatigados que arrastraban los pies y avanzaban en medio de una gran polvareda, queriendo irrumpir de repente entre ellos, haciendo más irreal aquella noche de luz y de sombras, de sentimientos inexplicables que empezaban a sumergirle...

... Y habló, habló largamente, mientras Jeannette le escuchaba en silencio, apretada contra él y recogía sus confidencias. En primer lugar, evocó la figura de su madre: no había reconocido en la foto que le enviaron sus hermanos a aquella anciana, sentada en un taburete, casi pegada a la tierra, debajo de la parra familiar y de su sombra fresca. Probablemente no la volvería a ver. También habló del campo de concentración de Argelès–sur–Mer a donde fue a parar al final de la guerra, después de varios días de una larga, agotadora marcha, que concluyó en el puerto pirenaico del Perthus, donde él y otros miles de refugiados se entregaron a las autoridades francesas. Recordaba la multitud abigarrada, hambrienta, en la que se mezclaban los restos del ejército republicano –soldados amargos, aplastados por el peso de la derrota y los civiles –hombres, niños, mujeres, ancianos– perseguidos, desnudos, desposeídos de todo.

... Multitud patética –aquel hombre sentado en el borde de una zanja, calentando en el cuenco de sus manos los pies del hijo, helados por la nieve del camino... Hombres y mujeres silenciosos, llorando, viendo alejarse el sueño vivo por el que habían estado dispuestos a entregar la vida, viendo

difuminarse en la bruma los últimos perfiles de la tierra que les vio nacer.

Carotte... Carotte fue la primera palabra francesa que aprendió. De día y de noche comían una sopa infecta, nauseabunda, en la que sobrenadaban grandes trozos de nabos y zanahorias... Tomada en cuclillas, sobre la arena, con una manta sobre las espaldas y el vaivén de las olas sonando incesantemente en los oídos. Recordaba todavía las siluetas –monigotes grotescos, crispados– de hombres y mujeres que intentaban defecar, separados o en pequeños grupos –imposible esconder su intimidad– a orillas del mar, con la frente empapada en sudor, recibiendo las salpicaduras del mar. A una distancia de varios metros se podían oír sus gemidos. Algunos se agarraban la cabeza con las manos; otros se dejaban caer exhaustos. Los había que se arrodillaban y clavaban la cabeza en la arena, como pidiendo perdón a un dios cruel y desconocido... Al levantarse tiritando, arrebujados en unas mantas de soldado de las que sobresalían unos tobillos livianos, empapados de agua y espuma, muchos de ellos dejaban tras de sí un rastro de sangre. En estos campos murieron miles de españoles víctimas del hambre, del frío y la disentería. Hubo campos, como el de Bram, en el departamento del Aude, en el que se declaró una epidemia de tifus y se produjeron, a causa de la desatención de las autoridades sanitarias francesas, cuarenta casos de muerte...

En diciembre de 1939 Ángel logró evadirse de Argelès y fue

a refugiarse a Burdeos, en casa de unos viejos exiliados españoles. Pero en febrero del año siguiente, había perdido de nuevo la libertad: detenido en una redada, fue entregado por la policía francesa –en compañía de otros muchos antifascistas españoles– a las autoridades alemanas, cuando las tropas del Tercer Reich ocuparon Francia.

Después de haber permanecido en Burdeos encerrado durante dos semanas en un calabozo infecto, sin permiso siquiera para salir al patio de la cárcel, salvo el cuarto de hora reglamentario en el que los presos giraban en silencio, uno tras otro, bajo la mirada de un “matón” de turno, agresivo y avinado, que tenía una fobia particular a los españoles –los “espingouins” como él los llamaba– fue conducido a una base de submarinos. Allí pudo apreciar de nuevo el valor de una comida caliente, relativamente abundante, y de una muda de ropa limpia que le entregaron al penetrar en el barracón que le tocó en suerte.

En el campo de trabajo la disciplina no era excesivamente rígida. Los alemanes con los que él y otros españoles compartían las tareas de cocinar para los dos mil soldados de la guarnición, que les acompañaban en la ingrata tarea de pelar mañana y tarde, sin descanso, montañas de patatas de las que nunca veían el final, bromeaban sin cesar, sin duda para matar el tiempo. En medio de grandes risotadas, los teutones se daban fuertes palmadas en las rodillas y gritaban dirigiéndose a ellos: “¡Franco, kaput! ¡Franco, kaput!” y, empuñando el cuchillo que les servía para pelar centenares,

miles de kilos de patatas, simulaban darse un gran tajo en la garganta. Romero y sus compañeros –ante la duda que representaba para ellos el significado de aquel gesto–, ¿aludían a la liquidación del régimen franquista, o a lo que les esperaba el día que regresasen a su patria?–, preferían seguir hablando entre sí o, para no parecer descorteses con sus compañeros de cocina, que hacían grandes aspavientos amistosos con un cuchillo en la mano y una patata en la otra, aprobaban sus palabras en silencio o les contestaban irónicamente: “¡Ya! ¡Ya! ¡Kaput! ¡Franco, Kaput!”... “¿Y vuestro padre?”, remataba Romero por lo bajo, ahogando una risa y cachondeándose de ellos con su ligero ceceo, que no había perdido aún, de andaluz errante y universal.

... De repente enmudeció al sentir el calor de las dos manos de Jeannette sobre las suyas, que había conservado extendidas sobre el pretil de piedra mientras hablaba:

– Continué, je t’en prie– suplicó ella...

Tendiendo el oído se podía escuchar la respiración tibia, acompasada, de la ciudad. El agua del Sena se cargaba de tinta por momentos. Si algún día regresaba a España perdería de vista, quizás para siempre, este río y esta ciudad. ¿Llegaría a olvidar el olor de los plátanos, el recuerdo de esta noche de julio en la que el pasado semiolvidado y el presente irreal y excitante, se estaban poco a poco fundiendo, consumiéndose, en una gran hoguera cuyo resplandor despertaba

de nuevo su apetito de vivir y arrinconaba sus bruscos accesos de melancolía?

“Figúrate, prosiguió Ángel, que un día –llevaba ya seis meses en la base de submarinos y habían pasado por mis manos, o al menos eso me parecía a mí, toneladas y toneladas de patatas– ocurrió algo que complicó aún más mi existencia y desbarató los planes de huida que estaba fraguando con dos compañeros de la CNT y un muchacho de las Juventudes Socialistas. Nuestro objetivo era llegar a reunirnos con las fuerzas del “maquis” que operaban en el sur de Francia. Sabíamos en efecto, que en ellas luchaban numerosos compatriotas nuestros.

“Una noche, cuando estábamos a punto de acostarnos, un suboficial de la base penetró en nuestro barracón. El centenar de prisioneros extranjeros que componían la unidad, se alineó frente al militar alemán y a su intérprete. Inmediatamente nos enteramos del objetivo de su visita: se necesitaba urgentemente un peluquero, pero un peluquero que fuese profesional, ya que el comandante a cuyo servicio iría destinado era un hombre muy exigente. El elegido quedaría destacado cerca de la Komandantur, con posibilidad de salir de la base una vez por semana con la autorización expresa del alto oficial alemán. En vista del silencio prolongado que acogió las palabras del intérprete, y sin dudarle mucho, di un paso al frente y afirmé que, durante largos años, yo había practicado ese oficio en mi país y que

en consecuencia podía ser esa perla rara que buscaba el comandante. Naturalmente, salvo el manejo de la brocha de afeitar y de la navaja barbera, yo ignoraba absolutamente todo de este oficio, hasta la forma de coger una maquinilla o unas tijeras. Pero confiaba en mi buena estrella y, sobre todo, pensaba que era una ocasión inesperada para tomar las de Villadiego y dejar plantados a los alemanes con sus malditas “kartoffen” y sus bromas pesadas e interminables. A la mañana siguiente, me encontré solo frente a frente con la nuca del comandante, que masculló a sus ayudantes unas cuantas palabras que no entendí y que a continuación me hizo un gesto, imperativo, por el que me daba a entender que tenía poco tiempo y que, en consecuencia, debía empezar cuanto antes a ocuparme de su cabeza. Había sido excesivamente optimista, como lo somos todos los españoles, al confiar en mi audacia y buena suerte y en mis habituales facultades de adaptación a cualquier situación, por difícil e imprevisible que ésta fuese. Apenas había transcurrido una hora desde el instante en que propiné el primer tijeretazo a la cabeza del comandante, cuando oí como la pesada puerta de un calabozo se cerraba de nuevo tras de mí y se evaporaban mis esperanzas de recobrar la libertad. En efecto, cuando el alto oficial alemán, encuadrado por sus dos ayudantes –rígidos como postes telegráficos– me pidió que le pasase un espejo por la nuca y las sienes para poder apreciar el resultado de mis servicios, lo vi palidecer intensamente. Acto seguido, se arrojó sobre mí bramando como un toro. Los dos ayudantes me agarraron cada uno por un

brazo, y a rastras, me entregaron a los soldados que estaban de guardia delante del despacho del máximo oficial de la base de submarinos. Una vez más fui a dar con mis huesos al calabozo, de donde salí tres semanas después, rumbo a Alemania, encuadrado en una Compañía de Trabajadores Extranjeros, de tan mala memoria. Por un compañero de la base, con el que coincidí años más tarde en la Local de la CNT de París, supe que los alemanes estuvieron a punto de fusilarme. Todo, por el esquilado de aquella maldita nuca. Yo estaba convencido de que metiéndole la maquinilla al teutón y dejándome de florituras podía salir airoso de la prueba. Pensaba, pero me equivocaba, que a todos los alemanes les gusta llevar la cabeza como una bola de billar y que esto me facilitaría la tarea.

“Logré salvarme del pelotón de ejecución, pero fui deportado a Alemania. Estuve cerca de tres años trabajando en la cadena de una fábrica de bombillas de Colonia; tres años repitiendo, día tras día, y hora tras hora, los mismos gestos... Sometido además a una estrecha vigilancia por parte de la policía de la fábrica y de las autoridades alemanas. Al final, estaba tan aburrido que decidí hacer algo. Descubrí un truco muy sencillo que me permitía seguir el ritmo de la cadena trabajando mucho menos y montar, sin que el contraestrate se enterase de nada, uno de cada cuatro casquillos. Cuando descubrieron el truco me tomaron por un saboteador y esta vez me enviaron a un campo de concentración con alambradas, perros policías y rondas

continuas. A pesar de eso logré escaparme en septiembre de 1943, gracias a una red de evasión que partía de Bruselas, adonde llegué en diciembre del mismo año. La red se extendía desde la capital belga hasta la frontera española, pasando por Toulouse, Foix, Saint Paul de Jarat y Andorra. En los primeros meses de 1944, después de mil peripecias, fui a parar al departamento del Ariège. En esta zona montañosa, situada cerca de la frontera española, se habían constituido varios grupos armados compuestos por españoles que tenían prácticamente controlado aquel territorio y que lo liberaron a finales de ese mismo año en colaboración con las F.F.I. y en contacto con tropas inglesas y francesas lanzadas en paracaídas durante los días que precedieron nuestra ofensiva contra las tropas de ocupación alemanas... Y eso es todo.

“Bueno... –y Romero sonrió maliciosamente haciendo brillar sus dientes en la oscuridad.– La verdad es que las bombillas no fueron la única razón por la que los alemanes me sacaron de la fábrica para llevarme a un campo de concentración. Un año antes yo había conocido en Colonia a una muchacha alemana. Hermosa muchacha... Grande, rubia como las mieses, medía por lo menos dos o tres palmos más que yo. Hablaba el francés a la perfección. El mismo día en que nos conocimos, durante el Carnaval, quiso llevarme a su casa y presentarme a sus padres. Allí las muchachas son muy libres y van derechas al grano, como acostumbramos a hacerlo aquí los hombres. Creo que me quería sinceramente.

Pero yo no podía apartar mi mente de España, de los míos, de la lucha que no había terminado, del combate contra el fascismo que seguía librándose en los frentes de guerra o en el maquis. A la primera ocasión, pensaba, me escaparé. A los seis meses rompí mis relaciones con ella y desaparecí sin dejar santo ni seña. Pero un año más tarde tuve la desagradable sorpresa de ser convocado por el juzgado. Gertrud, ese era su nombre, había seguido mi rastro hasta dar con mi paradero. Fui confrontado con ella en presencia de un juez. Me hice el indiferente y negué rotundamente el haber tenido cualquier tipo de responsabilidad en nuestra separación.

Intenté explicar que en mi país, o en cualquier país civilizado, son cosas que ocurren normalmente: una pareja se une y al cabo de meses, años o siglos se desune. Hasta que de repente la madre de Gertrud, una señora todavía joven, muy aseada y pulcra, con gafas de montura metálica y un abrigo con cuello de piel –me parece estar viéndola todavía– se levantó del fondo de la sala y se dirigió hacia el juez para depositar ante él algo parecido a un pequeño paquete, que iba envuelto en una toquilla blanca. Era un hermoso bebé.

Cuando abrieron la toquilla, empezó a gritar y a agitar las piernas. Le eché una mirada de reojo y... maldita sea. El niño era más oscuro de tez que una noche sin luna y tenía una mata de pelo negro que le invadía la frente. No sé porqué en aquel momento pensé en mi madre y en una de mis fotografías: la que tenía puesta en la mesilla de su dormitorio.

Insistí débilmente en que yo ignoraba que Gertrud hubiese tenido un hijo, y que nada demostraba que fuese mío, aunque interiormente estaba anonadado y no me atrevía a mirar ni al juez, ni a Gertrud, ni a su madre. Al día siguiente recibí una nueva convocatoria del juzgado. En la fábrica fui llamado al despacho del director. A nuestra entrevista asistía un personaje siniestro, que llevaba un impermeable interminable que le caía casi hasta los tobillos. Me acusó –no sé si el intérprete tradujo correctamente sus gritos– de haber pervertido a una joven e inocente muchacha alemana y de aspirar a destruir el equilibrio de la raza aria. En cuanto al director, se empeñó en que le proporcionara datos sobre una red de sabotaje organizada en la fábrica, red que sólo existía en su lenta y obtusa imaginación. Podía ocurrirme lo peor. Y así fue... Al día siguiente, de madrugada, fui conducido a un campo de concentración. Pero a los pocos meses de mi internamiento, logré evadirme e inicié un largo periplo que me llevaría, en los primeros meses de 1944 al Col de Py, a una cabaña de leñadores en la que me esperaban varios compañeros. Por cierto que, según supe más tarde, en esta cabaña nació –a partir de la reunificación de varios grupos de guerrilleros– el Cuerpo del Ejército Catorce de la Resistencia Francesa.

“... He hablado mucho. ¿Verdad, Jeannette? Los españoles somos parlanchines. Depende en qué momento se nos pilla. Pero, de tarde en tarde, es necesario sacar a relucir el pasado. Si no, es como pasarse por la vida con una espina

clavada en la garganta... A veces, pocas, hablo de esto con los compañeros a los que también les ha tocado vivir esta existencia de locos. Y cuando tropiezo con una persona comprensiva como tú, con una mujer que sabe mirarte mientras hablas, que sabe escuchar tus palabras, y que se queda pensativa como tu te has quedado en este momento... Entonces empiezo a creer que estoy ante uno de esos momentos de felicidad tan escasos, tan espaciados en la vida de un hombre.

Se besaron de forma natural. De nuevo el mundo se hallaba abierto. Inesperadamente la vida empezaba a dar sus frutos y todo parecía otra vez posible... Él ya no necesitaba perfeccionar su sonrisa, ocultarse a las miradas, hacer creer que era ante todo un buen muchacho, simpático, abierto, siempre dispuesto a brindar el calor de un gesto de amistad o una palabra de aliento... (Ciertamente ella no es una de esas muchachas con las que se sueña despierto, que pasa a vuestro lado y que cuando desaparece os deja un gusto de ceniza en la boca, el rastro de un brillo que os entristece y os hace pensar en el suicidio... No, Jeannette posee una boca sensual y unos ojos limpios como el agua de un arroyo. Huele a jabón limpio y su vestido, a pesar de haberse arrugado ligeramente al frotarse con el pretil del puente, sigue immaculado. Tiene las palmas de las manos enrojecidas. Parece desnuda y triste, pero se dispone a ofrecerte lo único que posee en este mundo: un inmenso caudal de ternura, con el que quizás logre cicatrizar tus heridas).

Abandonaron el río y echaron a andar enlazados, formando una pareja que desde ese mismo instante empezaba a enfrentarse con la soledad, con el olvido, con el tiempo vivo...

–Ahora, háblame de ti, Jeannette– le pidió Romero, mientras subían por la rue de Seine en dirección del Luxemburgo.

–No sé hablar de mí, contestó ella. Yo no he vivido tanto como tú. Mi existencia no tiene secretos. He estado casada durante tres años y ahora resido con una amiga en un pequeño piso de Malakoff. Ayer fui a visitar a una prima hermana que vive en la rue de Buci y, después de cenar, decidimos darnos una vuelta por el baile de los bomberos... ¿Qué más podría contarte? De pequeña era muy tímida e iba a la escuela “comunal” con un lazo muy grande en la cabeza. Mi padre era “cheminot”, conducía una locomotora en la línea París–Lyon y sólo lo veía muy de tarde en tarde. Cuando tenía diez años soñaba que de mayor iría a trabajar a la fábrica en bicicleta y que me casaría con un contraestrate. No guardo ningún recuerdo de mis años de matrimonio. He olvidado el rostro del hombre con el que compartí ese período de mi existencia. Recuerdo a mi madre con cariño, a pesar de que en nuestro pequeño pavillon de Pontoise, le dedicaba mucho más tiempo a mis hermanos, a sus geranios y a sus pájaros que a mí. Llevo una existencia solitaria. De casa a la tienda de zapatos de Réamur–Sebastopol en la que trabajo de cajera desde hace seis meses y, de la tienda a casa. En este momento no

conozco a ningún hombre. Tampoco sé cómo se les debe hablar.

–¿Quieres que vivamos juntos?– le propuso él de repente.

La mirada de ella tenía algo de patético. Recorrida por un flujo de sangre, su piel se volvió sonrosada, y adquirió un brillo repentino, como si la atravesase la luz...

–¿Qué vas a hacer con una chica como yo? Con esa mecha de pelo negro sobre la frente y las historias que me has contado, puedes conquistar a otras mujeres más jóvenes y más hermosa que yo.

–Jeannette, hablo en serio. Lo que yo te propongo es que abandonemos nuestra soledad actual. Yo ya no puedo soportar el desorden de mi habitación. La pasta de los dientes sobre el infiernillo y el cristal del “vasistas” roto porque prefiero pasar frío antes que poner un mínimo de orden en mi vida.

Vas a pensar que soy un egoísta... Y lo soy, ciertamente. Vas a pensar que me uno a tí para tener una muda limpia en el armario, un plato de sopa caliente en la mesa y una mujer en la cama... Y puede que tengas razón. ¿Pero acaso debe un hombre avergonzarse de estos pensamientos?... Cuando estaba en el Ariège, cerca de Mirepoix, haciendo carbón vegetal, organizando sabotajes y emboscadas y viendo caer a muchos de mis compañeros, segadas sus vidas por las balas

alemanas, soñaba precisamente con tener un día –si salvaba el pellejo– una casa con las puertas y rendijas cerradas; una casa por la que nunca penetraría el viento, ni el frío de la noche, y una mujer en la cama que me prodigase sus caricias... y, además, una cocina –¡figúrate qué ocurrencia!– con el suelo de baldosines rojos, una cocina que oliese a asperón y a lejía, como la que mi madre tiene allá en el pueblo. Por favor, cuéntame más cosas de ti...

–¿Qué te puedo contar? Creo que le he dado la vuelta a mi vida. No te he ocultado nada...

– ¡Qué sé yo! Háblame de tu padre...

–Mi padre vive sólo en su pequeño pavillon de Pontoise. Procuero verle una o dos veces al mes. Pero aquello está tan lejos... Tengo que ir a Saint Lazare y tomar allí un tren. Está jubilado. Es un viejo obrero que durante la semana se dedica a su jardín y se pasa los domingos sólo, salvo cuando yo le acompaño: está sólo desde que mis dos hermanos se fueron de casa a terminar el servicio militar; solo con sus recuerdos, con los retratos de nuestra familia y con el polvo que se amontona en el aparador de nogal que contiene la vajilla de loza y la cristalería que nadie ha vuelto a utilizar desde que hace cinco años murió mi madre. Vive aislado en medio de los “pavillons” que han crecido como setas en la antigua zona “maraîchère” del municipio. Se pasa las horas muertas contemplando su pequeño jardín desde la ventana del comedor. El jardín es lo único que le queda en la vida, lo

único que merece sus cuidados, sus gestos temblorosos y cansados: hace crecer en él hermosos rosales o se entretiene plantando lechugas y rábanos, alineados como soldados “à la parade”.

“Otras veces se entretiene mirando a los dos enanitos de escaloya que se encaraman, de puntillas, sobre la hierba, para alcanzar el brocal de un pozo que ha construido él mismo con neumáticos pintados de rojo. O se queda agarrado a la verja que separa el jardín de la calle, mirando como corren los niños en bicicleta por la pendiente de un terraplén. A veces los niños se acercan, le hacen algún comentario, ríen a carcajadas entre ellos y se lanzan de nuevo a toda velocidad por la pendiente...

“Para un viejo obrero jubilado como mi padre el tiempo no corre. Sobre todo los domingos. Es lo que me suele decir cuando se confía a mí. Las horas se desgranán lentamente. El viejo reloj de pared tarda una eternidad en dejar caer, una tras otra, sus campanadas.

“Después de comer empieza para él el único entretenimiento de los domingos: recoge la mesa, va a la cocina y se tropieza a veces con una mesita baja sobre la cual se tambalea un tiesto, envuelto en papel de plata, obsequio de mi hermano pequeño para su cumpleaños... el único día del año que aparece por allí. Mi padre trae un litro de vino en la mano y lo deposita sobre la mesa, junto con un vaso y un

paquete de nueces. Con el pulgar y el índice –tiene unas manos enormes, llenas de fuerza todavía– aprieta la nuez y chasca la cáscara. Desmenuza el fruto y va formando sobre el mantel de hule pequeños montoncitos con la pulpa de las nueces. Se come uno de los montones y a continuación bebe, hasta la última gota, un vaso de vino. En cuanto ha acabado, empieza de nuevo la operación...

Le he preguntado en varias ocasiones en qué piensa mientras hace esto: dice que le gusta beber y hacer chascar las nueces y ordenar los pequeños montones. Que llega a olvidar su soledad. Que a veces piensa en la muerte y en lo agradable que sería que lo sorprendiese en esa actitud: partiendo nueces entre el dedo pulgar y el índice; evocando su juventud, el Frente Popular, la guerra de España, el nacimiento de sus hijos; recordando la huelga en la que perdió el dedo meñique, aplastado por el culatazo de un gendarme; pensando en la jubilación, en el fallecimiento de su mujer, en las visitas de los hijos –cada vez más espaciadas; consumiéndose en la espera triste y sosegada de la muerte...

Las manos y el rostro de Jeannette acusaban el esfuerzo que había tenido que hacer para terminar su relato.

–No sé porqué he hablado tanto de mi padre... Quizás porque a veces pienso en ese final que nos acecha a todos los trabajadores: la soledad y la espera de la muerte, en un pequeño “pavillon” de las afueras o en un asilo de ancianos...

Tiró de ella. Todavía quedaban en las calles, desiertas y sumidas en la oscuridad, grupos de jóvenes, que gritaban y cantaban, que reían, se besaban, y se perseguían por la mitad de la calzada, proclamando así la insospechada y prodigiosa permanencia de la vida.

–Bueno –sonrió Romero, agarrándola del cuello y dándole un empujón– Olvidemos la “retraite”: ya llegará a su hora, ni un minuto antes ni un minuto después. Mientras tanto vamos a vivir. ¿Qué te parece si subimos a mi habitación? ¿O tienes que avisar a tu prima para que no se inquiete por tu ausencia?

–No– contestó Jeannette sonriendo, alejándose del invierno y entrando de nuevo en esa zona templada en la que todo es aún posible, en la que ya no se camina sólo y a oscuras, sino rodeado de árboles, de formas humanas con sangre, con latidos oscuros que recorren la piel y los sentidos.– No, no es necesario que la avise. Vamos a ver si de verdad tienes una habitación tan desordenada.

XI. LOS BARNIZADORES

Llevaba una semana en París cuando Romero me presentó en su casa de la rue Rebéval a otro refugiado

Un anarquista llamado García. García era dueño de un pequeño taller de barnizado situado en un pasadizo próximo a Reuilly–Diderot, la calle Lepeu–projetée. Más que de una calle se trataba de un pequeño callejón, angosto y desprovisto de luz, en el que se amontonaban los talleres de ebanistería, carpintería, guarnicionería...

García era un hombre tímido y sosegado, provisto de una calva incipiente, al que le costaba un gran esfuerzo pronunciar, una tras otra, más de cuatro palabras. Siendo relativamente joven –no pasaría de los cuarenta años– aparentaba más edad de la que realmente tenía.

Su forma de caminar –andaba ligeramente encorvado e inclinado hacia adelante–, reforzaba esta primera impresión. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus manos, unas manos enormes que no guardaban proporción con el resto del cuerpo. Cuando no trabajaba con ellas, es decir cuando no las deslizaba –una y otra vez– apretando la muñequilla, por la superficie alisada y brillante de una puerta de armario o un dosel de cama, daba la impresión de no saber dónde meterlas ni qué hacer con ellas. Generalmente se resignaba a cruzarlas sobre la mesa o las escondía debajo de los brazos, como si hubiese deseado hacer olvidar su peso, su volumen, su prosaica y maciza presencia.

El apellido le iba como un guante. Un apellido anónimo, sin brillo. O con el brillo de los hombres que, como él, estuvieron siempre dispuestos a darlo todo por un ideal, aún a sabiendas de que nadie guardaría memoria de ellos, de que ni una sola línea de un libro se estremecería con su recuerdo, de que ni una campana tocaría a rebato por su memoria.

(Una mañana estábamos todos reunidos en el taller de la rue Lepeu haciendo un alto en el trabajo para el “casse-croute” de las diez de la mañana. Mientras le hincaba el diente a media “baguette” untada con varias manos de unas “rillettes” deliciosas compradas en la charcutería de la rue Croztier de la que los García eran clientes asiduos, se me ocurrió comentarle:

–Nunca he sabido cual es tu nombre...

García me miró sorprendido. Mientras descorchaba una botella de vino del Postillón, se limpió en silencio una escurridura de barniz que manchaba el canto de su mano derecha. Finalmente, me respondió haciendo un gran esfuerzo:

–Froilán. Pero nadie me llama por mi nombre. Mis padres me pusieron el santo del día... Nací en octubre. Exactamente, el 5 de octubre de 1908.

Y como otras tantas veces volvió a su mutismo, a esa mirada empañada y misteriosa que le servía para comunicarse con los demás seres y que le eximía del esfuerzo de tener que recurrir a las palabras...).

La primera vez que vi a García fui en casa de Romero. Aquel día, Jeannette, la compañera de Ángel, nos sirvió el café a los tres dando vueltas en derredor nuestro, al tiempo que vertía el líquido negruzco y humeante de la cafetera en unas pequeñas tazas de loza blanca.

El apartamento –una habitación, una minúscula cocina en la que yo dormía y un comedor con dos amplios ventanales abiertos a un patio interior– aparecía como una prolongación de Jeannette; como si desde el instante mismo en que ocuparon el piso –una vez que Ángel hubo cimentado y asolado los suelos, cambiado los marcos de las puertas, instalado una ducha en un pequeño desván situado detrás de la cocina y empapelado las paredes– se hubiese desgajado

hacia él un parte de su ser: reinaba en él una atmósfera familiar, aseada y pulcra, obtenida a fuerza de disponer, según un orden sabio y discreto, los objetos personales salvados del naufragio de sus dos vidas. Detrás de cada uno de aquellos objetos se escondía el recuerdo de una herida olvidada o mal cicatrizada; el olor dulce, melancólico, de una alegría; el aroma de un viejo y sereno momento de felicidad; se resumían los sueños, los trabajos, los sinsabores de toda una existencia; la victoria –momentánea, pero real– obtenida sobre el tiempo y su crudo e implacable proyecto de borrarlos, de apartarnos de cuanto hay de fresco, abierto y vivo en este mundo.

Años más tarde, leyendo a César Vallejo, el gran poeta peruano, recordé el pequeño apartamento parisino de Jeanette y de Ángel y su fresca e inmarchitable presencia revivió en mi memoria... “No vive nadie en la casa, me dices; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio yacen despoblados. Nadie queda pues que todos han partido.

Y yo te digo. Cuando alguien se va, alguien se queda. El punto por donde pasó un hombre ya no está solo. Únicamente está solo de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. De ahí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la vida de

un hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida”).

... Aparadores, cómodas, armarios, baúles, conteniendo trajes, vestidos, pantalones, colchas, sábanas y embozos heridos, desgastados por el tiempo, conservando en sus pliegues más íntimos la huella de los cuerpos, unas veces arrebatados, otras solitarios; espejos de aguas dormidas; postales y cartas amarillentas; ramilletes de flores secas con pétalos desaparecidos; fotografías borrosas o rebosantes de felicidad, recuerdo de una excursión al borde del Marne (una cruz dibujada sobre la cabeza de Jeannette que aparece tumbada en la hierba rodeada de muchachos y muchachas. Con la luz cayendo sobre sus cabezas, mientras en el cielo las hojas de los árboles gritan la primavera próxima).

Suspendida encima del aparador, la única foto de Ángel destaca sobre todas las demás; irreal, como levitando por encima de ropas, sueños, secretos; ofreciendo la imagen definitiva, anclada en el tiempo, de un pasado que no volverá más. El rostro de Ángel –montañas nevadas, bosques y nubes al fondo– aparece extrañamente joven y puro. Se apoya en el cañón de un fusil. En compañía de otros compañeros del “maquis” le sonrío a la muerte –blancura de los dientes– como sólo saben hacerlo los jóvenes y los adolescentes. Lleva una boina calada hasta las orejas y calza botas altas que le llegan hasta la rodilla. Embutido en una cazadora de cuero con cremallera.

Rodeado de Jeannette, de Ángel y de García, perdido en la contemplación de la nube azul que sube de la cafetera, impregnándome de esta nueva realidad con la que había soñado tantas veces, empezaba a ver dibujarse los contornos hondos y escuetos de lo que sería mi vida de ahora en adelante.

Aspiraba a perfeccionarme al contrato de los demás seres. Deseaba desplegar todas las preguntas que me atormentaban, arrojar las brasas que, desde mi infancia, me quemaban inútilmente las manos. Había resuelto adelantarse a todos mis sueños, anudar el hilo roto que me unía a aquellos hombres, el hilo roto por una tragedia –la guerra civil– que, desde una edad temprana, me convirtió en un niño pequeño y desamparado, en un niño prisionero de la sombra de su padre y de su inalcanzable vida.

A los pocos días de haberle sido presentado a García, me mudé al barracón de la Porte d'Ivry en el que éste vivía con su mujer y sus dos hijos. García no se excedió en palabras para proponerme que fuese a vivir con ellos y a trabajar en su taller. Cuando Ángel le explicó quién era yo, porque había venido a Francia y le habló de mi deseo de aprender un oficio, García me dijo simplemente frotándose la barbilla azul y mirándome fijamente con sus ojos claros:

–Cuando quieras puedes instalarte en casa. Dormirás con Yves y nos ayudarás en el taller. Si lo necesitas, te echaré una mano para arreglarte la documentación.

Hacía ya más de un año que García, su mujer y sus dos hijos vivían en una “cité d’urgence”, pequeño poblado formado por dos o tres docenas de barracones de madera que ocupaban otras tantas familias, procedentes en su mayoría de zonas devastadas por la guerra y que habían sido realojadas allí con carácter provisional.

En verano el poblado era un auténtico cocedero. Resultaba imposible guarecerse –carecía de la más mínima vegetación– o encontrar en él cualquier asomo de sombra. En invierno se chapoteaba en el barro y en las lagunas de agua que se formaban delante de los barracones en cuanto empezaban las lluvias. Llegar a casa de los García era una auténtica prueba: se avanzaba sorteando charcos, intentando no tropezar –sobre todo si era de noche– en las piquetas y en los innumerables alambres que corrían de un lado a otro del poblado.

La “cité” estaba metida en el fondo de una hondonada que antes de la guerra ocuparon unos jardines obreros que ahora estaban totalmente abandonados. Aún quedaban restos de la antigua cerca, corroída y descolorida por la acción del viento y del cierzo y que, en aquella época, aparecía invadida por las hierbas salvajes y las enredaderas. De trecho en trecho se podían ver algunos chamizos semi-derruídos, en los que los niños de los barracones solían encondarse para celebrar sus juegos. Se descendía a la “cité” por un camino sinuoso, escarpado, después de haber saltado, torciéndose los zapatos, por encima de la vía del tren.

Comparados con la calle de una ciudad –con sus ruidos, su trasiego incesante y su actividad febril– el barracón de los García y el paisaje silencioso y triste que los habitantes de la “cité” contemplábamos cada día al levantarnos –alambres enroñecidos, neumáticos desgastados, tendidos eléctricos, cascotes, motos y bicicletas desguazadas– podía aparecer como el habitáculo de la miseria, el reino triste de unos seres rechazados por la sociedad, condenados en apariencia a vivir en una zona residual, hundida y sin vida, remedo triste y desolado de la ciudad.

Y sin embargo a través de mi recuerdo y a través, probablemente, del de las personas –niños, adultos y adolescentes– que vivían allí por aquella época, oigo aún pasar una intensa y total palpitación, un ruido pertinaz de vida, de fiebre colectiva: por los barracones, la chatarra, los alambres y cascotes, por las laderas peladas que rodeaban la “cité”; por encima de las nubes grises suspendidas sobre la hondonada en la que el poblado se asentaba.

Durante las noches de invierno el viento soplaba furiosamente y arañaba las endeblés paredes del barracón con sus uñas afiladas; las puertas y ventanas, el entarimado, la chimenea gemían, lloraban, contenían el aliento. El chamizo se humanizaba, se llenaba de latidos, de rumores oscuros, de cuchicheos; enrojecía lentamente cada vez que la estufa, panzuda y seria, bufaba de contento y nos arropaba a todos con su aliento cálido y maternal.

Todos los habitantes de la casa –García, Yvette su mujer, Petit Louis y Yves, sus dos hijos, yo mismo, nos hallábamos fuera del tiempo. En la mesa los objetos –botellas, jarras, platos, cuchillos, tenedores– descansaban, dormitaban o soñaban con su propia y densa realidad. Concluida la cena, García dormitaba con la barbilla puntiaguda clavada en el pecho. Su calva iluminada por la luz de la bombilla, fulgía como un tibio papel de plata y sus manos, poderosos mazos de carne y de sueño, invadían lentamente el mantel de hule.

Encaramada sobre sus tacones altos, Yvette, con su vientre henchido, su nariz enrojecida y respingona, sus gafas temblorosas, su boca borrosa, roja de carmín, me increpaba cariñosamente porque, una vez más, me había negado a beber vino durante la cena.

–Vous ne serez jamais un homme –me decía maliciosamente mientras apuraba hasta la última gota de un “bailón de rouge”–. C’est moi qui vous le dis. Pas de pinard, pas d’homme.

(No, no seré nunca un hombre, Yvette, si me empeño en no beber vino... Y pensé en mi padre, recién llegado a Burdeos, después de haber huido de la dictadura de Primo de Rivera... Trabajaba en una fábrica de productos químicos y estuvo a punto de pegarse con dos obreros franceses que, al verle beber de un grifo, le comentaron en broma que iba a criar ranas en el estómago... Tardaría muchos años en deshacerme de aquella estúpida y peligrosa costumbre de no

beber vino, de mojar mi cuerpo –en presencia de un amigo o en la de un desconocido– con el zumo mismo de la vida, con las gotas espesas y rojas que le sirven al hombre para macerar su llanto o abrirse al gozo y la alegría... Detrás de aquella negativa se perfilaba la sombra de mi padre, la de mi abuelo, la de una sucesión de hombres austeros, tallados en piedra, cuyos gestos y actitudes hundían sus raíces en el substrato mismo de nuestro viejo cristianismo... Desprecio a la muerte. Miedo y desconfianza del placer. Abstinencia.

Renuncia forzada a unos frutos dorados, cargados de savia, en los que más tarde aprendería a clavar los dientes).

Entretanto, tenía frente a mí a Yvette, gloriosa y tierna borrachina, reprochándome amistosamente mi triste e implacable sobriedad... Despreciada por sus hijos, a los que abandonó años atrás para fugarse con un pequeño comerciante que recorría con su camioneta Renault toda la zona sur de París –Clamart, Malakoff, Montrouge, Gentilly– vendiendo loza y porcelana. Yvette, que había vuelto al hogar hace apenas un año, encontrándose con que sus hijos se habían convertido en dos adolescentes huraños, rencorosos, que no habían olvidado el abandono de su madre, que se habían negado durante largos meses a dirigirle la palabra y que ahora, cuando le hablaban, lo hacían en términos duros y agresivos, aludiendo a su afición al alcohol, contraída durante el período de tiempo que permaneció en compañía del comerciante en lozas, cuando era necesario llegar a los mercados a las seis de la mañana y descargar, ateridos de frío, la

mercancía, antes de tomarse en el café más próximo un par de “calvas” bien merecidos, a la espera de que empezase a afluir la clientela.

García había acogido a su mujer como si acabase de ausentarse hace un par de semanas. Casi sin palabras. Pensando en que quizás lograsen atar de nuevo el hilo anudado una mañana primaveral en la Porte de Clignancourt (Los dos se conocieron frente a un puesto callejero, mientras se disputaban la camisa de cuadros que Yvette pensaba regalarle a su padre, un viejo barnizador de la rue de la Roquette). Olvidando los años pasados en trasladarse con sus dos hijos, sin rumbo fijo, de taller en taller y de habitación de hotel en habitación de hotel, hasta lograr para ellos un hogar, este modesto barracón cedido por un compañero de trabajo que acababa de jubilarse. En él, por primera vez desde su llegada a Francia, García se sentía seguro, protegido, dueño al fin de su vida, tras del infierno de los primeros años de exilio cortando pinos en los bosques de los Landes, cara y manos agrietadas, viviendo como animales en medio de una naturaleza hostil... Hasta que por fin logró “subir” a París. Allí conoció más tarde a Yvette y allí nacieron sus dos hijos.

No valía la pena evocar aquello. Dejar que las sombras invadiesen de nuevo su vida. Únicamente fruncir el entrecejo cuando Yves o Petit Louis, frustrados por no haber tenido –cuando más lo necesitaban– a una madre que les despertase con su risa fresca, dolidos y asustados de haber visto a su padre envejecer repentinamente, manifestaban a Yvette

su desprecio, el odio que caldeaba sus jóvenes pechos, cuando –torpemente– intentaba aproximarse a los dos adolescentes.

–Ferme ta gueule –gruñía Yves, el más agresivo de los dos–. Fons–nous la paix. Tu nous emmerdes.

...Yvette se vuelve entonces hacia mí. Está llevando los platos sucios de la cena de la mesa a la cocina y al pasar por delante de sus dos hijos, que reparan la bicicleta de Petit Louis, ha intentado rozar con el codo el cabello del más pequeño.

Al oír a Yves sonrío, con la pila de platos tambaleándose en sus manos. Su voz estirada, cantarina, resuena aún en mis oídos:

–Vous avez vu –comenta dirigiéndose a mí–, comme ils sont malpolis ces garçons? C’est pas comme vous... Vous, vous avez fait des études... Vous n’êtes pas grossier avec moi.

(Sí, Yvétique. Soy “poli”. Intento no ser grosero contigo, porque me duele tu humilde y pequeña vida, tu corazón de “moineau” asomado al mundo sin entenderlo. Educado... Todo lo que tú quieras. En realidad, soy un falso obrero que intenta echar a andar por el mundo, que quiere borrar anteriores caminos y que aspira ardientemente a formar parte –junto con la estufa, con las piezas de la bicicleta esparcidas

por el suelo, junto con la cabellera rojiza de Yves y los ojos negrísimos y profundos de Petit Louis, y ese quieto, callado e infantil dolor que se esconde detrás de tu “gouaille” parisina– de vuestro universo íntimo. Un falso estudiante que quiere vestir de sencillez su vida y acordarla con la vuestra).

Con el olor del humo de la estufa impregnando las sábanas húmedas y crujientes de la cama que comparto con Yves; con el viento silbando por encima de nuestras cabezas, un viento doliente y violento, furioso de no poder penetrar en la intimidad seca de los barracones, apuramos lentamente los postreros momentos del día, evocando en silencio las horas fatigosas de la jornada, removiendo los últimos sueños y apagando los incendios que al llegar la noche se encienden en la memoria.

... Por las mañanas el despertador nos arranca a un sueño efímero y lento, en el que descansamos del polvo y de las horas acumuladas y en el que a veces se nos aparece la imagen de nuestra propia muerte y la de los seres queridos.

García es el primero en levantarse. El entarimado cruje bajo sus pies desnudos. De pronto, a través de la cortina de flores que separa mi habitación del comedor, oigo a Ivette puntear el espacio con sus pies menudos.

Poco después nos hallamos todos reunidos de nuevo en torno a la mesa. Apenas si se habla, salvo para pedir el tarro

de mermelada o la mantequilla, o para quejarse de que el café está demasiado caliente.

–Merde ¡Ça brûle, c’est tous les jours la même chose!– se queja Yves, malhumorado...

–Il n’est jamais content, ce petit– le replica Yvette.

Al salir del barracón es aún de noche. Los cuatro –García, Petit Louis, Yves y yo– caminamos en silencio, con la cabeza metida entre los hombros, en dirección al terraplén. En el poblado, algunas luces empiezan a parpadear. Ha helado por la noche y la tierra cruje, como un espejo estriado, a medida que ascendemos lentamente por la ladera del terraplén en dirección de la vía del ferrocarril.

Al entrar en la rue Lepeu, después de salir de la estación de Reuilly–Diderot, ya había luz en muchos talleres. Ante nosotros, el callejón se agitaba, se removía lentamente, expandía sus olores dormidos, estirándose poco a poco como un ser vivo. A medida que pasaba el tiempo aumentaba la intensidad de los ruidos. Hombres y mujeres, desentumecidos por el “calvados” o el “petit blanc” que se acababan de tomar minutos antes de penetrar en el taller, empezaban a afanarse en torno a los muros, a los patios, a los útiles y a las prendas de trabajo. Lentamente, las herramientas se despertaban, se desperezaban, escuchaban los pasos que se aproximaban y aguardaban anhelantes a que se cerrasen sobre ellas los humanos puños. En los almacenes, en los talleres,

en los banquillos, la madera vibraba, temblaba, se dilataba, revivía en sus fibras el temor a no encornar su forma definitiva. La actividad, la fiebre y el pulso de la calle iban en aumento a medida que pasaban los minutos. Una vez más la vida aparecía cuando aparecía el hombre, con su terco quehacer diario, martilleando las horas y consumiendo el día.

Había logrado al fin mi objetivo; ser uno más entre aquellas sombras que empuñaban un martillo o una farlopa, que apretaban una muñequilla, que tendían cuidadosamente una pieza de raso sobre el armazón escueto de un sillón.

Tardé bastante en aprender a confeccionar una muñequilla. Tras numerosos intentos que pusieron a prueba la paciencia –ilimitada– de García, mis manos, adiestradas una y otra vez, consiguieron dar forma a un trapo hábilmente retorcido y envuelto en un trozo de tejido de una blancura inmaculada.

Pude entonces iniciar la segunda parte de mi aprendizaje: debía mostrarme capaz de barnizar una puerta de armario, un dosel de cama o una silla. Puse mis cuatro sentidos en el empeño, ya que quería demostrar a mis protectores la extensión de mi gratitud, hacerles comprender que mis tristes manos –incapaces hasta entonces de ceñir otra cosa que una estilográfica, hojear un libro, tamborilear una mesa o apretar mis sienes con gesto de dolor o aburrimiento– se sentían por primera vez, en la prolongación de mis brazos, convertidas

en dos instrumentos vivos, capaces –al fin– de dispensar fuerza, calor y energía.

Con la muñequilla encajada en el hueco de la mano derecha, convenientemente rociada e impregnada de barniz y de alcohol, con el brazo izquierdo apoyado sobre el derecho para impulsarlo y robustecerlo, con el cuerpo flexionado sobre ambos brazos, empecé a repetir concienzudamente –siguiendo un camino en el que me habían precedido cientos de hombres y mujeres– los gestos por los cuales un simple tablero de madera pulida iba a convertirse –merced a una extraña y refulgente alquimia– en una lámina surcada de luces como un espejo, lámina en la que podía ver reflejada mi propia imagen sudorosa, afanándose sobre la madera, apurando y extrayendo de su superficie hasta la última gota de barniz.

El taller de García olía a polvo de siglos, a madera seca, a “brou de noix”, a tintes antiguos sedimentados en el fondo de viejos, antiquísimos botes de conserva. En sus manos mágicas y experimentadas los tintes se combinaban, se sacaban mutuamente los colores, hasta imitar perfectamente al nogal, al palisandro o al cerezo.

Tardé varios meses en acostumbrarme a aquella borrachera de olores que intentaba combatir absorbiendo grandes cantidades de leche, lo que provocaba los comentarios irónicos y divertidos de Yvette, cuándo no los de los clientes y ar-

tesanos que frecuentaban el pequeño taller. Todos ellos afirmaban no haber visto jamás a un auténtico barnizador, o que se preciase de serlo, introducir en la calle Lepeu tal cantidad de botellas de leche.

Sin darme cuenta estaba transgrediendo viejas normas, hábitos sin duda ancestrales, prueba evidente de que mi paso por la rue Lepeu era meramente circunstancial, de que estaba cumpliendo una etapa –otra más– en mi vida, que había de conducirme hacia un futuro que no podía predecir. Prueba también de que no lograría pertenecer, definitivamente, a aquella pequeña comunidad cálida, cerrada, que me había abierto sus puertas temporalmente, pero que tarde o temprano, me expulsaría de su seno, dejándome –una vez más– la impresión extraña de haber rozado un secreto prodigioso: el del espectáculo mismo de la vida fluyendo sosegadamente, inconsciente de sí misma, hacia un futuro en el que todo –los sueños, la muerte, los nacimientos, los amigos, la vejez– está inscrito, previsto de antemano, como pueden estarlo las puestas de sol o el vuelo mismo de los pájaros.

García solía contarme historias de viejos barnizadores, auténticos alquimistas, que sabían realizar misteriosas mezclas y combinaciones de tintes, cuyo secreto se llevaban a la tumba sin que nadie, ni sus hijos, ni sus allegados, ni sus propios compañeros de trabajo, pudiesen arrancarles su secreto, las fórmulas que habían utilizado durante toda su existencia.

Otras veces, al ver el interés que yo mostraba por penetrar en los arcanos de ésta, a su manera, misteriosa cofradía, me hablaba de la costumbre, perdida en las nuevas generaciones de barnizadores, de beber “au goulot” de la botella de alcohol que utilizaban para humedecer la muñequilla, cuando el trapo se secaba y resbalaba con dificultad sobre el barniz.

Muchos barnizadores, aseguraba García, acababan locos, después de una vida de trabajo en la que el alcohol y las emanaciones tóxicas de los tintes impregnaban sus cuerpos, corroían sus órganos vitales, hasta convertir a aquellos hombres –a imagen y semejanza de la muñequilla con la que habían convivido durante toda su existencia– en verdaderos guiñapos humanos, permanentemente borrachos, abrazados por la nube azul que les empujaba suavemente hacia la muerte, a la que esperaban sin miedo, inclinados sobre la hermosura del barniz, persiguiendo en él su propia imagen e intentando arrebatársela al tiempo.

Un año después de mi llegada a París, recién cumplidos los diecinueve años, decidí dar por terminado mi aprendizaje y ponerme a vivir sólo. Entretanto, García, Yvette y sus dos hijos se habían convertido en una prolongación de mí mismo. Más aún, en la imagen misma de lo que pudo haber sido mi familia.

Un día, en el taller, intenté explicar a mis amigos, sin demasiada convicción, las razones por las cuales deseaba esa

ruptura: la necesidad de estar solo, de culminar la decisión que me había conducido a arrancarme a mi infancia y a mi adolescencia, rompiendo para ello viejas imágenes, saltando puentes, olvidando –o al menos yo así lo creía– un pasado que ahora se me antojaba una auténtica rémora para mis aspiraciones de alcanzar una vida nueva y cambiante.

XII. EL PRIMER VASO ES ÁSPERO

Corría el año 1950... Vivir sólo en París. La vida empezaba a enseñarme los dientes. La vida podía tener un olor a “croissant chaud” –mojicón caliente, media luna caliente; no, simplemente “croissant chaud”– o de tinta fresca, la del periódico. “Combat” que adquiría cada mañana en un pequeño quiosco situado a la entrada del metro Bonne Nouvelle.

Aquel domingo, 15 de noviembre, actuaban en el Palacio de Chaillot los “Coros y danzas” de la Falange española. En el momento de alzarse el telón, un grupo de jóvenes libertarios, auxiliado por varios compañeros franceses, anarquistas y socialistas, inundó el teatro con una nube de octavillas en las que se hacía un llamamiento al boicot del espectáculo folklórico–fascista. El texto de las octavillas iba acompañado

por una foto de Hitler y de Franco dándose el histórico apretón de manos en el andén de la estación de Hendaya.

De pronto, varios policías vestidos de paisano saltaron de sus asientos como Polichinelas escapados de sus cajas... Fuimos conducidos, esposados, a través de los largos pasillos del Palacio de Chaillot, bajo la mirada entre curiosa e incrédula de los acomodadores y de las mujeres encargadas del bar.

En la Comisaría de Cahillot empezaron a tomarnos la filiación, por grupos de tres o cuatro personas.

–¿No saben que les está prohibido hacer política? –me espetó un policía pelirrojo con una voz neutra, profesional, mientras me pedía la documentación.

–Hacemos política –le contesté ocurrentemente– porque estamos en el país de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad.

De repente sentí que la sangre afluía a mis mejillas: me acababan de propinar una sonora bofetada. Apreté los puños y miré con rabia a un policía uniformado que me hacía frente, con medio cuerpo inclinado por encima del mostrador. Difícilmente olvidaré su faz angulosa y el bigotillo negro, cuidadosamente recortado, que adornaba su labio superior. Me miraba con aire de desafío, como esperando que me arrojase sobre él. Logré contenerme... No ignoraba

lo que podía costarme el responder a su provocación: una paliza propinada por dos filas de policías que jugarían conmigo un auténtico partido de rugby. Sin contar con que mi “osadía” podía costarme la expulsión del país.

Decidí utilizar mi correcto manejo del idioma francés para responder a la agresión del policía:

–Vous n’avez pas le droit! ¡No tiene derecho a golpearme!– le grité mientras sus compañeros lo agarraban y tiraban de él hacia atrás:

–¿Así es que no tengo derecho a pegarte, étranger de merde? –saltó mi agresor...– ¡Vete a manifestarte a tu país!

Se interpuso entre nosotros un “flic” gigantesco.. Lo vi inclinar hacia el policía del bigotillo su enorme nuca congestionada, abrir sus manazas y, empujarlo suavemente, hacia atrás.

–¡Déjale en paz, nom de Dieu...!

E inmediatamente se dirigió hacia mí:

–Et toi, petit, cierra el pico y vete a la celda con el resto de tus compañeros. Vosotros, los “Espingouins”, haríais mejor en calmaros... On vient pas en France foutre la merde. Si no, os pendremos a todos de patitas en la frontera. A vuestro amigo Franco le encantaría...

Felizmente, la vida en París podía también tener un color, levemente azulado o intensamente gris: el de los ojos de una muchacha que respondía al nombre de Odile, de Mimí o de Francine. Empezaba a entender porqué París, como afirmó Nazim Hikmet, el gran poeta turco, es la ciudad que más parecido guarda con el vino:

Bebes el primer vaso
es áspero
El segundo
se te sube a la cabeza
Con el tercero
te quedas clavado en la mesa

Todos los días me desplazaba a Levallois–Perret. Después de pasar con éxito una prueba, había sido admitido a trabajar en un taller de carpintería que fabricaba mostradores y mesas de bar.

Me faltó tiempo para correr a la calle Lepeu a comunicar la noticia a mi familia adoptiva. Pero, una vez en su presencia, me sentí extrañamente desnudo al comprobar que me miraban fijamente y que sonreían con tristeza a cuanto les decía. De repente se abría entre nosotros un abismo que empezaba a crecer, crecer vertiginosamente. Entretanto, el taller se achicaba, se encogía por momentos y su paisaje, para mí entrañable, se desdibujaba y se iba cubriendo con una niebla espesa.

Desde mi orilla intentaba hablarles a gritos, pero mis palabras se desvanecían y hasta yo mismo acababa por no encontrarles sentido. Quería explicarles el dolor que produciría el perder de vista la botella de barniz cubierta de escurriduras, el montón de trapos limpios, cuidadosamente extendidos sobre una estantería en cuyo extremo Petit Louis, cuando volvía del charcutero, solía alinear, los panes dorados, las botellas de sidra y de vino, los trozos de “rillettes” o de “paté de campagne”, los frascos de pepinillos en vinagre, todas las vituallas que engullíamos en silencio a media mañana, sentados frente a frente, interrumpiendo solamente la masticación para agarrar la botella –aquel gusto ácido de manzana fermentada invadiendo los miembros, la cabeza, el corazón– mientras los ojos entornados se quedaban fijos en la vieja viga, ennegrecida y cubierta de telarañas, que atravesaba el taller.

Los abracé uno a uno... ¿No habría equivocado mi camino? Yvette, congestionada, me apretó entre sus brazos y bromeó conmigo mientras se limpiaba los cristales de las gafas en el delantal... (“Estaba segura de que no se quedaría con nosotros”). García interrumpió su trabajo. Después de encajar la muñequilla entre la botella de alcohol y la de barniz, se limpió el canto de la mano derecha con un trapo blanco, inmaculado... “Suerte”, se limitó a decirme. Mi mano desapareció en la suya. Las palabras que traía preparadas para él fluyeron hacia adentro. Intenté descubrir en la mirada –limpia, transparente– de García, algo, una señal, un simple

destello, capaz de indicarme que deseaba que me quedase y que uniese, mi vida, para siempre, a la de ellos...

Pero era ya demasiado tarde. Las palabras, que sirven para encender los corazones, las palabras que hieren, que destruyen, que queman o que dan vida, habían vuelto a su origen y principio: al silencio. De pronto, me sentí de nuevo chico, niño. Busqué la mirada de Yves y la de Petit Louis, mis dos hermanos, pero observé que permanecían silenciosos, como si de nuevo fuese un extraño para ellos. Me miraban como el primer día en que crucé la puerta del taller y me dirigí a su padre recordándole que yo era el muchacho que había conocido en casa de Ángel Romero.. Los vi agitar tímidamente sus muñequillas cuando inicié mi retirada hacia la calle. Último olor a tinte y a barniz acariciándome las mucosas...

(La primera vez que arrimé la nariz a un bote estuve a punto de caer hacia atrás. Carcajada de Petit Louis. Se retorció como un gusano. Hasta que García le dijo:

–Ya está bien Petit Louis...

Y acto seguido cogió un algodón, lo impregnó con el tinte del bote y restregó un pequeño trozo de madera recogido del suelo.

–Palisandro –se limitó a comentar– antes de tenderme la tableta para que viese yo mismo el color adquirido por la madera).

Con el dinero que me había entregado García, el sueldo de una semana, alquilé una habitación en el Boulevard Poissonnière. Para comer hasta la próxima paga, contaba con mis ahorros, escasos pero suficientes.

La habitación –no pude encontrar otra más barata– estaba situada debajo de una escalera. Apenas si cabían en ella más de dos personas de frente. Aparecía ocupada por una mesa minúscula que soportaba el peso del infiernillo de alcohol en el que solía prepararme la comida del día siguiente, una pequeña cama turca y una maleta que me veía obligado a meter debajo de la cama cuando me acostaba. Por debajo de la mesa, en difícil e inestable equilibrio, había amontonado dos pilas de libros que pugnaban por no desmoronarse a lo largo del pequeño pasillo que se abría entre la cama y la pared.

La habitación olía a polvo acumulado, a pasta dentífrica y a spagheettis recalentados. Encima de la cerradura de la puerta se abría un pequeño boquete –se me antojaba un ojo vigilante, atento al menor de mis movimientos– que resultaba particularmente molesto en las ocasiones, por supuesto excepcionales, en que lograba convencer a una amiga para que ascendiese por la escalera de servicio al sexto piso, agarrándose a una barandilla húmeda y resbaladiza y pisando los crujientes e inseguros escalones que conducían a la pequeña habitación.

Cuando lográbamos culminar la ascensión, me resultaba

difícil serenarme. Lo primero de todo –pensaba– apartar el tubo de pasta dentífrica del infiernillo, estirar los pliegues de las sábanas, cubrir la triste desnudez de la cama.... ¿Pero cómo escamotear el color desvaído, gris sucio, de la colcha? ¿Admitir que las sábanas no habían sido mudadas desde hace tres semanas? Airear la habitación... Cada noche, al meterme en la cama, intentaba abrir la claraboya, sin éxito. Tenía que recordarle a la portera –una vieja “pipelette” que vivía rodeada de gatos y de colecciones de periódicos amarillentos– que me enviase a su hijo a arreglarla.

Por los cristales penetraba con dificultad una luz gris, cenicienta, que suavizaba y difuminaba los contornos de los objetos que llenaban la habitación. (A medida que esa luz iba perdiendo intensidad, llegaban a confundirse con el color de los ojos de la muchacha).

... Aquel día, antes de entrar en la habitación, me inmovilicé en el quicio de la puerta... ¿Esperar a que se introdujese la primera en el diminuto corredor? (En ese caso, se vería obligada a sentarse la primera en el borde de la cama...) ¿Precederla o dejarle pensar que le había preparado una encerrona...? Efectivamente: qué otra utilidad podía tener aquella minúscula y polvorienta habitación, sino la de preparar una encerrona a esta muchacha de piernas ágiles y esbeltas cuyo mohín de impaciencia, la curva disparada de las cejas, me indicaban que a pesar de su juventud iba a salir más airosa que yo de esta pequeña aventura.

Entretanto, yo me veía tumbado, tendido en la cama... Soñando con ríos, con hogueras, con espacios irreales y abiertos que solo se cerraban sobre nosotros al tornarse azulada la tarde... Los dos pisábamos tierra mojada con los pies descalzos... Olor áspero, virginal, invadiendo los sentidos, impregnando nuestros jóvenes cuerpos... No debía haberla traído a esta habitación miserable... Mejor repetir aquel paseo por el Parque Montceau, oyendo avanzar la tarde –los trinos de los pájaros en los árboles– devanando ante ella poemas, recuerdos, entusiasmos, sintiendo finalmente, en el contacto febril de su mano, que había logrado lo más difícil... O quizás repetir aquella sesión de cine, cuando las butacas bascularon, sorprendentemente, y nuestros labios sellaron un primer beso, irrepetible.

Abochornado... Plantado inmóvil, frente a la habitación, abierta ahora de par en par. Era como si en su presencia hubiese descubierto por primera vez el olor fermentado de los alimentos que permanecían incrustados en el fondo de la tartera. (No había tenido tiempo de salir al rellano y de lavarla cuidadosamente en el único grifo que utilizaban los inquilinos del sexto piso).

Debía borrar aquella mala impresión. Cuando lograrse saltar por encima de ella, procurando que nuestras piernas no se enredasen, me arrodillaría ante la pequeña mesa situada en el fondo de la habitación e intentaría hurgar en el montón de libros... Sólo la poesía podía salvarme... Un verso, un sólo verso para hacerle olvidar aquella cochambre, para

desplegar ante ella, como una tapicería de colores brillantes, mi vida, mis pensamientos más secretos; para llenar la habitación de alas, de nubes, de cascadas, de latidos hondos capaces de traspasar y de derribar aquellas paredes estrechas, de proyectar al séptimo cielo nuestras jóvenes vidas.

La primera vez que nos conocimos hablamos, entre otras cosas, de poesía.

–¿Cual es tu poeta favorito, le pregunté?

–Verlaine, contestó la muchacha.

–¿Porqué Verlaine?

(Aquellos versos –“les sanglots longs des violons de l’automne”– surgían de repente, en los sitios más inesperados, testimoniando la permanencia de una cultura que a veces hubiese querido borrar, olvidar para siempre. Para mí Verlaine era un poeta enervante y dulzón).

–Rimbaud... Yo pongo a su amigo Rimbaud por encima de todo.

A ella le llamó la atención el hecho, aparentemente insólito, de que un joven obrero amase con tanta intensidad la poesía.

Por supuesto no le había dicho toda la verdad. La realidad, angustiosamente híbrida, en la que se movía mi existencia.

Mi convencimiento de que la poesía podía acompañarme en mis momentos de soledad o servirme para atraer a muchachas como ella, pero en modo alguno para adentrarme en la realidad áspera, ancha, hermosa, del mundo del trabajo.

Porque, ¿de qué podían servirme Rimbaud o Verlaine cuando conversaba con Etienne, el barnizador borrachín, de pelo entrecano, que simpatizó conmigo desde el primer momento?:

–¿Así es qué tú eres español, petit? ¿Cuándo os vais a librar de vuestro Caudillo? (Decía siempre “Godillot”, bota vieja, disfrutando aparentemente con esta gracia inocente, con este sencillo juego de palabras).

Desde el primer día de mi llegada al taller me colocó a su lado y puso a mi disposición la reserva de botellas de tinto que tenía siempre a mano debajo del banquillo. Aquel mismo día, como si me hubiese conocido de toda la vida, Etienne empezó a contarme sus cuitas entre trago y trago de morapio, mientras comíamos con la tartera encajada entre las rodillas y los pies hundidos en la viruta.

Etienne estaba casado desde hace diez años con una mujer más joven que él, de la cual hablaba como si fuese una estrella de cine, una diosa inaccesible con la que él, pobre barnizador inculto, de modales poco refinados, solo tenía trato carnal muy de tarde en tarde. Disfrutaba de ese momento

esplendoroso, de aquella celeste aventura, cuando Noémie –así se llamaba su esposa– accedía a abrirle las puertas del paraíso, su habitación; cuando Etienne, con la garganta seca de emoción lograba pronunciar “comme il faut” la frase exquisita que la modistilla de barrio, educada en un colegio de monjas teresianas y fruto tardío de la unión de un gendarme retirado y de una portera de Ménilmontant, le había enseñado a pronunciar, doblegando su testaruda impaciencia.

Etienne permanecía horas enteras delante de la habitación de Noémie, tamborileando suavemente la puerta con sus dedos gruesos, sacudiendo los pies en la esterilla, esperando con el corazón en ascuas, encendido y chisporroteando, a que se produjese el milagro; llorando a veces desnudo, como un niño gordo, patoso y rubicundo, un niño deslumbrado por su suerte en las ocasiones, excepcionales, en que la puerta se abría y Noémie se le aparecía en camisón, sentada de espaldas ante el “boudoir” que él mismo le había confeccionado y barnizado amorosamente.

–¿Y cuál es esa frase?– me atreví a preguntarle al tercer día de mi llegada al taller de Levallois.

Mi compañero debía esperar con ansiedad la pregunta. Su drama doméstico adquiría de repente proporciones gigantescas. Su sufrimiento tenía una prolongación feliz: ya no se sentía tan solo, ni tan incomprendido.

–Tengo simplemente que decirle: “Madame, la nature parle”... (Algo así como: “Señora, el cuerpo está pidiendo lo suyo”).

A duras penas pude contener mi risa al imaginarme al pobre barnizador sacudiendo las virutas de sus zapatos, torciendo la boca con una mueca a lo Wallace Beerry, sirviendo en bandeja a la cursi e intratable modistilla su corazón rugoso y desmesurado, llorando más tarde silenciosamente y regresando a su camastro cuando Noémie, secamente, le ordenaba a través de la puerta que se marchase, con un perentorio:

– ¡Chéri, va dans ta chambre! ¡Y no olvides de prepararte la tartera para mañana!

XIII. TIEMPO DE COMER, TIEMPO DE VIVIR

Hora es ya de que reivindicemos el tiempo de comer, ese tiempo que desde una época inmemorial formó parte del tiempo y del gusto de vivir.

Gestos de los campesinos grabados en mi mente desde un tiempo recóndito y lejano; gestos de mis tíos, allá en el pueblo, masticando concienzudamente un pedazo de pan y un trozo de tocino, extrayéndoles sus sustancias más secretas, sus más misteriosos jugos... Movimientos lentos, acompasados de las mandíbulas, con la mirada vertida hacia adentro, sintiendo la progresión de los alimentos a través del organismo, su lenta y fecunda simbiosis con el cuerpo, su sangre, sus tendones, sus músculos... Ritual oscuro y antiguo en el que todo contaba, hasta el gesto más liviano, más aparentemente insignificante. Ceremonial cotidiano y secreto que a

mí, niño de la ciudad, me sorprendía siempre y me deslumbraba.

Cuando la navaja había cortado el último trozo de torrezno y éste desaparecía engullido con un pedazo de pan, mis tíos se sacudían las migas prendidas en sus archirremendados chalecos. Seguidamente, tras echarse al coleteo un trago de agua de una jarra de barro que sudaba por todos sus poros, restregaban la navaja en las perneras del pantalón de pana, hasta que la hoja de acero lucía en la penumbra del zaguán con un brillo mate y sesgado. Entonces, sólo entonces, tendía yo el oído esperando el restallido seco de la hoja de acero, que significaba que mis tíos habían cerrado sus navajas antes de guardárselas en el bolsillo.

En nuestra época el acto de alimentarse guarda cada vez menos relación con la vida. La comida del futuro son esos alimentos normalizados, aseptizados, dimensionados, que ya en la actualidad millones de hombres ingieren a diario en los grandes restaurantes de empresa o en las cadenas de alimentación industrial. Quien haya tenido la desgracia de frecuentar ese tipo de establecimientos no podrá por menos de comparar su atmósfera con el ambiente gélido de las salas de autopsia o de operaciones, con el de los asilos psiquiátricos o el de aquellas siniestras oficinas en las que los extranjeros residentes en Francia consumimos horas y años de nuestra existencia a la espera del certificado que nos garantizase un problemático y siempre acotado derecho a vivir y a respirar en aquel país.

... De esta forma lenta e insidiosa acabará desapareciendo una de nuestras últimas parcelas de libertad: la libertad de alimentarnos donde, cómo, cuando y con quien nos venga en gana. Parece aún lejano el tiempo en el que un dictador omnipotente e inaccesible codifique y normalice uno de los actos más vitales, más importantes de nuestra existencia. No parece, a pesar de estos signos inquietantes, haber llegado aún el momento en que millones de hombres consuman a la misma hora, en una mesa de idénticas dimensiones, un menú-tipo que contenga el mismo número de calorías. Nada nos garantiza sin embargo que esa idea no haya germinado ya o esté germinando en la cabeza de los especialistas patentados en la organización del horror y del vacío cotidianos, en la manipulación programada de los cuerpos y las conciencias: me refiero a los estadistas, a los industriales, a los políticos, a los planificadores, a los dieteticistas, a los diseñadores... ¿No afirmaba Jacques Borel, el gran industrial francés de la alimentación en masa, que se comprometía a nutrir a los franceses desde su nacimiento hasta su muerte?.

El tiempo de comer ha dejado de ser el tiempo del vivir cotidiano, de las horas desgranadas lentamente, de los gestos que a fuerza de repetirse van adquiriendo cuerpo y pátina hasta formar con nuestras vidas una trama sólida e indestructible. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, aquel grito de “¡Madre, la merienda!”, que lanzábamos recién llegados de la escuela desde el portal de nuestra casa, apenas pisada la escalera que conducía al piso familiar, mientras nuestras

madres –con la mirada puesta en el reloj de pared del comedor– esperaban atentas el ruido atropellado de nuestros pasos y el grito ritual de todos los chavales del barrio?

Entre los recuerdos que el tiempo va sedimentando hasta formar ese mantillo de sensaciones, de gestos cotidianos, grandes y pequeños, sin los cuales el hombre adulto es un ser vacío, desamparado, figura el de las meriendas de nuestra infancia: la rebanada de pan untada con un chorro de aceite y espolvoreada de azúcar, o la universal, modesta, pero inolvidable onza de chocolate que todos los chicos empujábamos en el pan con un gesto instintivo, ayudándonos del dedo gordo. Gesto sencillo, elemental, con el que retrasábamos, inconscientemente, el momento de tener que resolver la dolorosa disyuntiva de iniciar la merienda comiéndonos el pan o comiéndonos el chocolate.

A propósito del tiempo de comer y del tiempo de vivir, de los pocos resquicios que nos va dejando esta sociedad en su afán de destruir todo lo que es vivo y humano, todo lo que favorece la comunicación y el entendimiento entre los hombres, frente a todo lo que les divide y les separa, recuerdo la anécdota siguiente:

Llevaba viviendo de nuevo desde hace varios años en París, después de una breve estancia en Alemania que resultó más gélida y, felizmente, más breve de lo previsto, cuando un día, a la salida del Metro Saint Michel, me abordó un individuo que hablaba un francés chapurreado, mezclado con algunas,

escasas, palabras de alemán. Aquel muchacho de ojos claros tenía una mirada amistosa y cándida. Me llamó la atención el sombrero, que le venía un poco ancho, hasta oprimirle ligeramente las orejas y el impermeable de color masilla, cuadrado de hombros, que le llegaba casi a los tobillos.

Me enteré muy pronto de que, a pesar de sus ojos claros, era un compatriota, nacido en un pueblo de León y emigrado, allá por los años sesenta, a Alemania. Supe también que su principal problema, en aquel instante en que acababa de desembarcar de un tren procedente de Dusseldorf, antes de proseguir viaje en dirección a la frontera de Irún, era el de encontrar –según sus propias palabras– una taberna o tascucio donde poderse comer tranquilamente, con una buena cerveza fría, la tortilla de patatas que se había preparado la víspera del viaje.

–¿Sil vú plé? ¿Podría indicarme un café por mangé?

Instintivamente, a pesar de sus hombros cuadrados, de los ojos azules y de la mecha rubia que le caía sobre la frente, le pregunté espontáneamente, después de haberle observado durante unos segundos:

–¿No serás español por casualidad?

–¡Caguendiós! me contestó. Menos mal que somos como la mala hierba... Estamos en todas partes. Oye tú: lo que

quiero es encontrar una buena tasca para tomarme una cerveza y comerme una tortilla que he traído aquí en el macuto.

Lo miré y no pude por menos de sonreír. Mi actitud pareció desconcertarle, así es que le aclaré:

–Mira, aquí no estás en León, estás en Francia. Eso de la tortilla no se estila en este país. Aquí no verás en ningún sitio el cartelito de “Se admiten meriendas”. Si se te ocurre presentarte en un bar y sacar la tortilla sin avisar, son capaces de echarte o de llamar a un “flic”.

–¿Oye, y qué es eso de un “flic”?

–Un “flic” es un policía.

–Pues estos franceses son unos cabrones de mucho cuidado...

–Hombre... De todo hay, como en botica, o como en nuestro país: personas excelentes y gentuza. Lo que ocurre es que la gente que trabaja en esta ciudad está muy puteada, muy cansada de trajinar y de soportar un ritmo de vida absurdo... Por eso suele ser, al principio de conocerte, poco simpática y acogedora... No digamos el personal de los bares: es mejor que te evites un desplante. Lo que puedes hacer es prepararte un bocadillo con la tortilla y comértela sentado en un banco. Y cuando acabes, te tomas un “demi” en el primer “bistrot” que te encuentres...

El emigrante español de ojos azules y hombros cuadrados me miró sonriendo y, acto seguido, me estrechó la mano.

–¿Qué es eso de un “demi”?– volvió a preguntarme.

–Es una cerveza –le expliqué–. Lo que nosotros llamamos una caña.

–Me alegro de haberte conocido. Podía haber metido la pata. Además, resulta siempre agradable llegar a una ciudad desconocida y tropezarse con un español...

Se echó el macuto al hombro y levantó del suelo la maleta, que llevaba atada con un doble bramante.

–Pesa como si llevase plomo dentro. Regalos para la familia–, comentó, y la volvió a depositar en el suelo.

Se me acercó de nuevo y me hizo señas como si quisiera comunicarme algo importante antes de separarse definitivamente.

–¿Voy bien en esta dirección para el río Sena?... En Dusseldorf tengo una novia alemana que estuvo una temporada en París, trabajando en los barcos que recorren el río cargados de turistas. ¿Oye, es verdad eso que cuentan?: que por la noche iluminan con focos los muelles del Sena y se ve a las parejas jodiendo como en pleno día.

–Algo de eso debe haber –contesté riendo–, pero yo, personalmente, no lo he visto nunca.

–Bueno, me acercaré al río para poderle decir a mi novia que he visto el Sena. Es una tía cachonda. No para de contar cosas de París y de los franceses.

Le hice la última recomendación.

–Cuando llegues al río, bájate a los muelles. Allí estarás tranquilo para comerte la tortilla.

El emigrante de León se ajustó el sombrero y apretó el cinturón de su impermeable. Qué conversación, pensé para mis adentros. Un compatriota de ojos azules, de hombros cuadrados, que en cualquier otra ocasión podía haber confundido con un alemán... ¡Qué olfato el mío!...

–Salud, se despidió de mí, con la maleta en la mano y el macuto echado por encima del hombro...

Antes de alejarse definitivamente pareció reflexionar un instante...

–¡Adonde hemos ido a parar los dos! ¡Tú aquí, en Francia... y yo en Alemania... Por cierto: tampoco allí admiten comidas en los bares.

Y el emigrante echó a andar en dirección del río Sena, doblado por el peso de la maleta.

XIV. MIS UNIVERSIDADES

A finales de 1952 decidí regresar a España. Habían transcurrido cinco años desde mi llegada a París. Cinco años al cabo de los cuales sentía la necesidad imperiosa de pisar tierra española. Tenía que iniciar una nueva andadura que habría de conducirme... ¿Adonde? Deseaba, ante todo, tomar contacto de nuevo con mi país, conocer la realidad de un pueblo, el mío, que en plena dictadura, sometido a la más implacable represión, iba levantando la cabeza, pasando de la lucha clandestina minoritaria a acciones de masa cada vez más amplias...

El otro motivo que me empujaba a abandonar Francia era la crisis económica que atravesaba aquel país. El programa de medidas económicas adoptadas por el gobierno presidido por Pinay –jamás olvidaría el bigotito y el “chapeau mou” del pequeño alcalde de Saint-Chamond, ídolo de los tenderos y

pequeños rentistas franceses– tuvo como efecto inmediato el que fuese a engrosar el ejército de parados del aquel país.

Por primera vez en mi vida, y no sería la última, iba a sentir en carne propia la sensación de vacío, de inutilidad que experimenta un trabajador cuando la sociedad, además de privarle de sus medios de subsistencia, le niega el sacrosanto “derecho” al trabajo.

(Sentados en un banco, adosados a un muro, mirando por encima del pretil de un puente, en apariencia próximos a nosotros, pero en realidad prisioneros de un mundo muerto, de un mundo sin vigencia, reconoceréis a los parados por la forma que tienen sus brazos de colgar a lo largo del cuerpo, por el gesto forzado con que suelen cruzar las manos sobre las rodillas, por su mirada desvaída y ausente... Años más tarde, mientras asistía a la proyección de una película italiana, “La clase obrera va al paraíso”, aquella vieja angustia, aquella baba sucia y amarga, volvió a invadirme al ver a Gian María Volonté, agarrarse desesperado a las verjas de su fábrica, mientras sonaba en sus oídos el pitido de la sirena y desfilaban ante él sus antiguos compañeros de taller).

En Madrid tropecé con el mismo problema. A las numerosas cartas, visitas, telefonazos, que cursé a derecha e izquierda, recibí –una y otra vez– la callada por respuesta o los habituales “Vuelva usted la semana próxima”, “Déjenos su dirección y le escribiremos” o “¿Cómo es que abandonó tan pronto sus estudios?”. Después de muchas semanas de

búsqueda infructuosa me ofrecieron por fin... un puesto de ascensorista en el recién inaugurado Edificio España, gigantesco engendro plantado en el corazón de la capital, en cuya fachada y estructura se fundían, armoniosamente, las esencias imperiales de la arquitectura fascista con los incipientes rasgos neocapitalistas del régimen. Levantado al final de la Gran Vía, en plena Plaza de España, este edificio fue el primer hito importante de todas las transformaciones, destrucciones, expoliaciones que Madrid iba a sufrir en las décadas siguientes. Paulatinamente, el cielo y el aire, las aceras y las calles, las plazas y los jardines, la trama y la contextura misma de la ciudad iban a pasar de manos de sus habitantes a las de los especuladores, promotores, tecnócratas y funcionarios del régimen.

Con el tiempo Madrid llegaría a convenirse, de una ciudad abierta, luminosa, llena de vida y animación, en una desparramada, maloliente y ruidosa mancha de aceite, en un frenético hervidero de cemento, ladrillo y piedra, que llegaría a albergar en sus sucias entrañas a más de tres millones de habitantes. En una ciudad sin pulso, sin tiempo y sin memoria, cárcel y cementerio de hombres desterrados, arrancados a su historia personal y a la de los pueblos que les vieron nacer.

De un pueblo de Extremadura, de una de las zonas del país más duramente explotadas y más pertinazmente condenadas al subdesarrollo –pese al lugar preferente que la historiografía franquista reservó siempre a las hazañas de sus

grandes hijos– procedía un muchacho, Antonio Díaz, con el que compartí durante un año la responsabilidad de hacer funcionar uno de los ascensores del mastodóntico Edificio España.

Antonio era un muchacho despierto e inteligente, oscuro de tez y pelo dotado de un humor de muchos quilates. Con las quinientas pesetas que ganaba al mes pagaba el alquiler de una pequeña habitación y encima se permitía el lujo de frecuentar los restaurantes “económicos” de la Corredera Baja.

Como solía contar, eran figones “en los que se podía comer por siete pesetas y encima, a veces, te devolvían un duro... ¡Y aún había, comentaba Antonio, entre su modesta y variopinta clientela, quien lograba –de aquella comida frugal y austera– “apartarse” la cena! La legumbre seca –el arroz, los garbanzos, las alubias, las lentejas– junto con las coles y las patatas, el modesto pero sabroso chicharro y el universal boquerón, eran los manjares que ponían en pie a los corazones y a los espíritus, la panacea que permitía a los tristes, a los débiles y a los oprimidos seguir soportando la estrechez y penuria de sus vidas.

Era todo un espectáculo ver a los camareros de aquellos restaurantes recorrer, precedidos por un vaho espeso y nutritivo, la doble fila de mesas de la que les llegaba, por vaharadas, el griterío exasperado de una clientela compuesta en su gran mayoría por albañiles, modistillas,

jubilados y carteros. (“¡Manolo! ¿Qué pasa con mis judías? ¿Y mis huevos fritos? ¡Hace una hora que he pedido una sopa de cocido!”).

Impertérritos, conscientes de la importancia de su misión, los camareros avanzaban por el estrecho pasillo llevando sobre el brazo izquierdo –el derecho lo dejaban libre para poder repartir los pedidos a voleo– una pirámide de platos milagrosamente sostenida por la presión vigorosa de un dedo gordo sabia y profundamente sumergido en el plato sopero que coronaba el complicado andamiaje.

Mientras me iniciaba en los ritos y usanzas de aquel mundillo, hoy en vías de desaparición, Antonio me contó que un día en que acababan de servirle un plato de patatas guisadas, tuvo la sorpresa divina de clavarle el cuchillo a un objeto rojo y alargado que tomó, inicialmente, por una longaniza. ¡Cuál no sería su decepción al comprobar que no se trataba de un pedazo de embutido, sino de un grifo extraviado misteriosamente en el fondo de un puchero, que además, para colmo de males, tuvo que devolver al camarero!

En 1956 se me presentó la ocasión de penetrar, por primera vez en mi vida, en un recinto universitario. Entre mis mejores amigos figuraban entonces varios estudiantes socialistas... Con el paso del tiempo, cada vez que algunos de sus nombres han saltado a las páginas de los periódicos o ha aparecido relacionado con la actualidad política, literaria o cinematográfica de nuestro país, no he podido por menos que

rememorar aquella manifestación del 8 de febrero de 1956, cuando un puñado de jóvenes madrileños tuvimos ocasión de hinchar nuestros jóvenes pulmones –y de vaciarlos– gritando en pleno centro de la capital nuestro odio visceral al fascismo.

El recuerdo de aquella manifestación, que acabó felizmente –ninguno de nosotros figuró entre los detenidos de la jornada– se quedó grabado en mi memoria como un acto de festivo y multitudinario cachondeo antifascista. Jamás olvidaré la gravedad sonriente y frágil de los cientos de estudiantes que en plena calzada de la calle de San Bernardo, pedían libertad, obligaban a los conductores de los coches a quitarse el sombrero y a saludar a la muchedumbre allí congregada y a los cientos de estudiantes que, de tarde en tarde, gritaban a coro: “¡S.E.U. no! ¡Sindicatos libres!”.

... A medida que aumentaba el número de estudiantes crecía también la excitación de los que estábamos allí presentes, hasta el punto de hacernos olvidar el carácter de insolente desafío que revestía nuestra manifestación. Recuerdo que en varias ocasiones me sorprendí a mí mismo vigilando las manillas del reloj, viéndolas girar con lentitud exasperante, asombrado de que la policía no hubiese hecho aún su aparición.

De repente, en medio de los eslóganes antifascistas y de los gritos de repulsa al S.E.U., sonó la clásica advertencia:

–¡Los grises! ¡Ya están aquí los grises!

Poco después desembocó delante del viejo caserón de San Bernardo una dotación de la policía Armada. La vimos abrirse paso a empujones entre la masa de manifestantes y curiosos e intentar restablecer inmediatamente la circulación. Curiosamente, el miedo al uniforme no debió “funcionar” en aquella ocasión. Pese a la conmoción producida por la llegada de los policías, los grupos de estudiantes volvieron a ocupar la calzada y se arracimaron en torno a los representantes de la autoridad.

Hasta que los que estábamos más próximos al grupo de “grises” vimos con asombro como la gorra del sargento que conducía el destacamento –un hombre canoso, de piernas arqueadas y cuello espeso atornillado entre los hombros– volaba por el aire a causa de un manotazo que un estudiante acababa de propinarle por detrás.

Se produjo entonces un hecho que vino a conferir a la escena un carácter irreal, por no decir surreal: la gorra del guardia empezó a volar de mano en mano y a describir parábolas más o menos perfectas en el aire limpio y azulado de aquella hermosa tarde invernal. Por más que bufaba y enrojecía, el sargento no lograba recuperar la gorra. (A pesar del tiempo transcurrido, esta escena ha conservado para mí un aroma a daguerrotipo, a celuloide rancio, a sabor añejo e inmarchitable de película muda, de comedia a lo Mack Sennett, aplaudida a rabiar desde los bancos duros de un

cine parroquial... También me recordaba los partidos de fútbol dominicales que solía jugar con mis amigos del barrio de la Elipa en los solares de la periferia madrileña, cuando algún gracioso, con mala intención, gritaba a los espectadores que habían traspasado los límites del campo –“La goma! ¡Que viene la goma!”– y el público, creyendo que llegaba la policía, corría despavorido de un lado para otro... Hasta que los aficionados descubrían que se trataba de una broma de mal gusto y, poco a poco, invadían de nuevo el campo).

También en San Bernardo la calle se vació como por arte de magia: en medio de la calzada permanecían el sargento y sus acólitos que, después de agruparse, empezaron a repartir mandobles a diestro y siniestro, antes de lanzarse en persecución de los grupos de alborotadores.

Hubo quien, por piernas, logró escapar en dirección de la Gran Vía. Pero a otros muchos nos arrastró el gran reflujo provocado por la acción de la policía hacia el vestíbulo del viejo caserón universitario, que acabó acogiendo a una masa exaltada y vociferante de estudiantes que no cesó, desde aquel instante, de corear con gritos y chufas las carreras de los representantes del orden. Hasta que los policías, al comprobar su inferioridad numérica, se contentaron con hacerse dueños de la calle, sin duda a la espera de recibir refuerzos.

Durante más de media hora el grueso de los manifestantes permaneció refugiado en el vestíbulo, hasta que alguien

llegado del exterior comentó que otros estudiantes iban a intentar manifestarse en el centro de la capital. Poco después, salimos en pequeños grupos en dirección de la arteria principal de la ciudad. Cuando desembocamos en la Gran Vía, no seríamos más de doscientos o trescientos... Corrimos por mitad de la calzada, ante el asombro del público, lanzando gritos y coreando eslóganes antifascistas, en dirección de la Plaza del Callao, en donde la policía nos esperaba, porras en alto, con las baterías de los “botijos” dispuestas a funcionar.

De esta forma, milagrosa e inesperada, logré mi ingreso en la Universidad... Como quien dice sin comerlo ni beberlo. El hecho sucedió a principios del mes de febrero de 1956, durante una soleada jornada del invierno madrileño.

En mi recuerdo quedó volando para siempre, como una promesa liviana de libertad, aquella gorra que saltaba una y otra vez –ingrácida e impetuosa– por encima de nuestras alocadas cabezas.

XV. CAMINO DE ALEMANIA

Corrían los primeros días del mes de febrero de 1959 y hacía un frío intensísimo. Nuestros relojes señalaban las cinco de la madrugada y los tres nos caíamos de sueño. El café que acabábamos de tomar en un bar era pésimo y a ninguno nos sirvió de reactivo.

Hacía seis horas que habíamos llegado a la estación de Orléans–Austerlitz procedentes de Madrid. Llevábamos andando más de una hora sin parar. Las calles de París aparecían completamente desiertas y tan sólo se veía, muy de tarde en tarde, algún bar con las luces encendidas. Hasta que uno de mis dos acompañantes, que ya había residido como yo en la capital francesa, sugirió que dirigiésemos nuestros pasos hacia el Mercado Central de Les Halles. Allí los bares no cerraban en toda la noche y podríamos esperar en alguno de ellos a que el Metro abriese sus puertas. A los

demás nos pareció buena la idea. Estábamos hambrientos y como sonámbulos de caminar durante tanto tiempo por unas calles silenciosas y extrañamente vacías. Ninguno de nosotros tenía además una idea muy precisa de adonde iba a conducirlo aquella aventura.

El Mercado Central, al que llegamos tras una larga caminata, formaba una masa oscura que resultaba impresionante. Durante un buen rato anduvimos sin rumbo fijo por sus alrededores, hasta que se me ocurrió arrimarme a una fogata que ardía a la puerta de un almacén de frutas. Poco después, se me unieron mis dos compañeros. A pocos metros de la hoguera un grupo de hombres descargaba un camión de hortalizas.

Antes de ponerme a hablar con uno de ellos, me soplé fuertemente la punta de los dedos, entumecidos por el frío.

–¿Tú eres español, verdad?, le pregunté a uno de los hombres que amontonaba a buen ritmo los cajones de coliflores delante del almacén.

–Sí, me contestó sin más explicaciones.

No parecía tener demasiadas ganas de hablar. Aproveché el momento en que después de interrumpir su labor se arrió a la lumbre, para seguir haciéndole algunas preguntas.

–¿De dónde eres?

-De Valencia.

-¿De qué parte de Valencia?

-De Játiva...

-Oye... -decidí no andarme con rodeos e ir derecho al grano-. ¿Qué posibilidades hay de conseguir trabajo en París, cualquier tipo de trabajo?

El otro tardó en contestar. Por fin me respondió en voz baja y con aparente desgana:

-Creo que muy pocas... Se han puesto mal las cosas para los que llegáis sin contrato.

Y siguió trabajando después de alejarse de la hoguera. Me volví entonces hacia mis compañeros, que me esperaban junto a la cabina del camión.

-¿Qué te ha dicho?, preguntó Fernando.

Moví la cabeza de un lado para otro con un gesto de desaliento.

-Nada. Es un tipo muy poco simpático. Pero debe ser cierto lo que me ha dicho. No hay trabajo para los emigrantes que vienen a Francia sin un contrato en regla.

Me acerqué a Paco y a Fernando y les sugerí que nos fuéramos los tres a colaborar en la descarga, como quien no

quiere la cosa. Al principio los hombres del camión nos miraron sorprendidos, pero acabaron por hacer la vista gorda y admitieron nuestra colaboración. Media hora después, cuando nos despedimos del muchacho valenciano, llevábamos los bolsillos de los abrigos llenos a reventar de naranjas. Nos sentíamos bastante cansados, pero ya no sufríamos la mordedura del frío.

Pasamos por delante de varios bares que tenían las luces encendidas y por fin nos decidimos a entrar en uno de ellos a tomar un café. Los clientes eran poco numerosos: un par de obreros junto al mostrador, que discutían de boxeo o iban embutidos en sendos chaquetones de cuero marrón y, en las mesas, apenas tres o cuatro personas soñolientas que nos miraron con indiferencia cuando penetramos en el bar.

El dueño del “bistrot” era un hombre calvo, de elevada estatura, que debía ser un antiguo boxeador, a juzgar por su nariz aplastada y sus orejas en forma de coliflor. Sobre el torso poderoso, que asomaba por encima del mostrador, llevaba un chaleco negro y una camisa blanca. Las mangas, remangadas hasta más arriba del codo, ponían al descubierto un par de enormes antebrazos cubiertos por un vello espeso de color rojizo.

El “patrón” estaba leyendo los resultados de las carreras de caballos del día anterior.

De vez en cuando echaba un vistazo rápido a la clientela

del bar, como si quisiera cerciorarse de que entre los asistentes no se le había “colado” ninguna oveja negra. Nada más entrar en la sala rodeamos la estufa. Después de calentarnos las manos, que llevábamos amoratadas, nos sentamos en una mesa en la que el dueño del bar acababa de depositar los tres cafés que pedimos al entrar.

–Es curioso, observó Paco, que era el único de los tres en pisar tierra francesa por primera vez... En este país sirven el café en copas de vino.

–Estoy que me caigo a pedazos..., bostezó ruidosamente Fernando. No sé si podré aguantar hasta que se abran las puertas del metro.

Y se dobló en dos sobre la mesa.

Increpé a mi compañero:

–Maldita sea... Haz un esfuerzo. ¿No ves que el dueño nos está observando?

–Pero es que no puedo más –volvió a lamentarse Fernando–. Estoy hecho una mierda. Si me acuesto soy capaz de no volver a levantarme. Tengo además la sensación de que me están estrujando el estómago...

–¡Cállate!, insistió Paco enérgicamente. Por hoy logramos salir de aquel cochino agujero... Vamos a poder olvidarnos de toda la basura que dejamos atrás.

–Mañana, a estas horas, estaremos durmiendo en Alemania. ¿No os parece increíble?– concluí por mi parte.

De pronto, mientras hablábamos entre nosotros, vimos salir como una catapulta al propietario del bar de detrás del mostrador. Se abalanzó sobre un individuo mal trajeado, con barba de varios días, que dormía derrumbado sobre una de las mesas del bar. Arrancado de forma violenta e inesperada a su sueño, apenas si el “clochard” tuvo tiempo de murmurar tres o cuatro palabras de protesta. El ex–boxeador lo agarró sin contemplaciones por el cuello y le hizo recorrer a empellones el espacio que mediaba entre la mesa y la puerta del establecimiento.

–Allons, mon petit!,– comentó en voz alta –probablemente para que los otros clientes que contemplábamos la escena nos diésemos por enterados– el hombre de los antebrazos rojizos. Es mejor que salgas fuera a darte un paseíto. Hace una noche espléndida.

Fernando abrió los ojos de par en par y se puso muy tieso, casi a escuadra, contra el respaldo de su asiento. Me incliné hacia él y guaseándome de la impresión que le había producido la expulsión...

–¿Ves como yo tenía razón? Aquí, como en todas partes, cuecen habas...

Entretanto, como si no hubiese sucedido nada, el dueño

volvió a introducirse detrás del mostrador y después de limpiarse las manos en el delantal, cogió de nuevo el periódico y reanudó plácidamente su lectura.

XVI. LA LÍNEA INVISIBLE

Transcurrieron cerca de quince años antes de que regresase a España, un año antes de la muerte de Franco, en compañía de mi mujer y de mi hijo menor. No tenía más que un deseo: que él no se viese obligado un día a cruzar la frontera por otros motivos que los que eligiera libremente. Motivos banales, corrientes. Los que hacen soñar a muchos jóvenes españoles con la posibilidad de pasar unos días en París: recorrer sus librerías, ver una película, visitar un museo, recorrer sobre todo sus calles, impregnarse con ese “aire de París” del que tanto habrán oído hablar a algún amigo o familiar. Ese aire que habrán tenido ocasión, quizás, de respirar anticipadamente viendo las películas de Carné o de Renoir o, simplemente, escuchando las estrofas de una canción de Brel, de Brassens o de Leo Ferré.

“Mi padre, que era hombre de tierras adentro, hombre de

secano que no sabía nadar, salvo quizás en las aguas finísimas del Charco del Candil –un remanso que forma el río Tormes a su paso por el Puente del Congosto– fue el primero en iniciar la tradición familiar de la huida o de la emigración a la nación vecina.

Allá por los años veinte, en plena dictadura del general Primo de Rivera, había sido detenido ya varias veces por su militancia en las filas anarcosindicalistas. Obligado a huir de España, cruzó clandestinamente el río Bidasoa y dos días después alcanzó Burdeos, donde logró encontrar trabajo como peón en una fábrica de productos químicos. En cuanto a mis abuelos maternos, habían llegado unos años antes a la capital de la Gironde, en donde abrieron el pequeño restaurante que, más tarde, frecuentaría mi padre.

... Desde entonces había transcurrido más de medio siglo. Nuestro pueblo había sido derrotado en una guerra cruenta que a todos nos había marcado de forma indeleble. Desde mi más alejada infancia, por una u otra razón, me había visto obligado a cruzar una infinidad de veces la frontera de Irún, casi siempre contra mi voluntad, arrastrado por una mano férrea, invisible, que de generación en generación no había dejado de zarandearme a mí y a los míos, obligándonos periódicamente a saltar por encima de aquella línea divisoria: huyendo en compañía de mis padres, más tarde con mi propia familia, arrastrando en nuestras mentes, en nuestras maletas, en nuestros fatigados corazones, el peso de la fatalidad y la derrota, la imposibilidad de decidir cómo,

cuándo y en qué dirección traspasaríamos aquella maldita línea invisible, aquella línea azul que servía de demarcación entre dos mundos distintos, dos universos que enlazados, inextricablemente unidos, acabarían por conformar nuestro ser, nuestra caótica, escindida y contradictoria personalidad.

Por eso yo no quería que más tarde mi hijo se viera obligado a arrancarse a su Tierra. Haría cualquier cosa por impedir que se lo llevase el mismo ventarrón que a todos nos empujó –una y otra vez– en dirección de la frontera.

Ese había sido el sino de mi familia y el de mi pueblo: arrancarse a cuanto había sedimentado nuestro ser y conformado nuestra existencia, un paisaje, unas costumbres, una forma de existir y hasta de morir. Verse obligado a cambiar aquella trama antigua, cálida y viva, por su exacto revés: el exilio, la soledad, el vacío, la espera interminable de un regreso que no llega jamás.

Tenía que agradecerle al tren y al trasiego que, en repetidas ocasiones, me había conducido a Francia o devuelto ocasionalmente a mi país, el haber logrado conocer mejor y más profundamente a mi pueblo y el haberme sentido, hasta la médula, partícipe de su tragedia.

Entre otros muchos, recuerdo aquel viaje que hice a España desde París, allá por los años sesenta, para regularizar mi situación laboral y obtener papeles de residencia en Francia. De regreso de Madrid, después de una larga peregrinación

por los despachos y ventanillas de los Ministerios y Organismos responsables de la larga y lenta sangría que fue la emigración “económica”, fui autorizado a someterme, en compañía de varias decenas de compatriotas que viajaban en el mismo tren, al control y a los exámenes del Instituto de Emigración.

A nuestra llegada a Hendaya fuimos encerrados en los sótanos de un edificio administrativo que formaba parte de la estación. Allí permanecimos de pie durante varias horas a la espera de que un funcionario francés nos llamase por nuestro nombre para pasar la tan temida visita médica.

Para matar el tiempo, los futuros emigrantes charlaban entre ellos formando corrillos. Durante las largas horas de viaje lo habíamos compartido todo –comida, añoranzas, recuerdos– hasta llegar a crear entre nosotros un vínculo fraterno que iba volviéndose doloroso a medida que pasaban las horas y que íbamos tomando conciencia de que aquellos instantes de convivencia serían probablemente los últimos.

Intentando agotar la espera, que se me hacía interminable y matar la ansiedad que me invadía por momentos, decidí dar una vuelta por la nave, yendo de grupo en grupo y saludando de paso a antiguos compañeros de vagón o de compartimento. A punto de concluir la ronda, me entretuve leyendo las inscripciones que ennegrecían los muros de nuestra cárcel provisional. Muchas de esas inscripciones eran auténticos gritos de dolor, lamentos lanzados por

gargantas anónimas, hartas de no ser escuchadas ni atendidas. Su contenido era terrible... (Habían sido escritas con lápiz o grabadas por medio de objetos punzantes: clavos, navajas o trozos de alambre). A fuerza de ser repasadas, una y otra vez, algunas de ellas formaban surcos profundos. Eran frases y expresiones escritas con rabia y desesperación, en todo similares a las que adornan las celdas de los presos... (Testimonios gráficos de la miseria y desesperanza de llegar un día a ser dueños de la propia existencia... Grafitis lanzados por la mano de los miserables, como un puñado de alambres roñosos, sobre el rostro olvidadizo del mundo... Estrías dolorosas con las que los marginados, los explotados, los perseguidos, tiznan, ensucian y afean los muros grises y anónimos de las cárceles, de los hospitales y de los manicomios, con la esperanza secreta de que un día sus gritos sofocados logren traspasar esos muros y llegar a ser escuchados por otros hombres).

En una de las paredes de la nave, una mano de campesino extremeño, de jornalero andaluz o de obrero de los arrabales industriales de Madrid o Barcelona, había trazado con grandes letras desiguales esta inscripción:

Por aquí pasó un esclavo. Jacinto Berrocal.

Un poco más a la derecha, otro emigrante había escrito:

¡Y luego dicen cai trabajo en España!

¡Una mierda!

... Cuántas veces no habré esperado en aquel andén la llegada del tren que había de conducirnos del otro lado de la frontera. Agarrado a la mano de mis padres. Arrastrando un pequeño bulto. Más tarde, de adulto, mirando hacia atrás con los músculos tensos por el peso de las maletas y la preocupación por no perder el tren. Hendiendo la multitud como un rompe-hielos... Sucesión de rostros tostados, quemados por el sol. Niños y mujeres apiñados en torno a una montaña de maletas y de bultos... La madre, con el moño deshecho, intenta introducir el pezón en la boca golosa, abierta de par en par, de un recién nacido... A una abuela, una mujeruca vestida de negro que se acurruca en el extremo de un banco, le tiembla la barbilla cuando su hijo se acerca a ella y le grita:

–¡Madre! ¡Dese prisa, que perdemos el tren!

Desorden indescriptible. Vidas que se hacen y deshacen. Somos marionetas movidas por unas manos invisibles, omnímodas, que tiran de nosotros –de nuestra carne, de nuestros sentimientos– que nos arrancan a esa plaza, a ese puente de piedra, a ese campo de amapolas, a la comida compartida con nuestros hermanos y a las caricias de nuestros padres... Pequeños trozos de acero adheridos a un imán gigantesco que nos eleva por encima de la frontera y nos deposita en un país desconocido. Vacíos. Aspirados. Proyectados hacia la luz negra de las estrellas.

Llegados a Irún, ruido inquietante de las puertas del vagón al cerrarse. Se abre una larga espera hasta el momento en que el tren ha de arrancar de nuevo en dirección de la estación de Hendaya. Antes de descender al andén, vacío, solitario, un policía español vestido de paisano, inspecciona, uno por uno, los retretes... Perseguido por los esbirros franquistas, un hombre intenta quizás escapar escondido en los lavabos. Trataba de imaginarme a aquel hombre... Con el corazón saliéndosele del pecho. Espiando todos los ruidos procedentes del exterior. Mirada fija en el postigo de la puerta. Esperando que suene el pitido salvador que indique que el tren se va a poner en movimiento. Con un dolor agudo taladrándole el vientre. Ganas de hacer del cuerpo en esa situación. Pensando en oír, de un momento a otro, la orden de abrir la puerta y de salir con las manos en alto... Entretanto esperar con los pantalones bajados y una intensa colitis... (El fascismo es implacable. Se propone reducir al hombre a su dimensión más grotesca: bajarlo con una mano de acero de la nube a la cual se había encaramado, no cejar hasta suprimirle el pulso, hasta arrancarle la rabia).

Un hombre pálido, con una barba de varios días, tripas retorcidas por el miedo, intenta sustraerse a la mirada del monstruo... Ese olor a descomposición es tu olor, nuestro propio olor... Esperar al verdugo en actitud claudicante, con los pantalones bañándose en un charco de orín, rozando el suelo lleno de colillas aplastadas... ¡Y el pitido del tren que no acaba de sonar!...

Cuando el viaje era en dirección contraria, todos los viajeros del compartimento tenían una sensación de vacío. Esta vez iban a entrar en la estación de Irún. Sentimiento difuso de miedo, de culpabilidad. Esperar con el diafragma encogido y un dolor agudo en el cerebro. El corazón late con mayor intensidad. Flujo sanguíneo irrumpiendo en las células cerebrales, derramándose por el cuerpo como una planta cuyas ramificaciones pueden ampliarse al infinito. No podía evitar aquella sensación cada vez que regresaba a España... (Era como ver de nuevo a una mujer a la que amamos intensamente y de la que no podemos esperar más que palabras de odio o gestos de indiferencia).

... Dolor en las corvas. Deseo de olvidar su identidad, de autonegarse. Sin embargo, cuando aquella amiga francesa se extrañó de que al cabo de tantos años de residencia en Francia yo siguiese siendo español, (“J’étais convaincue que tu n’avais plus la nationalité espagnole”), la decepcioné:

–Tu n’as rien compris –le contesté–, je suis espagnol comme d’autres sont nègres. Pour la vie...

–Ah! ces espagnols... Qu’est ce que vous pouvez être susceptibles et fiers!

... Una vez más, prisioneros de nuestra leyenda, de nuestra propia realidad. Estúpido revoltijo en su cabeza de francesa culta y bien conformada. Gautier, Mérimée, Arrabal y Buñuel, revueltos, confundidos... Enanitos y niñas vestidas

de primera comunión montadas sobre patines... Paisajes áridos, lunares... Y Clara Gazul paseando del brazo de un guardia civil de espléndidos mostachos bajo la mirada infantil y tierna de Federico García Lorca... Estos pequeños burgueses franceses buscan desesperadamente un “supplément d’âme”... (Yo, mientras tanto me veía a mí mismo errando, perdido, en el laberinto de la memoria, intentando recomponer mi identidad con retazos del pasado, con recuerdos fugaces de mi infancia y adolescencia. Patchwork imposible...).

Viejas heridas que nunca se cierran del todo... Diez, veinte, treinta años atravesando la frontera en ambas direcciones. De niño. De adolescente. De adulto. Y siempre la misma angustia atávica, irrazonada, en el momento de traspasar la raya azul... Al desembocar en Hendaya, nuca roja del aduanero francés. Probablemente buen catador de vinos. Vinos franceses, caldos generosos, producto de una sociedad equilibrada, de una vieja civilización que se ha ido sedimentando, sin altibajos profundos, a lo largo de muchos siglos. Vino ideal para una discusión ecuánime, entre hombres, o para descubrirle a una mujer los entresijos más delicados de nuestro ser... El vino español es lívido y tormentoso, como un cielo a punto de estallar. Deja un poso oscuro en el corazón, en el fondo de los vasos y en el de los cerebros. Vino para discutir a gritos, para fraternizar a empellones, para hacer aflorar –bruscamente– viejos odios, gestos enconados de un pueblo cuya historia es una

sangrienta sucesión de batallas entre hermanos. Vino para contarle a una mujer historias de amor, de furia, de fatiga, mientras la amenazamos con cercenarnos un dedo si no accede a nuestros deseos.

Civilizada nuca del aduanero francés. “Képi” azul bordeado por una cinta roja. Uniforme cuyas costuras tensas amenazan con estallar a causa de la presión que ejercen las manos enlazadas en la espalda. Aparición de un aduanero en Hendaya igual a solidez de las instituciones democráticas, a ejemplaridad de la República francesa, “une et indivisible”. Chez nous, Monsieur, on a toutes les libertés qu’on veut. Les espagnols ne sont pas gâtés avec Franco. Comment peuvent-ils, étant si fiers, supporter depuis si longtemps cette dictature? La cabeza de Eluard, dibujada por Picasso, me hacía siempre soñar con la Libertad...

Sur mes cahiers d’écolier
Sur mon pupitre et les arbres
Sur le sable et sur la neige
J’écris ton nom.

Frase admirable, tan actual, de Saint-Just, el arcángel de la revolución, sobre la felicidad, “idea nueva en Europa”. Y aquel maestro de la escuela “comunal”; su forma, tan peculiar, de comentar la ejecución de Luis XVI. Y el “pâté de campagne” (Je vous coupe une tranche comme celle-ci?). Un pueblo que ha inventado el “pâté de campagne” es merecedor de nuestra gratitud. ¿Y las películas de Renoir?:

el Renoir de “La Marsellesa”, de “Toni” y de “La Gran Ilusión”. Su cabeza redonda, sus manos de artesano, su mirada maliciosa, cargada de inteligencia, compendio de la sabiduría milenaria de todo un pueblo... Y el Frente Popular: más de media Francia en camiseta, subida por parejas en los “tandems”, las bicicletas que en 1936 fueron utilizadas por los obreros para lanzarse a la conquista del sol, del campo, de las playas, tras haber arrancado a la burguesía la semana de cuarenta horas y las vacaciones pagadas.

Del otro lado de la raya azul nos espera siempre la policía española. Viejos miedos infantiles que afloran de repente a la conciencia. En el pueblo dispararon y mataron a un campesino que huía por el monte después de haber robado una carga de leña. No tendría más de dos o tres años cuando un día la policía penetró en el pequeño piso de Cuatro Caminos. Cuando los dos agentes llamaron a la puerta, mi padre saltó al tejado por la ventana de la cocina y de allí se descolgó a un patio interior. Eran las ocho de la mañana y yo dormía plácidamente en mi cuna. Minutos antes de que la policía hiciese su aparición, mi madre había introducido debajo de mi colchón, envueltas en un chal, tres pistolas y un puñado de cargadores. Pertenecían a un compañero del Sindicato de la Construcción, perseguido por la policía, que la noche anterior había depositado este alijo en nuestra casa. (La necesidad de armarse se impuso por la repetición de los atentados fascistas en plena calle contra los militantes y voceadores de la prensa obrera). Cuando los dos

inspectores preguntaron por el padre, mi madre les respondió que llevaba varios días sin aparecer por casa.

–Déjenos ver las habitaciones. Traemos una orden de registro.

Después de inspeccionar minuciosamente la cocina y el dormitorio, el policía de más edad puso la mano sobre el postigo de la pequeña alcoba en la que yo dormía. De pronto, mi madre se interpuso entre el policía y la puerta...

–No, ahí no entran ustedes...

–¿Por qué? Apártese y déjenos practicar el registro.

–Tengo a mi hijo en la cuna con cuarenta de fiebre. Pueden ver la habitación desde aquí. No hay más muebles en ella que la cuna del niño y una pequeña cómoda.

Cuando mi madre entornó la puerta, el policía introdujo medio cuerpo en la habitación. Pasaron unos minutos que debieron parecerle una eternidad. Después de comprobar que el niño dormía plácidamente y que el padre no podía esconderse allí, el policía le hizo una señal a su compañero y ambos desaparecieron por donde habían venido.

Los policías españoles son morenos y espigados. Un semanario francés, “L’Express”, afirmaba que tenían aspectos de hidalgos o de personajes escapados de un cuadro del Greco.

Bigote negro, cuidadosamente recortado. Manos agarradas al correa que ciñe el uniforme. Sensación de seguridad, mientras se pasean lentamente entre la muchedumbre que se afana de un lado para otro del andén. Cerca de la cantina, discutiendo entre ellos, con las alpargatas de goma adosadas al muro gris, se distinguen pequeños grupos de obreros vestidos con monos azules remendados. Llevan los tobillos al aire y el pelo estirado y peinado hacia atrás.

Una vez más, me encamino hacia la salida de la estación de Irún. Gritos agudos, exclamaciones, cayendo sobre mí como una inesperada nube de granizos. Me encojo ligeramente de hombros. Las membranas de mis trompas auditivas vibran, recogiendo ruidos de una intensidad a la que ya no están acostumbradas. (El metro de París transporta a sus viajeros sobre una alfombra de silencio. Todos metidos en un acuario. Si alguien, en el vagón, levanta la voz, se alzan algunas cabezas. Generalmente Vieille France. Manos enguantadas. Lectores del “Fígaro” o pequeños jubilados. Los viajeros que hablan suelen ser altos y tener los labios gruesos: hombres de color. Otras veces son achaparrados y morenos de tez: métèques. O se trata de jóvenes franceses –chicos y chicas– que hablan y se besan sin complejos, que ríen y que miran al mundo con gesto de desafío).

En la aduana el policía iba a señalar con una tiza una esquina de la maleta. De repente pareció cambiar de opinión.

–¿No tiene nada que declarar? Abra la maleta.

–Ropa nada más.

–Deshaga por favor ese paquete. ¿Qué lleva ahí dentro?

–Un par de zapatos y unos calcetines.

Es un policía cincuentón, de cabeza canosa. Su mirada fría, impersonal, me traspasa. ¿Habrá advertido la intencionalidad con que le he dicho que el paquete sospechoso no contiene nada, absolutamente nada? Ni un ejemplar de la prensa clandestina. Ni un volumen de las Obras Completas del Gran Timonel. Unos simples zapatos y un par de calcetines que no me dio tiempo a lavar antes de coger el tren.

Salgo por fin a la calle. La puerta de la estación abre directamente sobre el Ruedo Ibérico. Meseta sin fin, abierta al infinito, curtida y requemada como un muro de adobe... Campesinos arañando y descarnando la tierra con instrumentos primitivos. Cementerios y gestas heroicas. Pueblos vacíos. Sueños mesiánicos de liberación y de emancipación social recorriendo el lomo arqueado de la patria... Miedo. Fatalidad. Intentamos mirar al cielo, levantar la cabeza de la gleba y fuimos aplastados.

Tenemos régimen fascista para toda la vida... No, para toda la eternidad. ¿Olvidar los años del hambre? ¿Y los que siguen luchando? Locos. Auténticos iluminados. Resulta imposible erradicar por completo esa simiente. Es un germen inútil,

una semilla baldía caída desde una estrella, condenada a no fructificar jamás.

Cuando se cerraron las puertas del vagón y el tren se puso en marcha camino de Irún los pasajeros enmudecieron, como si de repente se hubiese roto el hilo anudado durante las largas e interminables horas del viaje.

Se produce ese gran vacío en la cabeza. Posibilidad de que la policía omnipotente, omnipresente, nos interpele o nos esté esperando en el andén de llegada. A veces, cuando golpean en los interrogatorios los prisioneros se orinan o se cagan. Despiden un olor fétido que excita aún más a sus verdugos... ¡Mamá, me he cagado en el pantalón! ¡Será sucio este niño! ¿Por qué no lo has pedido? Con gestos rápidos y eficaces mi madre me desata los tirantes, antes de hurgar en el fondo del pantalón... ¿Pero qué has hecho? ¿No podías aguantarte hasta llegar a casa? Humillación. Vergüenza de nuestro cuerpo. Veo recortarse sus siluetas en el cielo gris. Parecen incorporados al paisaje. Irún, ciudad fronteriza, industrial, se despereza, se apresta a rodearse de penachos de humo, temple lentamente sus músculos entumecidos por el relente de una mañana otoñal. Tienen derecho de vida y muerte sobre nosotros. Posibilidad de enterrarnos en vida o de ignorarnos, si aceptamos de sumarnos al rebaño anónimo de los indiferentes o de los resignados. Pueden, si así lo desean, cercenar nuestros deseos, empequeñecer nuestras vidas y reducirlas a la dimensión de una de esas cabezas de Jíbaro que se exhiben en las vitrinas del Museo del Hombre

de París. Pueden condenarnos a un mero crecimiento vegetativo entre los cuatro muros de una celda o entre los de ese patio cuyo retal de cielo, siempre el mismo, aparece tendido sobre la cabeza de los presos. Pueden aniquilarnos la memoria, hacernos dudar de nosotros mismos, de si era a ti a quien iba destinado el vuelo de aquel vestido, el brillo de esa mirada que un día, inesperadamente, se cruzó con la tuya en pleno día...

Y ahora, años más tarde, de nuevo ese vacío. En un tren que no conduce a ninguna parte. Irún–Hendaya. Hendaya–Irún. Los raíles brillan en la oscuridad con un resplandor extraño, maléfico. El tren “Puerta del Sol” –se acabaron los viajes ruidosos, multitudinarios– duerme esperando el cambio de vías. En el pasillo –desierto– oigo crujir las traviesas, ¿o serán los huesos de mi cabeza? (¿Recuerdas, tía Geña, aquellas incipientes lecciones de anatomía que nos dabas en tu pequeña escuela de Cuatro Caminos?: un frontal, un occipital, dos parietales... No logro dormir).

“Los disturbios que preparan el mundo a las revoluciones han nacido de los sueños y de las visiones de un campesino en la ladera de una colina”. Joyce. ¿Con qué soñaría mi padre de niño o de adolescente –cabeza rapada, ojos negros vivísimos, pies enfundados en unas albarcas talladas en la goma de un neumático– tirando cantazos a los árboles, mordiendo un pedazo de pan o silbando con una brizna de hierba entre los dientes?... ¿Con qué soñaba Miguel Hernández, mientras apacentaba sus cabras por la sierra

oriolana, saltando de risco en risco, con el fuego de la poesía calentando prematuramente su pecho de joven campesino?

Había decidido salir al pasillo del tren con el “Ulises” de Joyce abierto al azar. No le pedía más que el favor de una frase. Y rara vez me la negaba. ¿Cuántas veces no habría girado la tierra sobre sí misma, levemente inclinada como un abatido y melancólico arlequín picassiano, sin que yo hubiese logrado arribar a la meta, leer la palabra *fin*. *The End*?

Cerrar definitivamente las pastas de este féretro lleno a rebosar de pequeñas letras, de frases incandescentes en las que se reflejaba el caos irremediable de nuestras vidas, el desorden de nuestra conciencia. Mis moléculas, mi sistema celular había debido renovarse varias veces y yo seguía sin concluir la lectura del “Ulises”, sin escudriñar el último rincón de este vasto continente. ¿O sería acaso aquel lector con el que soñó Joyce?: el que lo leyese durante toda una vida.

El vagón seguía en silencio. Abajo, unas cuantas sombras se afanaban en torno a los ejes del tren. Sonaban ruidos sordos, metálicos, que hacían vibrar las paredes del vagón.

Años atrás, cuando no existía aún el “Puerta del Sol”, se oían voces y canciones de un extremo a otro de los vagones hasta altas horas de la madrugada. Los compartimentos permanecían abiertos. Poco a poco, según avanzaba la hora, se

iba apagando el eco de las conversaciones. De pronto, alguien entonaba una copla y un coro de voces jaleaba al cantaor improvisado.

El tiempo se diluía. Sentados frente a frente, los viajeros cabeceaban al ritmo de la máquina. Apoyados en la barandilla del pasillo los últimos trasnochadores se empeñaban en seguir evocando su vida pasada en el pueblo o contando anécdotas de su estancia presente en Francia, Suiza o Alemania.

... Aquel viaje se quedó grabado en mi memoria. Éramos dos adolescentes y viajábamos juntos a Madrid. El tren tardaría aún unos minutos en penetrar en la estación de Irún. Por debajo de la cortina, hecha con una tela de color marrón sucio, aparecía un pedazo de cielo gris. Campos verdes y pastos jugosos, con caseríos diseminados por las laderas de las montañas...

Mi abuelo era un adolescente que corría por la calle de la Estafeta de Pamplona con la boina pegada al hocico de una de las fieras. De repente, tropieza en un adoquín y cae al suelo. Contiene la respiración, hecho un ovillo, y se prepara a ser desgarrado por el corte hiriente de un asta. La manada de toros pasa, en tropel, por encima de su cuerpo sin hacerle un solo rasguño. Cuando se levanta está cubierto de excrementos. San Fermín ha obrado otro milagro...

Mi compañera de vagón tiene unos ojos verdes y límpidos

como dos ágatas y unos labios carnosos, perfectamente dibujados. Estamos solos en la penumbra del vagón. Nuestras manos se buscan de repente e intentan dibujar un arabesco imposible. Mis dedos recorren lentamente su piel. Aspereza en la parte exterior de los brazos. Granitos minúsculos, ácidos al tacto, como pequeñas uvas.

XVII. BELLEVILLE

No había transcurrido un año desde mi regreso a España cuando decidí visitar París y permanecer unos días en la capital francesa. (Necesitaba convencerme a mí mismo de que mi regreso a España era definitivo, de que los lazos que me unían a aquel país se iban distendiendo, volviéndose menos dolorosos... En el fondo quería tener la certidumbre de que mi exilio había terminado).

Al día siguiente de mi llegada cogí el metro y me dirigí al norte de la ciudad con la intención de visitar a un viejo amigo. Al salir de la estación de Belleville, tuve la sensación de haber sufrido una equivocación. Pensaba hallarme frente a frente con la calle de Belleville, principal eje comercial del barrio y descubrir el chaflán ocupado por el café “Le Point du Jour”, lugar de reunión preferido de los españoles del barrio allá por los años cincuenta.

Toda la hilera de casas situadas frente al Bulevar de la Villette y al Faubourg du Temple había desaparecido, como barrida por un seísmo. Tan solo quedaban en pie dos edificios patéticos y solitarios, dos grandes muelas negras y cariadas. Detrás de ellos, sobre una extensión de varias hectáreas, emergía un paisaje mineral, un amplio entramado de torres grises y abstractas, bajo las cuales yacían sepultados pedazos enteros de mi vida y de la de cientos de españoles, en su mayoría refugiados políticos, que vivíamos en aquel barrio.

En la actualidad el barrio de Belleville olía a muerto. El perfume que despedían las fachadas de sus casas, sus “boutiques”, sus patios interiores, sus adoquines (de puro patéticos, de puro cinematográficos, parecían salidos de una película de Marcel Carné), era un perfume a pasado, un perfume a carroña.

Subí lentamente por la calle de Belleville escudriñando cada una de sus piedras, cada una de las viejas enseñas, cuyas inscripciones –para mí familiares– empezaban a desdibujarse a fuerza de abandono, a fuerza de sufrir los embates del tiempo... No me hubiese extrañado ver un vuelo repentino de buitres sobrevolar las chimeneas, los patios, las callejuelas estrechas por las que antes fluía la sangre y la vida del barrio.

... Pasó un barrendero de color y una antillesa tirando de un niño. Apenas si se oían ruidos. Antes, Belleville era un

barrio que trepidaba, que se estremecía, removido en sus entrañas por los cientos de ruidos producidos en sus innumerables talleres y pequeñas fábricas.

Mientras caminaba, mi amigo Lépidis –hijo entrañable del barrio, su mejor defensor con el corazón y con la pluma– me iba señalando todas las transformaciones operadas en Belleville. “La burguesía, comentaba, ya no necesita enviar a los barrios populares a sus cañones y a sus genízaros para destruirlos. Le basta con enviar a sus especuladores y a sus hombres de ley, a sus urbanistas y a sus arquitectos. Sin embargo, prosiguió, los efectos de la intervención de este nuevo cuerpo expedicionario no son menos devastadores... La piqueta ataca, encarnizadamente, este cuerpo vivo que es un barrio: sus nervios, sus tendones, su sangre. Y no solo socava, reduce a polvo las viviendas que durante siglos acogieron a una multitud de obreros, de pequeños comerciantes, de artesanos, no solo destruye –piedra a piedra– un barrio que después de la segunda guerra mundial representó para miles de hombres perseguidos por sus ideas o discriminados por su raza –griegos, armenios, judíos, españoles, árabes– una segunda patria en la que pudieron restañar sus heridas y recobrar su identidad despedazada, sino que se empeña en destruir, hasta no dejar rastro de ellas, las formas de cultura, de vida y de convivencia que en él florecían. Como si la burguesía aspirase a borrar para siempre el recuerdo de una forma peculiar de existir, de una época de la historia en la que los hombres vivían, lloraban,

amaban, sufrían, volvían a reír y morían en un espacio que ellos mismos habían forjado, ordenado, acondicionado paciente y amorosamente a lo largo del tiempo... Un espacio, el de los barrios populares, que a los poderosos se les antojaba un reducto enemigo, un tumor enquistado en el cuerpo de la ciudad que era necesario extirpar a toda costa.

Durante los últimos años, y en esta etapa final de su larga agonía, concluyó Lépidis, la comunidad humana de Belleville ha empezado a descomponerse. Poco a poco el barrio se ha ido convirtiendo en un ghetto, en una especie de leprosería que acoge a los trabajadores más indefensos, más duramente explotados: argelinos, marroquíes, antilleanes... Como un organismo cien veces exprimido que entrega sus últimas gotas de sangre antes de caer definitivamente bajo los envites de la piqueta.

Llegamos a la plaza Sainte Marthe. En esta plaza recoleta, rodeada de árboles, estaba situada la “Local” de la CNT. Reconocí sin esfuerzo la escalera empinada que daba acceso a la amplia sala situada sobre los bajos de un edificio de dos alturas, cuya planta baja aparecía ocupada –en toda su extensión– por un garaje.

“¿Te acuerdas Clemente, le pregunté a mi amigo, de la vieja pareja de anarquistas que guardaba el local?: acartonados, esperpénticos, parecían escapados de un capítulo de una novela de Baroja, “Los últimos románticos”, cuya acción transcurre en el París bohemio y misterioso de principios de

siglo. Detrás de los dos guardianes se alineaba todo un amplio abanico de publicaciones –“Ruta”, “Solidaridad Obrera”, “Le Combat Syndicaliste”– y de autores clásicos del anarquismo –Nettlau, Bakunin, Kropotkin, Berneri y otros– que alternaban, sin orden lógico, con obras sueltas de Alejandro Dumas o de Corpus Barga. Yo solía detenerme, con frecuencia, ante un libro de Stirner cuya portada, cagada de moscas, testimoniaba la perennidad en aquellos anaqueles del autor del “Único y su propiedad”, o ante “Las ruinas de Palmira”, libro que no llegué nunca a leer, pero cuyo título ejerció siempre sobre mí una extraña fascinación...”.

Los domingos por la mañana el local de la CNT bullía como una colmena. Un pequeño grupo se arracimaba cerca de la puerta de entrada, en torno al compañero que oficiaba de barbero. En la sala, un hombre cetrino, trajeado de negro, se dirigía con gesto adusto y serio a los presentes.

Salvo unos cuantos muchachos y muchachas, los asistentes eran casi todos hombres rudos, viejos luchadores de manos encallecidas que escuchaban con atención al orador sentados en unos sencillos y elementales bancos de madera, esperando que concluyese su perorata para intervenir a su vez:

–Compañeros, comentaba el orador... Estoy de acuerdo con lo que dice el compañero de Montauban. Al fascismo no se le combate desde el exilio.

La reconstrucción de la Organización en el interior debe convertirse en nuestra tarea prioritaria. Lo demás no sirve para nada.

La escalera crujió continuamente con los pasos apresurados de las personas que entraban y salían del local. Era frecuente, en ese día, encontrarse en el bulevar o en las calles que daban acceso a la plaza Sainte Marthe con grupos de españoles que discutían animadamente en medio de la acera:

–No hombre, no. Esa resolución no tenía porqué figurar en el documento final...

–Nos conocimos en la Brigada 65 de la XIV que mandaba Cipriano en Brihuega... Hace dos años me enteré por un compañero de la Local de Burdeos que había muerto a los pocos días de pasar el Perthus.

–¿Oye, cómo andáis de trabajo en tu “chantier”? Tenemos a este compañero que acaba de llegar del interior. Estamos intentando conseguirle el “récépissé”.

–¿Qué oficio tienes, muchacho?

–¿Yo?, soldador... Pero me puedo agarrar a lo que sea.

–¿Y de dónde dices que eres?

–De un pueblo de Aragón: de Hoz de Barbastro.

–¡Qué casualidad! Por esa zona anduve yo con los maquis hasta el año 49. En diciembre, los civiles estuvieron a punto de liquidar a mi grupo y tuve que salir pitando para Francia.

... La plaza, silenciosa y desierta, parece tiritar de frío cuando evocamos estos recuerdos. “¿Te has fijado, comenta Lépidis, en lo bonita que podría ser esta plaza? Bastaría con que revocasen las fachadas de las casas y enviasen a la mierda todos esos coches que la afean y la asfixian. Un brochazo de pintura para sacarles los colores a estos bancos grises... Un par de parejas de novios... Un vuelo de palomas... Un grupo de niñas jugando a dola... Quizás una pareja de jubilados descansando, con la cesta de la compra entre las piernas, antes de subir a sus buhardillas... Por último, los talleres –que ahora permanecen silenciosos– vibrando y retumbando con un ruido sordo y familiar parecido a la respiración de un viejo asmático.

Observa la fachada de la casa que tenemos a nuestras espaldas. Acaba de ser renovada. El resultado no puede ser más gris, más deprimente. Es otra forma de ir eliminando todo lo que el barrio tenía de singular. Cuando restauran una casa destruyen sistemáticamente los frisos, los mascarones, las lápidas, los nichos, todo cuanto puede dar variedad, color y ritmo a las fachadas. Desean probablemente familiarizarnos con la visión de esas torres neutras, asexuadas e intercambiables que, poco a poco van erosionando el viejo paisaje urbano de Belleville, un paisaje lleno de recovecos,

de recorridos laberínticos, de rupturas imprevistas... El nuevo Belleville será un barrio sin plazas, sin enseñas, sin patios interiores, sin callejuelas, sin campanarios, sin gritos, sin olores y sin ruidos”.

Al llegar a la altura del metro Pyrénées decidimos regresar al Bulevar. El reloj señalaba la una de la tarde cuando entramos a comer en un pequeño restorán. Detrás del mostrador de zinc, un muchacho de rasgos orientales –probablemente un vietnamita– aclaraba una hilera de vasos pasándolos por el chorro del agua con gestos metódicos y precisos.

Tomamos asiento en una mesa cubierta con un mantel de hule, que daba al bulevar. La luz gris, perlada, se abría paso con dificultad a través de los visillos hechos de una tela de cuadritos rojos.

Me entretuve observando a la sirvienta. Poseía una mata abundante de pelo rojo y unos brazos bien torneados, espolvoreados de manchas de color avena. Lápiz en ristre, nos preguntó si deseábamos comer. Consulté el menú. ¿Quizás el “bistec–frites”? (Para un viejo parisino como yo, que regresaba por unos días a la Ville–Lumiére, tras una larga peregrinación a través de sí mismo, el “bistec–frites” era, salvando las distancias, el equivalente de la famosa madalena que al ser mojada en el té le abría a Marcel Proust la caja de los recuerdos, la cueva de Alí Baba, fulgente y misteriosa, en la que se amontonan los tesoros de la memoria. El bistec con patatas fritas, acompañado por una

botella de tinto, con el broche glorioso de un “camembert à point”, tenía la facultad de proyectarme hacia atrás, hacia el tiempo perdido, de hacerme respirar el perfume denso y excitante del pasado. Aunque, pensé para mis adentros, más vale no abusar de esa virtud que poseen las madalenas y los “bistec–frites”: la de reflejar en un espejo mágico, el mismo que atravesó Alicia para penetrar en el País de las Maravillas, los episodios de nuestra vida enterrados o extraviados en el caos de la conciencia).

La sirvienta se impacientó y volvió a preguntarnos:

–Qu’est–ce que vous allez prendre, Messieurs?

En aquel instante pensé que las pelirrojas no eran mujeres como las demás; pelirrojas famosas como Rita Hayworth, Greer Garson o Atiene Dahl; artistas a las que sus pecas no impidieron hacer una brillante carrera cinematográfica: Katherine Hepburn, por ejemplo... (Sepultarse en una mata de pelo rojo, pegar su piel a otra piel salpicada de manchas de avena... Algo así como saltar en medio de un incendio o penetrar desnudo en un campo de mieses. Una experiencia que un hombre debería ensayar una vez en su vida, so pena de quedar incompleto o mutilado).

Mientras dejaba vagabundear mis pensamientos, Clemente y la sirvienta me miraban inquietos, esperando que aterrizase –en vuelo planeado– sobre el menú y que escogiese un plato.

–Je voudrais une épaule d’agneau, contestó por fin mi amigo.

Y yo, con auténtico alivio...

–La même chose pour moi.

–Ce sera tout, Messieurs, pas d’entrée?

–No. No queremos nada más. Solamente una botella de “rouge”.

Pensé para mis adentros: la pelirroja ha puesto cara de disgusto porque no hemos pedido entremeses... Estos franceses no cambian... Mientras tanto, detrás del mostrador, el vietnamita seguía –imperturbable– limpiando sus vasos. En el fondo de la sala, un grupo de aficionados a las carreras de caballos preparaba sus apuestas subrayando con un lápiz rojo las hojas desplegadas de un periódico.

Rebañamos cuidadosamente nuestros platos, antes de apurar el último vaso de vino.

–Clemente, –le comenté a mi amigo, con un tono íntimo, persuasivo–. Debes venir a Madrid con más frecuencia. Si logras un día ahorrar un poco de dinero podrías alquilar una habitación en el barrio de Malasaña, nuestro Belleville madrileño, quizás en una de las viejas casas que rodean esa plaza, la de San Ildefonso, que a tí tanto te gusta... En verano te asomarías en camiseta a la ventana a respirar el aire fresco

de la noche y ver como los niños del barrio dan vueltas a la plaza montados en sus triciclos... Te conocerían en el barrio por “El Francés”... Vivirías en una buhardilla y comerías judías blancas por veinte pesetas y pollo al ajillo por cincuenta en el pequeño restaurante que hace esquina a la Corredera de San Pablo.

–Claro, –me responde; y en su voz se mezclaron, a partes iguales, la ironía y la nostalgia–; para que mereciese realmente la pena vivir, sería necesario disponer de un pequeño “pied á terre” en París... Y de otro en Madrid... Y en Salónica... Y, ¿por qué no?: en Istanbul.

Medió entre nosotros un silencio en el que cada cual dejó desbocar su imaginación. Yo me calcé de nuevo las botas mágicas de saltar por encima de los Pirineos –¿cuántas veces, en la realidad o con el pensamiento, no habría traspasado aquella barrera?– y regresé a Belleville, al mundo cálido y familiar que era el mío en aquel instante: el mundo de los visillos rojos, del mantel de hule y de los “turfistas”, el mundo de la sirvienta que acababa de guardarse en el delantar el pequeño cuaderno de tapas azules que utilizaba para apuntar los encargos y que, en aquel instante, contemplaba la calle apoyada en el mostrador, como si se hallase esperando al Príncipe Encantado capaz de arrancarla a la monotonía de su existencia y de llevarla lejos, muy lejos de las “épaule d’agneau”, del “pâté du chef” y de las “carottes râpées”.

...¡Qué dolor, pensé, verse obligado a romper la magia de este momento, tener que renunciar a esta sensación de haber echado por fin raíces en la vida, de estar anclado en la realidad de cada día.

–¿Sabes lo que me dijo ayer una amiga que ha estado recientemente en la Unión Soviética?

Clemente avanza su nariz helénica y la apunta en mi dirección como si fuese la proa de uno de esos veleros que surcan el mar Egeo en todas las direcciones. Su bigote encanecido vibra como una antena cuya fina sensibilidad es capaz de captar las más remotas, subyacentes, manifestaciones de la vida...

Esta amiga, prosigo, ha visitado Moscú y Leningrado. Me ha llamado la atención lo que me ha dicho sobre el aspecto de estas ciudades: también allí las calles están poco menos que desiertas. El socialismo de los países del Este, contrariamente a lo que podía esperarse, no ha vaciado las casas –hubiese sido un signo inequívoco de una vida social rica e intensa– sino las calles; ha favorecido y provocado un repliegue sobre la vida individual... ¿Recuerdas las imágenes admirables del “Acorazado Potemkine”? : la muchedumbre abigarrada, multiforme –marineros, obreros, vendedores ambulantes, pequeños burgueses– avanzando como un río incontenible hacia los muelles del puerto de Odessa a los acordes de la Varsoviana... ¿Qué sentido tendría hoy rodar

las famosas secuencias de las escaleras del puerto: la muchedumbre aclamando a los marineros revolucionarios; las primeras descargas contra la gente indefensa; las botas de los soldados zaristas pasando por encima de los cadáveres; el rostro contraído por el dolor y la sorpresa de una madre asesinada en los primeros escalones; y el coche del niño que cae, que cae interminablemente de escalera en escalera... Al final, en los navíos de la escuadra sublevada, las tripulaciones que gritan: *Hermanos, Hermanos, Hermanos...*

Contrariamente a la naturaleza, que siente al parecer horror del vacío, los Estados modernos –esos monstruos fríos como los calificó Nietzsche– tienen predilección por los espacios huérfanos de vida y de movimiento, desconfían de las calles, de las plazas, de las avenidas, ocupadas de forma incontrolada. Eisenstein afirmaba que las masas en movimiento (no las masas abstractas, desencarnadas, mencionadas en los manuales oficiales del marxismo o en los discursos de los profesionales de la política), son el auténtico protagonista de su película. Masas de carne y hueso, con sangre, con tendones, con vísceras, con contradicciones, masas que pueden ser revolucionarias o retrógradas, fascistas. Cuerpo en fusión compuesto de individuos que –en determinadas circunstancias– llegarán a unirse en un proyecto colectivo o a descomponerse en miles, en millones de pequeñas trayectorias individuales. Misteriosa alquimia de los cuerpos y de las conciencias que solo puede realizarse en la calle, al aire libre.

¿No te parece sintomático que el poder de Estado, tanto en los países llamados “socialistas” como en los capitalistas, persiga con tanto ahínco el mismo objetivo: vaciar las calles, arrebatarse ese espacio al pueblo, impedir que celebre en él sus manifestaciones de duelo, sus ritos, sus revoluciones? Ciertamente, cuando las oligarquías que detienen el poder lo deciden así, invitan a las masas a ocupar, en forma simétrica y ordenada, los estadios, las plazas, las grandes explanadas. Es sintomático, y triste, que los países socialistas hayan seguido en este caso como en otros –ahí están para confirmarle los campos de concentración, los asilos psiquiátricos para oponentes políticos, la falta de libertades más elementales– el ejemplo de los regímenes totalitarios burgueses, grandes consumidores de concentraciones espectaculares, de desfiles a paso gimnástico, de demostraciones reglamentarias en las que en camiseta y calzón corto, a toque de silbato, a golpe de tambor o de címbalo, el pueblo corea eslóganes y agita rítmicamente las fotos de sus dirigentes supremos.

Conclusión: cincuenta años después de la Revolución de Octubre, resulta que los rusos beben y se emborrachan “en privado”, exactamente como lo haría cualquier aburrido habitante de la “banlieue” parisina. Y es que al parecer, cito siempre a esta amiga, en Moscú se cuentan con los dedos de la mano los lugares de reunión, los bares o los restaurantes. Por supuesto, se puede comer en los restaurantes de Estado...

–Merde –salta Clemente– ¿Te imaginas una conversación como esta en un “self-service” de Estado capaz de despachar tres mil cubiertos en dos horas?

(Estoy intentando fijar en la memoria, en mi pequeño panteón de recuerdos entrañables, todas las imágenes que me asaltan en ese momento: el vietnamita perdido en sus sueños mientras limpia meticulosamente sus vasos, la sirvienta que acaba de pedirle un “quart de rouge” para la mesa del fondo, el rumor de la calle y la luz gris que atraviesa los visillos rojos y nos envuelve como una gasa delicada, transparente...).

–Moralité, prosigue mi amigo. Si un día tuviese que escoger –para vivir– entre Moscú, la Meca del Socialismo y Nueva York, el Templo del Capitalismo, creo que escogería la podredumbre de los Estados Unidos. Es triste decirlo, pero allí existen todavía barrios en los que el hombre oprimido, el hombre explotado, desde el pozo de mierda en que le han sumido, puede gritar hasta encontrarse con otros hombres y, juntos, empezar a escalar las paredes de ese pozo, quizás llegar a construir una sociedad más justa, más fraternal, conquistar una forma de felicidad que no sea la felicidad enlatada desde arriba, que nos proponen los países socialistas.

–En cambio, concluí yo pesimista, será mucho más difícil transformar a una sociedad convertida en una inmensa fábrica, en una inmensa clínica. Allí nos estarán esperando a tí, a mí y a otros muchos, los especialistas en partos de la

historia, los licenciados en auroras luminosas y en horizontes radiantes... ¡Y ay, Clemente, de los inconformes como nosotros; ay, de los que se nieguen a dejarse hurgar las tripas y el cerebro; ay de aquellos que se atrevan a rechazar “su” felicidad codificada...!

XVIII. YA NADA PODRÁ SER COMO ANTES

Ir al cine... Figurar entre los elegidos. Hacer cola ante una ventanilla durante unos minutos o durante una eternidad. Esperar a que me entreguen un ticket que me permitirá entrar en la sala. Una vez dentro permanecer sentado en la butaca, esperar a que se apague la luz y se encienda la pantalla. Gestos triviales que llego a realizar poco menos que en estado de hipnosis... (Sonambulismo parecido al del hombre y de la mujer cuando se aman, se enlazan, se acoplan, se destruyen. Revelación de la desnudez de los cuerpos. Palidez de la pantalla brillando en la oscuridad. Formas, sombras, palabras, sembrándonos de latidos y sensaciones, invadiéndonos el cuerpo, la sangre y los sentidos...).

De regreso de Belleville tengo que optar entre una visita al Centro Pompidou –“la refinería de petróleo” como llaman

los parisinos al gigantesco “Mammouth” de la Cultura plantado en el corazón de la vieja metrópoli- o aprovechar mi estancia para ir al cine.

(Han hecho desaparecer nuestros barrios, han destruido las raíces de nuestra cultura: los bautizos callejeros con los niños recogiendo la calderilla que tiraba a voleo el padrino desde un balcón –“bautizo roñoso, bautizo cagao, si cojo al chiquillo lo tiro al tejao”–; los velatorios con los amigos del difunto echando la última partida de tute a espaldas del muerto; las sobremesas con parchís; los bailes populares con globos y farolillos; los recorridos de estaciones; las procesiones; los desfiles de carnaval... ¿Y ahora pretenden que el pueblo consuma cultura, que se traslade a los barrios burgueses desde sus ghettos periféricos, que se interese al pop-art, al op-art y a la pintura gestual?... No lo dudo ni un momento. Entre el cine y la cultura enlatada, escojo el cine). Hojeando el “París-Spectacles” he visto que en el Montparnasse proyectan la última película de Bergman.

El “Huevo de la serpiente” es una lección de historia contemporánea contada por Dostoyevski. Bergman es un espeleólogo que se asoma a las simas más profundas del alma humana y nos invita a descender al averno en su compañía. (Aprendimos a analizar con extraordinaria precisión las leyes por las que se rige nuestra sociedad, pero a fuerza de manejar el escalpelo perdimos también de vista al hombre y sus pulsiones más íntimas). Bergman nos describe la gangrena fascista, hurga con su bisturí en los tejidos más recónditos,

delicados y emponzoñados de la sociedad prehitleriana, muestra en acción las fuerzas que en este mismo instante amenazan al hombre, persiguen su destrucción o su avasallamiento. Ante nuestros ojos el veneno del totalitarismo, su tibio olor a carroña, se diluye por el tejido social, corre por sus ramificaciones. Ningún hombre, ninguna mujer escapará a sus efectos destructores.

Bergman no es un político, sino un creador. Por eso no nos propone ninguna receta. Si acaso avanza, como único remedio posible para atajar la catástrofe que se cierne sobre nosotros, la urgente necesidad de volver a la desnudez de los sentimientos, a la fraternidad dolorosa y lúcida, al amor llevado hasta sus últimas y postreras consecuencias...

El cineasta sueco es visceralmente pesimista, como lo suelen ser todos los grandes creadores. Para él el hombre no es más que un accidente histórico, un trágico guiño de la naturaleza, una simple mueca en el devenir del cosmos... En su película chisporrotean dos luces, dos hogueras, en perpetua lucha y contradicción: la perversidad y el ansia de poder por un lado, el amor y la piedad por el otro.

El fascismo, nos recuerda Bergman, no ha muerto. La serpiente del totalitarismo que anida en el corazón de la sociedad contemporánea, puede –una vez más– incubar su huevo...

Cuando salgo del cine Montparnasse las calles de París

están rociadas por una lluvia ligera. Me dirijo al Barrio Latino y entro en la calle Saint Jacques, donde se proyecta la última película de Chris Marker, “El fondo del aire es rojo”. Se trata de un gigantesco montaje de documentales que cubre un período crucial de la historia contemporánea.

Vemos desfilar en imágenes inolvidables la revolución cubana, la aventura del Che en Bolivia y su trágica muerte, la guerra del Vietnam, la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, el suicidio y el entierro de Jan Palach, el Mayo francés, el triunfo de la Unidad Popular en Chile, la crisis de la izquierda francesa, el reflujo revolucionario en el mundo...

... Flujo y reflujo de la historia, masas en acción, lava hirviente lanzada al asalto del cielo, que no logra –pese a sus esfuerzos titánicos– modificar profundamente los substratos de nuestra vieja sociedad; acción metódica y tenaz de las minorías revolucionarias; líderes carismáticos y hombres–símbolo de cada época ocupando la pantalla y el escenario de la historia, impulsando las revoluciones, confiscándolas más tarde a espaldas de las masas, en ocasión escribiéndolas y hasta reinventándolas.

Castro: símbolo de nuestras esperanzas fallidas. Sus primeros discursos son líricos, desordenados como la barba fluvial que le cruza el pecho... Fidel: pegado a la realidad, atento a los latidos y al pulso generoso de su pueblo... Después de la invasión de Checoslovaquia la barba de Fidel se ha

domesticado: el líder cubano justifica, en un discurso famoso, el aplastamiento de un pueblo que luchaba por su libertad, en aras del “realismo político” y de la defensa de la unidad del “campo socialista” (léase de los intereses de la Unión Soviética)... Fidel se ha profesionalizado. Su discurso ya no es el de un revolucionario, sino el de un comunista ortodoxo... Discurso que en intervenciones sucesivas va perdiendo progresivamente su carácter hirsuto, hirviente, despeinado... Hasta que en el aeropuerto de Moscú, Fidel, habla (tanteando una y otra vez los micrófonos) del Partido–madre y del Partido–nodriza. Ha aprendido el lenguaje engrasado, los mecanismos y los tristes juegos conceptuales y oratorios de los grises funcionarios del Kremlin. Su uniforme anónimo, pulcramente cortado, se ha ido llenando de botones dorados y de condecoraciones; su antiguo vocabulario revolucionario, vivo, directo, entroncado con la realidad, ha sido reemplazado por un discurso aséptico, intercambiable, sacralizado... Triste sino el de los grandes revolucionarios que se empeñan en escribir ellos solos la historia de los pueblos.

... Cuando aparece Che Guevara en la pantalla nos recorre alternativamente una fuerte y profunda pulsión de vida y una no menos fuerte y oscura pulsión de muerte... Che, hermano: la estrella legendaria que brilla en tu boina sigue derramando una estela que el tiempo no conseguirá borrar...

Guevara: ¿revolucionario o personaje de tragedia? ¿O ambas cosas a la vez? Los estrategas de la izquierda boliviana

por un lado y sus asesinos a sueldo por el otro, nos aseguran en la pantalla que su expedición de Bolivia constituyó un tremendo error. Olvidan que desde la vertiente misma de lo imaginario, Guevara, con su ejemplo, da un impulso prodigioso a la lucha por la libertad del hombre, devolviéndole su desaparecida dimensión prometeica. Guevara acepta encarnar, con su propia muerte, la idea misma de Revolución y el extenso, ilimitado amor a la vida y a los hombres que late en el fondo del proyecto revolucionario. (Muerte de Durruti en la Ciudad Universitaria de Madrid, muerte de Ascaso en el asalto al cuartel de Atarazanas de Barcelona, muerte de Allende en la Casa de la Moneda de Santiago de Chile, un Allende transfigurado por el combate postrero librado contra sus verdugos).

... Allende. Vemos en la pantalla al Presidente del Gobierno de la Unidad Popular de Chile hablar a los obreros de una fábrica y explicarles la necesidad vital de combatir el proceso inflacionario, de moderar las subidas salariales, de ganar la batalla de la producción... Un discurso demagógico si no fuera por el tono de sinceridad con que el dirigente socialista se dirige a los trabajadores: exponiendo la cruda realidad de la situación que atraviesa Chile, apelando a su conciencia de clase, poniendo su cargo a disposición del pueblo. No es una soflama paternalista a lo Fidel, sino un discurso amistoso, sereno y ético. La voz de Allende no suena como un llamamiento exterior a la clase, sino como una voz fundida

en ella, nutrida de su trayectoria y su experiencia: sin vosotros, sin vuestra conciencia, sin vuestra capacidad de organización y lucha, ningún hombre providencial, ningún partido-guía podrá abrir en Chile un auténtico proceso hacia el socialismo, concluye.

... La guerra del Vietnam: se nos muestra una secuencia de un bombardeo de las posiciones del Frente de Liberación. Un piloto americano va retransmitiendo, como si se tratase de un partido de béisbol, la caza de los “Viets” a golpe de napalm. Una voz en “off” afirma: la guerra del Vietnam ha sido la guerra de España de nuestra generación... Otra vez triunfa el imaginario colectivo. En esta guerra, gracias a la lucha revolucionaria de un pueblo, lo negro se vuelve blanco, lo imposible posible... El hombre, apelando a lo más profundo de su ser moral, ético, se enfrenta con éxito a la barbarie imperialista y a la empresa de destrucción más gigantesca que haya conocido la historia de la humanidad. Y vence en este empeño...

... Checoslovaquia. Un grupo de pragueños, subido a un tanque ruso asalta a preguntas a un joven soldado soviético ¿Qué habéis venido a hacer aquí? ¿Quién os ha llamado? ¿Y tú pretendes ser comunista? ¡Vuelve a tu país!... Rostro de angustia, de abatimiento del ruso, casi un adolescente. Imágenes del Congreso “legal” del Partido Comunista checoslovaco reunido clandestinamente. Legalidad rota, destruida por los tanques soviéticos...

El socialismo de hierro muestra su verdadero rostro. Un muchacho, Jan Palach, decide inmolarsse por el fuego para protestar por la ocupación de su país. Una vez más aparece el acto lírico que conmueve y golpea la imaginación colectiva. El pueblo desfila ante el lugar en el que su héroe se inmoló, cubre el monumento de flores y jura vengarlo. Como en las grandes obras épicas, como en los grandes vendavales revolucionarios, el corazón del pueblo se inflama y amenaza con romper todos los diques...

El mayo francés... De nuevo el lirismo revolucionario. El poder, las instituciones burguesas, los propios partidos y sindicatos de izquierda, ven reflejada en el movimiento de mayo su muerte histórica. Un fuego artificial de ideas nuevas, de eslóganes, de proclamas revolucionarias, inunda los muros, las plazas y las calles de París. La burguesía acabará recuperando el movimiento. La izquierda acepta poner precio a su rendición: los sindicatos firman los acuerdos de Grenelle. En la pantalla, los trabajadores evocan Mayo del 68 y explican como se desarrolló el movimiento en su fábrica: hacíamos huelga por algo más que por un simple aumento de salarios; queríamos derribar a De Gaulle, lograr que algo cambiase en nuestras vidas...

... Lip: se ha llegado a afirmar que Lip fue el último acto del Mayo francés. Un puñado de obreros subvierte las reglas de la lucha sindical. Se niegan simplemente a ser un juguete en manos del capital, a aceptar como una fatalidad el des-

mantelamiento de su fábrica. Sin abandonar sus reivindicaciones salariales, anteponen a éstas otras que apuntan al corazón mismo de la explotación capitalista: jerarquía, división del trabajo, relaciones de producción. Atreverse es la palabra. Introducir la imaginación en el proceso de la lucha obrera –el “escándalo” de los relojes secuestrados por los obreros de Lip y vendidos en toda Francia– y servirse de ella como de una palanca para transformar el mundo. Uno, dos, tres, cientos de Lip...

... China: imágenes de Mao, de su vida, de Lin–Piao y de Chu–en–Lai. Todos ellos desaparecidos, encarcelados o fallecidos... ¿Personajes de un drama shakesperiano o de un drama revolucionario? La revolución misma devorando a sus hijos.... Personajes grandiosos, puñado de sombras que entran, que salen y desaparecen del escenario de la historia...

Al término de estos veinte años de historia llena de ruido y de furor, parece decirnos Chris Marker, nos hemos quedado solos, sin padres, sin dogmas, desnudos... En efecto: “ya nada podrá ser como antes”.

XIX. CHARCO DEL CANDIL

Aquel verano, tres años después de nuestro regreso a España, decidí iniciar una nueva andadura. Para ello, nada mejor, que visitar el pueblo de mi padre. El primero de agosto me hallaba a las diez de la noche en la estación de Chamartín aguardando un tren que había de conducirme a Salamanca, primera etapa de mi recorrido.

Durante cerca de media hora esperé el tren sólo, sentado en un banco del andén que hacía frente al compartimento que me había correspondido. Inquieto, excitado, me entretuve contemplando el trasiego de la estación... ¿Lograría liberarme del peso del ayer? ¿Lo deseaba realmente? ¿Qué perseguía con este viaje al fondo del pasado? ¿Comprender mejor al adulto que era hoy y al niño que fui ayer? ¿Lograría arrancar sus secretos a las paredes desnudas de la casa de mis abuelos? A las lomas, huertos, canchales, campos,

prados y encinas que desfilaron por los ojos de mi padre cuando era niño y en la hora última de su agonía? ¿Por los míos propios, en cada uno de los viajes que realicé al pueblo durante mi niñez?

Tenía la impresión de venir de muy lejos, de haber empezado a caminar desde hace poco tiempo, con mucho peso sobre los hombros, sí, pero también con una inextinguible sed de ver, de oír y comprender cuanto me rodeaba, y en primer lugar esta tierra en la que cada mañana me despertaba.

Pasó ante mí un carro eléctrico que transportaba varios colchones y una pila de cajas de cartón atadas con bramantes. (Estación de Hendaya. Recuerdos tenebrosos. Rodeado de compatriotas, de hombres y mujeres de ceño oscuro, soñoliento, de brazos tensos por el peso de las maletas, me veía a mí mismo atravesando pasillos, descendiendo escalones, cruzando andenes, en medio de una hilera apretada y silenciosa. Días duros y apasionados. Otras veces insoportablemente tristes)... No, aquí estaba por fin libre y ligero de equipaje. Podía saborear tranquilamente los minutos que precedían la salida del tren, sentirme ligeramente embriagado ante mi desnudez –había descubierto de repente la presencia sólida y amistosa del macuto– o estremecerme de felicidad al notar que mi cuerpo, mis sentidos, mi memoria, vibraban ante la inminencia de aquel viaje.

... El tren había arrancado y a medida que aumentaba su velocidad iba devorando puentes, sombras, carreteras, ventanas, chimeneas. Madrid quedaba temblando en la memoria como una flor nocturna, luminosa, que ardía derramada en mitad de la meseta, envuelta en humos y brumas (en el vientre de la urbe gigantesca, hombres y mujeres tendidos, dando la espalda a sus sueños y esperando, insomnes, a que llegase la madrugada).

Me entretuve observando la parte de humanidad con la que me había correspondido compartir aquel viaje: un matrimonio maduro –el hombre hablaba con un fuerte deje extremeño–, su esposa que le escuchaba en silencio, limitándose de vez en cuando a mover los zarcillos que adornaban sus orejas, y una mujer de edad indefinida. (¿Treinta y cinco? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta años?). Esta mujer vestía con un traje negro, de pequeños lunares blancos, ligeramente escotado. En su peinado, pasado de moda, abundaban las hebras de plata, mal teñidas. (Siempre me han fascinado estas mujeres de belleza ajada que suelen llevar inscritas en sus manos, en su rostro, en su mirada, las huellas del llanto y la señal del tiempo. Son como hermosas y enmarañadas ruinas devastadas por el tiempo, cubiertas de vegetación y broza, invadidas de zarzales y de insectos.

La que viajaba frente a mí poseía unos ojos hermosos y tristes que nunca miraban de frente y unos labios sensuales que debieron consumirse en la espera de un beso que tardó

en llegar o que no llegó jamás. ¿Qué drama se escondía detrás de aquellos gestos recatados, de esas manos que permanecían obstinadamente cruzadas, mientras la mirada –vertida hacia dentro– parecía perseguir un viejo sueño de infancia o de juventud?: quizás el recuerdo de una promesa incumplida, de una traición amorosa o el de una gran pasión sofocada, crecida en el tiempo como una planta venenosa y secreta).

Después de una breve estancia en Salamanca cogí un autobús en dirección del Puente del Congosto.

Mientras veía desfilan el paisaje por la ventanilla del coche, recorrí anticipadamente paisajes de mi infancia, bañándome –como cuando era niño– en las aguas virginales del río Tormes, apresando peces que saltaban fuera de mi memoria, anudando hilos que creía rotos para siempre y esperando que este viaje a través del tiempo me diese fuerzas para intentar desbrozar nuevos caminos, para seguir viviendo, para mirar al mundo y mirarme a mí mismo con unos ojos totalmente nuevos.

El sol había salido a nuestras espaldas, y lucía a jirones sobre un paisaje abierto al infinito. Conforme avanzaba la hora, el manto de niebla que cubría el campo se iba deshilachando lentamente. Empezaban a distinguirse, con nitidez cada vez mayor, los campos de trigo, los prados, las lomas cubiertas de retama, tomillo y jara, que anunciaban que estábamos penetrando en el paisaje áspero, agreste, soleado, hacia el

que se encaminaban mis pasos desde el instante mismo en que salí de la estación de Chamartín.

A las diez de la mañana llegué al Puente del Congosto. El pueblo parecía dormir, silencioso y desierto. Reconocí con emoción –como si un oleaje súbito, llegado de lo hondo del tiempo, golpease mi cabeza– la mole del castillo roquero, el puente romano –robusto y elegante– tendido sobre las dos orillas del río, las aguas puras del Tormes encerradas entre peñascos grises, las casitas blancas del Puente, tan distintas de las moradas parduzcas, pegadas a la tierra, del pueblo de mi padre.

Entré en un bar situado frente a la parada del coche de línea a tomar un café y una copa de anís, decidido a combatir el relente que me atravesaba los huesos a pesar de la tibieza del sol, un sol recién nacido que empezaba lentamente a caldear la atmósfera. El café, servido por una mujeruca enlutada con cara de pocos amigos, tenía un fuerte sabor a posos.

Al salir del establecimiento con el macuto bien encajado entre los hombros, me dirigí a una mujer que barría el porche de su casa:

–Señora –le pregunté–... ¿Podrá indicarme el camino de la Aceña?

Inesperadamente me señaló unas ruinas rodeadas de peñascos que sobresalían a pocos metros del cauce del río...

–Creo que es ésa... Los viejos del pueblo –añadió– dicen que son unas ruinas romanas.

En mi memoria se había formado un manto espeso de niebla que tardaba en diluirse por más esfuerzos que hacía. Intenté reconstruir a partir de algunos elementos dispersos –el castillo, el puente, el agua– sobre todo el agua, que discurría plácidamente peñas abajo o se agitaba en remolinos rápidos –el decorado familiar en el que me movía con tanta soltura cuando era niño. Aquello no era la Aceña. Ahora recordaba que para llegar al viejo molino medio derruido era necesario andar un buen trecho por la orilla del río hasta desembocar en un gran remanso de agua bordeado de álamos. Mis recuerdos de infancia tenían más de un cuarto de siglo. No había vuelto al pueblo más que en dos ocasiones desde que mi padre –recién salido de la cárcel– nos llevó a mi madre y a mí a Bercimuelle.

Decidí echar a andar por una calle sobre la que se erguía, protectora, la mole antigua del castillo. A mi alrededor el silencio era absoluto, hasta tal punto que me parecía oír el pulso de mi sangre y los latidos de mi corazón. Cada una de las imágenes que mi retina captaba en aquel momento, cada una de las piedras que se incrustaba en la suela de mis zapatos, se iba grabando en mi memoria de forma indeleble.

Cuando había recorrido un centenar de metros, distinguí la silueta de un viejo campesino que tomaba el sol delante de su casa, sentado sobre un poyito de piedra. Inmóvil, hierático, parecía incorporado a los muros del caserón y a la luz que salpicaba la fachada. Llené mi cantimplora en la taza de piedra de la fuente que corría en medio de la plazoleta y me acerqué al anciano con el temor secreto de que no fuera un hombre de carne y hueso, sino un producto del extraño revoltijo que reinaba en mi cabeza. (Sueños, sensaciones e imágenes de otros tiempos mezclándose con el presente, exhalando un único perfume, penetrante y transitorio).

–¿Podría decirme por dónde se va a la Aceña y al Charco del Candil?

(Pasada la Aceña, el río Tormes se deslizaba entre peñascos, formando grandes charcos en los que el agua se remansaba, parecía templar repentinamente sus nervios; más adelante, recobraba el pulso, se despeñaba formando torrenteras y remolinos, hasta desaparecer tras un horizonte de trigales, encinas y lomas cubiertas de riscos).

El Charco del Candil era uno de aquellos remansos a los que se llegaba saltando de roca en roca, después de haber dejado a sus espaldas la Aceña y su larga hilera de álamos temblorosos. En aquel tramo del río, el Tormes discurría aprisionado entre dos murallones de piedra. Sus aguas transparentes se volvían opacas y su cauce perdía de pronto su carácter apacible.

A veces se me ocurría pensar que toda mi familia podía haber salido de aquel vientre de piedra y agua, bordeado de juncos y yerbas salvajes, festoneado de minúsculas playas de arena blanca. Es posible que en lo más hondo y remoto del tiempo, hubiésemos flotado todos en sus aguas como en el interior de una placenta húmeda y redonda... Quién sabe si el Charco del Candil no contenía en sus aguas silenciosas, en lo más profundo de las rocas que constituían su basamento, el origen y secreto de nuestras heridas más íntimas, de nuestros pensamientos más recónditos... Quién sabe si en el fondo de su cauce no yacía, definitivamente roto, el hilo que un día enhebró nuestras vidas.

A pesar del tiempo transcurrido no había olvidado el Charco del Candil. Durante muchos años me había perseguido la imagen de mi abuelo y la de mis tíos hundiéndose en las aguas del Charco, rostros y manos bruñidos y atezados por el sol, cuerpos pálidos como la espuma. Los había visto sumergirse dejando tras ellos un temblor vertiginoso. Sabía que conocían, como nadie, los cuévanos profundos en los que se esconden los peces de mayor tamaño y carne más exquisita.

Cuando me empezaban a entrar ganas de llorar viendo que pasaban los minutos y que el agua no devolvía sus cuerpos, brotaban de repente del cauce del río, incólumes, casi inmortales, chorreando agua de los pies a la cabeza. Los veía agarrarse con destreza a la aspereza de las rocas. Culminada la ascensión de los peñascos que bordeaban el Charco, se

sentaban a mi lado en cuclillas con un pez agarrado en cada mano y un tercero –fuertemente apretado entre los dientes– que al sentirse herido por la luz del día daba furiosos coletazos, como sorprendido de haber sido arrancado con tanta facilidad al silencio y a la obscuridad del río.

–La Aceña cae más abajo, –me contestó el viejo–. Hay que atravesar el Puente Antiguo (en aquel instante descubrí la existencia del nuevo puente construido en aval del puente romano) y seguir por una vereda que le llevará derecho al molino.

Le di las gracias y a continuación, siguiendo los consejos del anciano, atravesé el puente y eché a andar por el camino que me había indicado. El sol empezaba a calentar con fuerza. A mi izquierda, el Tormes despedía destellos de luz mientras discurría lenta y serenamente sobre su cauce de agua y piedra. Sus aguas parecían conducirme de la mano e invitarme a que me alejase cuanto antes del Puente y me adentrase, cada vez más profundamente, en su cauce misterioso. Mientras caminaba veía a los peces saltar fuera del río, haciendo brillar al sol su vientre plateado. De tal forma me había secado la garganta el polvo del camino, que de repente sentí la tentación de abandonar el macuto y de despeñarme por entre las rocas para darme un chapuzón en el río.

Me detuve para contemplar el ballet de los peces. El Tormes fue siempre famoso por la transparencia de sus aguas y la variedad y exquisitez de su pesca. Abundan en él

los gallegos, los barbos, las bogas y las truchas. Recordaba que durante uno de mis primeros viajes a Bercimuelle –no tendría más de doce años– vaciaron la pequeña presa que alimentaba de agua a la Aceña. Los peces, obligados a desplazarse en dos palmos de agua, corrían enloquecidos de un lado para otro, intentando esconderse debajo de las piedras que afloraban repentinamente sobre la superficie de la presa. Algunos saltaban directamente a la orilla y boqueaban entre dos piedras, como empujados por una súbita pulsión de muerte. Los de mayor tamaño permanecían escondidos en sus cuévanos, que al descender el nivel del río se habían quedado casi a flor de agua.

Aquel día mis tíos llenaron a reborar varios cestos de peces que la abuela Justa guisó a la usanza del pueblo, escabechados. Participé, excitado y feliz, en la pesca milagrosa... Era como si el río nos hubiese abierto de repente sus entrañas para que, sin esfuerzo, pudiésemos arrancar de su vientre ubérrimo y fecundo los frutos más espléndidos. Para un niño de la ciudad, participar en aquella pesca era como soñar despierto. Introducir las manos en las cuevas recónditas, allí donde la piedra no recibe nunca la herida del sol, sentir en sus dedos una palpitación de vida, un frenesí de colas y de escamas, era como apresar el origen mismo de la vida, rozar el misterio impenetrable y hondo del elemento que es principio de todas las cosas.

Cuando intentaba sacarlos de sus refugios, los peces se me

escurrían de entre los dedos. Temblaba de emoción, de angustia, de despecho, al ver que no lograba capturar ninguna presa. Mientras tanto mis primos y mis tíos extraían los peces del agua sin esfuerzo, uno tras otro. Al ver mi turbación, tío Cayo se acercó a mí y me dijo sonriendo:

–¡Muchacho! ¡No vas a llorar por eso! Mira como se cogen los peces.

Y a continuación agarró mi mano y la introdujo en la intimidad húmeda de un cuévano.

–¿Palpas alguno?, me preguntó.

–Sí tío –contesté excitado–. Pero se me escurre.

–No seas tonto –me aconsejó–. No intentes agarrarlo por el cuerpo. Clávale las uñas en las agallas y verás como no se te escapa.

Seguí los consejos de Cayo. Estaba tumbado en el agua, con el nivel del río llegándome a la altura de la boca. De repente, mi brazo derecho brotó del cuévano. A continuación, me incorporé saltando y gritando de alegría mientras agitaba una hermosa boga atrapada por la cabeza.

– ¡Tío, tío! ¡Lo he conseguido! –, grité radiante.

El pez daba furiosos coletazos, tensaba sus músculos y los

distendía repentinamente intentando escapar, pero yo lo tenía fuertemente agarrado por las agallas. Contra más esfuerzos hacía el pez por volver a su elemento natural, más presión ejercía yo sobre su cabeza. Hasta que sus ojos, revulsos, empezaron a nublarse y sus coletazos se espaciaron, hasta hacerse cada vez más débiles. Al sentir que mis dedos, incrustados en la carne del pez, se teñían poco a poco de sangre, experimenté un placer casi salvaje. Como si mi corazón se hubiese transformado de repente en un tizón ardiente. Ya no era un niño de la ciudad: había logrado igualarme a mi tío, a mis primos y hasta a mi propio padre. Podía sentirme, por primera vez, parte integrante de aquel paisaje de agua, de luz y de piedra, hijo de su áspera y primitiva realidad.

(¿Lograría este recuerdo –brotado del pasado con una fuerza y frescura incontenibles– borrar la impresión que me produjo la muerte de la liebre? La imagen, poco a poco diluida en el tiempo, pero enquistada profundamente en mi memoria, de su cuerpo sanguinolento. La visión de los perros, disputándose las pequeñas y todavía calientes piltrafas caídas del vientre de la liebre. Mi propia angustia irrazonada ante las risas de mis tíos. Finalmente, la impresión de haberme quedado solo, de ser un extraño para ellos; la certidumbre de no haber salido desnudo, como toda mi familia, del vientre mismo de aquella tierra, sino de un paisaje extraño, de un país lejano, desvanecido en el tiempo y la memoria).

Seguí caminando por el sendero que me había señalado el

viejo campesino, recibiendo en pleno rostro la caricia del sol, que desde mi salida del Puente había iniciado una irresistible ascensión hacia el cénit del cielo.

A pocos metros de la orilla del río, descubrí a un hombre que cargaba arena sobre una caballería. Alcé la voz para que me oyese:

–Por favor... ¿Voy bien para la Aceña y el Charco del Candil?

–Si señor –me contestó el campesino–. Siga andando y cuando llegue a aquel recodo verá usted al molino escondido entre unos árboles.

Por primera vez descubrí que el agua acarreaba unas manchas de espuma sucia.

–¿Por qué arrastra el río esa espuma?– le pregunté inquieto al hombre de la caballería.

–Es que están limpiando la central eléctrica y eso remueve el lodo que lleva el fondo.

... Tenía la certidumbre de que muy pronto daría vista al molino y a la alameda. Bruscamente, me eché a un lado del camino a riesgo de caer con mi macuto sobre los rastrojos que corrían a lo largo del sendero. En un recodo del camino, acababan de aparecer dos perros astrosos y negros como dos advertencias del destino.

El más fornido y musculoso llevaba al cuello un extraño palo en forma de bolo que, al rebotar sobre las piedras del sendero, producía un ruido mate y siniestro.

Al pasar por mi lado, los dos canes gruñeron amenazadoramente, pero ambos prosiguieron su camino dejándome angustiado y sin saber como interpretar su repentina aparición.

XX. DE NOCHE JUNTO AL RÍO

De pronto descubrí a mi izquierda el trazo verde y rectilíneo de los álamos y las piedras semiderruidas de la Aceña. Por detrás del viejo molino despuntaba, rodeado de árboles, el tejado rojo de la casa del molinero.

Apreté el paso, como si acabase de tener confirmación de un sueño antiguo, desvanecido en la memoria, de un sueño que brotase de repente del ayer, saliéndose del tiempo e invadiendo mi realidad presente hasta convertirla en una cálida y concreta certidumbre. A medida que avanzaba en dirección a la Aceña el paisaje se abría y se ensanchaba para recibirme. Se había levantado un viento ligero y una mano invisible deslizaba sus dedos por la superficie tersa del agua. Esa misma mano acariciaba suavemente las ramas de los álamos y se entretenía peinando sus copas estiradas.

Antes de abandonar el sendero, a punto de internarme ya en el cauce del río, observé que a escasos metros del agua y al pie mismo de la alameda alguien había montado una tienda de campaña. Pateando espesas matas de hierba y sorteando pequeños charcos de agua, eché a andar en diagonal hacia la orilla.

Una vez que la alcancé, me dispuse a atravesar el río saltando de piedra en piedra. Intentaría llegar a la Aceña... (Recordaba que era preciso recorrer hasta su extremo el pequeño dique de la presa y de allí saltar por encima del canalillo que alimentaba el molino. Bastaba entonces con abrir una puerta... Después de recorrer la planta baja se salía a la luz del día por la entrada que hacía frente a la casa del molinero).

Avancé con el cuerpo plegado en dos para evitar que las ramas inferiores de los árboles me azotasen el rostro. Estaba a punto de alcanzar el dique cuando oí varias voces que parecían dirigirse a mí. Desde la otra orilla del río, un grupo de personas me lanzaban gritos de aviso. Sus gestos, su actitud, parecían amistosos. Me detuve al ver avanzar en mi dirección, hasta hacerme frente, a un hombre cincuentón, de complexión recia, torso desnudo quemado por el sol, que iba embutido en un pantalón corto de color añil. Al instante, se le unieron otras dos personas: una mujer rubia, de rostro agradable y sonriente, que parecía tener la misma edad que el hombre del pantalón de color añil y un adolescente de fuerte contextura, pelo claro y encrespado, que iba vestido

con una chaqueta de tela de camuflaje y un pantalón de pijama azul.

(Por el examen de su vestimenta y sus gestos amistosos deduje que serían los ocupantes de la tienda de campaña instalada al pie de los álamos).

El muchacho se adelantó a sus padres. Fue corriendo hacia mí y en dos zancadas recorrió el tronco del árbol tendido entre ambas márgenes, a pocos metros del lugar en que yo me hallaba. A continuación, con su mejor sonrisa, me ofreció una pértiga para ayudarme a franquear el cauce. Al otro lado del río nos esperaba su padre, el propietario de la tienda, un hombre regordete, de vientre prominente y bigote a lo Zapata, que parecía ciertamente a sus anchas dentro de su pantalón azul y de unas botas de goma que le subían hasta la rodilla. Después de saludarme, justificó sus gritos de aviso explicándome que la Aceña estaba cerrada desde que unos campistas tomaron la fea costumbre de entrar de noche en el molino a hacer sus necesidades.

Le di las gracias por su información. El campista tenía un rostro campechano y abierto que invitaba, cuando menos, a que les explicase –a él y a sus familiares– la razón de mi insólita andadura en dirección a la presa. No tuve inconveniente en comentarles que ya conocía aquel lugar, que tenía intención de acampar frente al Charco del Candil y, más tarde, de subir al pueblo de mi padre, distante del río unos cuantos kilómetros.

–Hay gente de Bercimuelle –me comentó el hombre de la tienda–, que baja en coche desde el pueblo y para frente al molino. Por suerte son poco numerosos... Y para venir desde el Puente no hay más camino que la vereda que usted ha seguido. Por eso estamos solos, completamente solos. La semana pasada llegaron aquí cuatro o cinco personas con tiendas y a los dos días se largaron... ¡Vaya campistas que no sabían ni plantar los piquetes! Desaparecieron en cuanto cayeron cuatro gotas... Yo soy de Madrid –prosiguió–. Metalúrgico de profesión... Y mi mujer es de Piedrahita. –Marcó una pausa durante la cual pareció reflexionar–. ¿Conoce usted al Honorio, el del Puente? Hace un par de años pidió autorización para llevar arena a un remanso del río y creo allí una playa artificial... Hasta montó un chiringuito. Los coches pueden llegar al pie mismo del río. ¡No vea como se ha puesto aquello de mierda! Menos mal que hasta aquí no llegan los automovilistas... Esa es nuestra suerte.

Deposité mi macuto sobre las piedras de la orilla (Eran grandes guijos, lisos y redondos, que parecían haber sido depositados en aquel lugar por un ave mítica, gigantesca).

Mientras conversábamos, la mujer del metalúrgico había echado a correr en dirección de la tienda de campaña. Al poco rato volvió trayendo un vaso de café con leche que humeaba en sus manos. Le agradecí aquel gesto cordial...

–Pero hombre –comentó su marido–. Es lo menos que se puede ofrecer a estas horas: un vaso de café con leche.

Y volvió a pegar la hebra...

–¿Así es qué va usted sólo por el mundo, con el macuto al hombro? ¿Y se va a instalar frente al Charco del Candil? ¿No cree que estaría mejor aquí, en la alameda?

Dejó de balancearse sobre las dos piedras en las que se había encaramado y me miró con aire de envidia.

–Cuando yo era joven –comentó con pesar– solía ir al Guadarrama, a bañarme a Peñalara con los amigos. Pero ya no estoy para esos troles: sufro de esto (su dedo índice apuntó al corazón) y tengo asma. Por suerte descubrimos este lugar hace seis años... (Su mano describió una amplia parábola que abarcó al sol –que había caminado lo suyo desde mi llegada al Puente– los álamos, el río, la Aceña y el pedazo de cielo azul suspendido sobre nuestras cabezas). Un lugar maravilloso. No me canso de repetírselo, año tras año, a mi mujer y a mi hijo...

Tranquilizado por el sentido de la hospitalidad de aquella familia campechana y fraternal, decidí confiarles parte del contenido de mi macuto.

–Pues no faltaba más –respondió a mi petición la señora oriunda de Piedrahita, mientras me quitaba de las manos el vaso de café con leche, apurado ya hasta la última gota–. Venga usted con nosotros.

La tienda de campaña era amplia y familiar. Sus ocupantes

la habían instalado al pie mismo de los álamos, sobre una pequeña explanada atravesada por una corriente de aire nuevo y refrescante.

Vacíé mi morral en un rincón de la tienda, incluido el saco de dormir. A continuación regresé al Puente del Congosto: mi intención era hacer unas cuantas compras y regresar a la Aceña con provisiones suficientes para permanecer dos o tres días, sólo, junto al río.

Para pasar la noche, había escogido el pie de una encina que extendía su sombra protectora en dirección de las aguas del Tormes. En torno al árbol había un amontonamiento de piedras que parecían haber sido dispuestas allí por una mano amiga. Sobre su superficie dura y reseca fui derramando poco a poco el contenido de la mochila. Pocos metros más abajo, encerrado en su caudal, el río derivaba entre márgenes arenosas, tapizadas a trechos de gruesos cantos blancos, erizadas de matas amarillas y de hierbas salvajes abrasadas por el estío. En amonte del río, a unas decenas de metros de mi pequeño observatorio, ocultado a la vista por altas paredes de piedra berroqueña, rodeado por la bruma del pasado, empapado con todos mis sueños, dormía el Charco del Candil...

Lo primero que hice al llegar a aquel paraje, fue escalar las rocas que bordeaban el Charco y asomarme a sus aguas... Quizás esperase de ellas una señal, un pequeño temblor, o el sonido de una voz amiga brotada de lo más hondo del

cauce, llamándome por mi nombre o señalándome que había sido reconocido.

Cuando el sol empezó a declinar, saqué las provisiones del macuto y me dispuse a hacer una cena esencial: pan de hogaza, chorizo, queso y unos cuantos sorbos de agua de la cantimplora. (Debía economizar su contenido hasta dar con el paradero del manantial que brotaba entre la vereda y el río, a unos pocos tiros de piedra del Charco del Candil).

La luz retrocedió... Comía lentamente. Mientras contemplaba inmóvil, sentado al pie de mi encina, el lento fluir del río, masticaba concienzudamente pequeños trozos de chorizo o de queso y rebanadas de pan que había cortado cuidadosamente con la navaja. Tenía la sensación extraña de que el tiempo se abolía, de que se desintegraba lentamente. Soñaba despierto e intentaba llenar mi silencio interior con las imágenes acumuladas a lo largo del día. Los recuerdos de esta jornada invadieron atropelladamente mi pequeña atalaya y nublaron, hasta hacerlo irreconocible, el espectáculo que tenía ante los ojos: de esta forma reviví la llegada a la Aceña, la aparición siniestra de los perros, la acogida calurosa de los desconocidos de la tienda y finalmente, el primer baño en el Charco del Candil y la visión de los últimos pescadores que regresaban al Puente a la caída de la tarde.

Cada vez eran más numerosos los peces que saltaban fuera del cauce intentando atrapar los mosquitos al filo del agua. Precediendo la noche, se levantó un viento ligero que rizó la

superficie del agua y humilló, hasta hacerlas rozar la arena, las hierbas más livianas de la orilla.

Sin mediar aviso, se inició el concierto de los grillos. Su canto fue aumentando en intensidad, haciéndose atronador, hasta invadir completamente el ancho espacio que me rodeaba. Me apresté a vivir las últimas horas del día tumbado sobre la arena. Enfundado en el saco de dormir, escuché con los ojos abiertos la tibia y secreta respiración de la naturaleza. Sobre mi cabeza se desplegaba lentamente un gran abanico nocturno tachonado de pequeños ojos –las estrellas– que brillaban y parpadeaban en la oscuridad.

Consulté mi reloj: la esfera luminosa señalaba las diez y media. Tardaba aún en hacerse de noche cerrada, como si la luz se resistiese a abandonar aquel lugar, como si se negase a aceptar serenamente su muerte cotidiana. Los ruidos nocturnos –y eran cientos, quizás miles– me envolvían con su manto sonoro, rompían a mis pies, penetraban por mis oídos, traspasaban los poros de mi cuerpo y de mi piel como otras tantas ventanas abiertas al infinito. Sonó el tintineo de las esquilas de un rebaño de ovejas que parecía acercarse lentamente a la encina... Cuchicheos de las aguas del río... Juncos y hierbas quebradizas, que al menor soplo de aire crujían sonoramente, proyectando sobre mi cabeza una amenaza desconocida.

Nunca me había sentido como en aquel instante tan vivo, tan atento a la realidad de las cosas –cielo, río, agua, árboles, estrellas– y a su íntimo y remoto latido. Tumbado sobre la arena, solitario y desnudo, descubrí de pronto –cegasora evidencia– lo frágil y vulnerable que me había vuelto. Estaba sólo, sólo en manos del agua, del viento y de la noche, que había empezado a invadir el cielo y a anegarlo como una marea oscura, amenazadora.

Desde la pequeña playa de arena en la que estaba tumbado, embutido en mi saco de dormir, volví la vista hacia las ramas de la encina que me había servido de cobijo: habían perdido el aspecto familiar que tenían a la luz del día. Las vi estirarse de repente hacia mí, como si quisieran rozarme con sus dedos nocturnos... En el cielo, abierto como un mapa-mundi gigantesco, podía distinguir miles, millones de estrellas, que me hacían guiños cómplices, que se burlaban de mí, como advirtiéndome que no encontraría lo que buscaba, que –una y otra vez– me vería obligado a recorrer nuevos y desconocidos caminos.

Sobre mi cabeza pasó un ave extraña, de alas recortadas. Su vuelo producía un ruido satinado, estremecedor. Le seguían, a poca distancia, cuatro pajarracos negros: Todos desaparecieron por detrás de los árboles de la orilla opuesta, como si la noche se los hubiese tragado.

Empecé a dudar de si estaba despierto o si vivía una pesa-

dilla. Me sentía cada vez más débil, más indefenso. Era incapaz de ponerme en pie, de recobrar mi estatura. No lograba quitarme de encima, por más que lo intentaba, ese cielo que me aplastaba el pecho, esas estrellas que me abrasaban los ojos, esos pájaros cuyo vuelo me llenaba de pavor.

Opté entonces por cerrar los ojos: al instante el universo giró lentamente sobre sí mismo, y después de inclinarse sobre sus goznes desapareció en una gigantesca trampa... Como cuando era niño. Como cuando era niño me tapé la cabeza con el saco de dormir e inmediatamente me sentí feliz, inmune y protegido. No existe mejor remedio que éste, pensé, para defenderse de lo que no tiene nombre, para escapar a las fuerzas abismales, a los signos incomprensibles que desde nuestra más remota infancia persiguen la destrucción del hombre.

Cuando me desperté eran las nueve de la mañana. A mi alrededor el aire tenía un olor nuevo, virginal. A pocos pasos de la playa diminuta sobre la que había pasado la noche, el río fluía tranquilo, se desperezaba, parecía estirar lentamente sus músculos. Milagro del sol, que empezaba a calentar las piedras redondas de la orilla. A mis espaldas, la encina había recobrado su apariencia primitiva y parecía volver a buscar dueño, libre ya de los sortilegios de la noche.

De repente, me sentí atravesado por el frío de la arena sobre la que había dormido como un recién nacido o una estatua yacente encallada en un recodo del río. Al salir del saco

de dormir descubrí, al pie mismo de la mata de hierbas que protegía mi cabeza, un reguero de bolitas negras. Parecían cagadas de conejo. De nuevo, como un venablo surgido del fondo del pasado, la imagen de la liebre traspasó mi mente. ¿Se trataba de una pesadilla, o había recibido, efectivamente, su visita? En aquel mismo instante tomé conciencia de un sueño que me había perseguido durante toda la noche: mientras dormía, un niño –quizás fuese yo mismo o, más bien, una criatura misteriosa brotada del agua y las tinieblas– saltaba, una y otra vez, por encima de mi cuerpo. Por más que lo intentaba, no lograba incorporarme para rozarla con los dedos o espantar su imagen.

Tumbado al sol sobre mi saco, no acertaba a desentrañar el sentido de aquella pesadilla. Mejor volver al mundo sensible, concreto, que me rodeaba en aquel instante. Regresé a la encina y desayuné sentado sobre una roca con una tableta de chocolate y dos bollos. Después de sacudir la cantimplora para comprobar el nivel del agua, bebí con morosidad, dejando que cada una de las gotas se deslizase por mi garganta e impregnase mi cuerpo y mi paladar.

Concluido el desayuno, saqué del macuto una pastilla de jabón y una toalla y me encaminé hacia el Charco del Candil. (Arrugado, pegado a la arena, el saco de dormir conservaba una apariencia de cuerpo extinguido, libre ya de sus secretos y de sus miedos nocturnos).

Pasado el Charco, descubrí una pequeña torrentera en la

que me sumergí desnudo, con el río a media cintura. Agua finísima, casi sedosa, envolviéndome el cuerpo y acariciándolo como lo hubiera hecho una mano femenina. Abluciones. Río Tormes: Ganges más puro, menos turbio. Sin putrefacción, sin cadáveres ardiendo en piras o flotando sobre sus aguas hediondas... ¿Por cuánto tiempo, pensé? Froté concienzudamente mi piel, como si desease desprenderme de una corteza vieja, ya inservible, y me hundí de repente en el agua... Aureola de espuma, extendida a mi alrededor, que se iba agrandando y que acabó por desaparecer, tragada por el río. Lentamente, saltando ágilmente de roca en roca, regresé a mi encina, limpio, impoluto, cargado con todos los olores y todas las savias del río.

Frente a mi encina pasó un pescador que regresaba a la Aceña, a pesar de lo temprano de la hora. Cuando me dirigí a él, me sentí sorprendido por el sonido de mi propia voz:

–¡Qué! –le pregunté después de desearle los buenos días–. ¿Pican los peces esta mañana?

–Nada –contestó el pescador dando un manotazo al aire–. Ni que se venga temprano, ni que se venga tarde. Estos cabrones no quieren morder. Y eso que los he visto buenos –añadió, casi sentimental–.

El día transcurrió lentamente entre baños y siestas improvisadas. El tiempo se dilataba... Oía voces de niños que me traía el viento como un regalo inesperado. Me entretuve

persiguiendo sañudamente a las hormigas que intentaban invadir el saco de provisiones. Más tarde apedré a una serpiente de río que se había arriesgado a sacar la cabeza del agua. Por último, intenté recordar que es lo que me había traído a aquel lugar.

Empezaba a familiarizarme con la vibración, con los olores y la respiración del río. Ya no me sorprendía la fisionomía de los pescadores que permanecían encaramados sobre las peñas, viendo derivar al filo del agua las veletas de sus cañas... (A riesgo de mineralizarse, de convertirse en otras tantas estatuas graníticas).

Por la tarde uno de aquellos pescadores –cuando se acercó a mí reconocí al ocupante de la tienda de campaña– me invitó a merendar en compañía de su familia una fuente de pescados fritos. Eran deliciosos. Cada uno de los bocados que di en su carne, me trajo recuerdos de la pesca milagrosa de mi infancia y del olor a vinagre y a escabeche que durante varios días flotó en casa de los abuelos.

Mientras regresaba a la encina se levantó un viento fresco y zumbón que se enredó en las ramas de los árboles que rodeaban la Aceña y pasó por sus hojas murmurando confidencias. El aire se volvía cada vez más transparente. Empezaba a oscurecer.

Metido hasta la frente en el saco de dormir, esperé la noche con serenidad, sin falsos temores. Había decidido

pactar mi sueño con las sombras. En aquella hora crepuscular, sería simplemente un niño solitario, un niño dispuesto a cerrar los ojos antes de que el sueño lo venciese, sin intentar siquiera comprender los misterios de la noche.

Al día siguiente, el sol calentaba con fuerza. Aguzando el oído, pude distinguir el ruido de la torrentera que, al otro lado del Charco, proseguía sin desmayo su canción eterna. Frente a mí el agua, inmóvil, parecía una lámina de metal bruñida por la luz intensa del día.

Creyendo ser víctima de una alucinación, me froté varias veces los ojos. Acababa de distinguir la silueta de una muchacha morena, que empuñaba una caña de pescar encaramada sobre una de las rocas que dominaban el Charco del Candil. Tenía la mirada puesta en el corcho de la veleta, que derivaba lentamente hacia el tramo del río en el que yo me hallaba.

Observé que por encima del traje de baño llevaba una camisa caqui, de corte militar, con una inscripción que deletreé con dificultad: *Baseball-Milwaukee...* Ciertamente, la moza poseía unos muslos robustos y unas caderas bien dibujadas.

Durante unos minutos mi fe –temporal– en las virtudes del ascetismo y la vida contemplativa, se tambaleó sobre sus cimientos.

Nuevo Simón del Desierto, me dispuse a abandonar mi

columna vegetal para comprobar, de cerca, si se trataba de una muchacha de humo o de una criatura de carne y hueso.

Precisamente, tenía intención de encaminarme a la torrentera para realizar mis abluciones matinales. Aprovecharía esta oportunidad y le preguntaría a la muchacha qué era lo que le había traído, tan de mañana, al Charco del Candil... Inicié la ascensión de la peña y al llegar a su altura le lancé un aséptico y universal:

–¿Qué, pican los peces?

Deseaba, sobre todo, ver su rostro. Cuando se volvió hacia mí, descubrí que era casi una niña. Tenía un rostro vulgar. A pesar de ello, sus ancas poderosas me produjeron una turbación evidente. El diálogo con la muchacha quedó reducido a un simple intercambio de sílabas carentes de sentido.

–No. No pican– se limitó a contestarme.

Mi pelo revuelto y mi barba de varios días, lo inesperado de mi aparición –había surgido del fondo de una mata de juncos, como un fauno semiacuático– debían darme un aspecto poco tranquilizador. Tanto es así que a los pocos minutos, cuando ya estaba metido en el río hasta media cintura, chapoteando en el agua clara de la torrentera y apagando en su corriente fresca el pequeño incendio provocado por aquella aparición, vi a la muchacha recortarse en lo alto de una roca y desaparecer al instante tras ella.

Por la tarde, después de una corta siesta, me despedí de la encina. Después de abandonar a las hormigas y a las alimañas media hogaza de pan y algún sobrante de comida, me asomé durante unos instantes, los últimos, a las aguas profundas del Charco del Candil. La idea de su perennidad, de su permanencia en medio de aquel paisaje, me produjo una sensación de alivio, de seguridad. Recordé el verso de José Hierro...

“cuando ya no sintamos, cuando ya no seamos, tú seguirás viviendo...”.

Al pasar por la Aceña, me acerqué a saludar por última vez al metalúrgico y a su familia. Insistieron en que tomase café con ellos... (“¿Por qué no vino usted esta mañana? Podía haber desayunado con nosotros”).

Eran las siete de la tarde y el calor empezaba a ceder en intensidad. En vez de tomar café, preferí echar un trago de agua fresca de uno de los botijos puestos a refrescar al pie de los álamos. Me llevaba de estos desconocidos un recuerdo hermoso y elemental. Hay palabras que son difíciles de pronunciar... ¿Decirles que no olvidaría jamás su acogida?; menos aún el vaso de café con leche con que me obsequiaron cuando intentaba atravesar la Aceña; ni tampoco el sabor de los peces del Tormes, fritos a la sombra de los álamos verdes de mi infancia? Mejor sustraerse a aquella sensación dolorosa de que, una vez más, me alejaba de los seres y de las cosas en el instante mismo en que

empezaba a establecerse entre nosotros una íntima y cálida trabazón.

Mejor iniciar cuanto antes la última etapa de mi viaje, recorrer los cuatro o cinco kilómetros que me separaban del pueblo de mi padre, descubrir lo que me esperaba al final de aquel extraño y difícil viaje al fondo de mí mismo.

XXI. CANELA SE LLAMABA

Intenté empujar una de las dos hojas del portalón, pero a pesar de mis esfuerzos la puerta no cedió. A continuación la aporreé varias veces con los puños, pero nadie respondió a mi llamada.

Me paseé por delante de la casa de los abuelos después de haber depositado el macuto sobre el poyo de piedra. A lo lejos vi cómo dos mujeres atravesaban la calle. Me limité a contemplarlas inmóvil, sin atreverme a ir a su encuentro. Me parecía estar viviendo una escena irreal. Una vez más, la misma idea me taladró las sienes: ¿qué buscaba yo en aquel pueblo? ¿Para qué aquel largo viaje solitario? ¿Y qué clase de prodigio esperaba que se produjese? Tenía frente a mí la casa del tío Mateo, los tejares que un día sufrieron los chinarrazos de mi padre. Al final de la calle, empinándose por encima de un grupo de casas humildes, borrosas a fuerza de

quererse confundir con la tierra, aparecía la torre de la iglesia y el campanario, coronado por un nido de cigüeñas, vacío y solitario.

El sol había empezado a declinar. Poco a poco se iban apagando los últimos fuegos que a esas horas suelen incendiar los canchales, las lomas y los trigales. Pasó a mi lado un habitante del pueblo, un anciano que caminaba lentamente, con la cabeza gacha, en dirección de la fuente. Iba cargado con dos cubos de plástico, de los cuales uno llevaba enrollada en el asa una cuerda que, probablemente, le serviría para acarrear el agua. Me dirigí a él:

–Por favor... –Y mi mano apuntó al caserón de los abuelos–. ¿Sabe usted si vive alguien aquí?

–Hasta ayer mismo la casa estaba habitada, –me contestó el anciano mirándome de arriba a abajo–. Tengo oído que a tía Clara se la tuvieron que llevar sus hijos en coche porque le dio un infarto. No sé si queda otra de las hermanas...

Depositó sus cubos en el suelo y me examinó atentamente con sus ojos pequeños y penetrantes.

–¿Tiene usted algo que ver con la familia?

–Sí –le contesté–. Soy sobrino de tía Clara e hijo de uno de sus hermanos...

–¿De cuál de ellos?

No me quedaba más remedio que satisfacer la curiosidad de aquel hombre, que pese a su aparente amabilidad no me inspiraba demasiada confianza: aunque no tenía aspecto de campesino, parecía estar al corriente de los avatares de mi familia.

–Soy hijo de David...

–¡Hombre! –y me estrechó efusivamente las manos–. Yo conocí mucho a su padre. Era mayor que yo. Cinco o seis años. Un hombre muy inteligente –prosiguió–. Lástima que muriese tan joven. Hubiese visto realizadas muchas de las cosas por las que él luchó. Pero se equivocó de bando. De no ser así, podría haber llegado lejos. Y a estas horas estaría aún vivo.

Me resultaba desagradable aquel viejo y su cínica filosofía. Lo escuché en silencio y por fin me arriesgué a preguntarle:

–¿Y usted, reside en el pueblo?

–No. Hace muchos años que vivo en Madrid. Soy guarda nocturno en un edificio del barrio Salamanca. Estoy a punto de jubilarme.

Le vi coger los dos cubos. Antes de echar a andar, el anciano lanzó una última recomendación:

–Lo mejor que puede hacer es buscar a su tía Feli, que se

ha quedado sola en casa de los abuelos. Pregunte por su paradero a cualquier niña. Estará probablemente con los sobrinos que vinieron al pueblo a pasar las vacaciones.

Al poco rato de haber enviado a una niña a avisarla, llegó tía Feli con la barbilla temblándole como un pequeño flan. Me pasó la mano por el rostro como cuando tenía diez años y se alzó sobre sus zapatillas de fieltro para depositar un beso en uno de mis carrillos. Acto seguido, sin que hubiera mediado palabra alguna entre nosotros, extrajo una llave de su sayo y se dispuso a abrir de par en par la puerta de la casa.

Deposité el macuto sobre la tierra apisonada del zaguán. Como si acabase de abandonarlas, reconocí todas y cada una de las dependencias de la casa. Las habitaciones, espaciosas, sumidas en la oscuridad; el zaguán, fresco y familiar (en él dormían arrebujados en sus mantas los caminantes de paso, los buhoneros, los tratantes gallegos que venían al pueblo a vender sus caballerías); la cocina amplia y sin límites. Abrí lentamente la puerta que daba al zaguán, como si tras ella fuese a descubrir la silueta de mi abuela en trance de arrimar el puchero a la lumbre o la del abuelo, silencioso y grave, sentado en un banco de madera frente a la chimenea. Recordaba que de todas las habitaciones de la casa, la cocina era la más tibia y la más humana. Hoy, se hallaba desierta. El horno de cocer el pan había desaparecido: rastreeé la pared, paseando inútilmente las yemas de los dedos por la aspereza del muro. (De aquel horno salían las hogazas, los panes con

huevo y chorizo, las roscas untadas con miel, coronas doradas dignas de ceñir la frente de un rey). Frente a mí, la chimenea y el hogar, sin fuego ni brasas. Los muros, apagados. El banco, desamparado. Sobre el vasar, destacaba –humilde y olvidado– un plato de sopas de leche. Hacía siglos que allí no se cantaba, ni se comía, que no se lloraba ni se bebía.

Salí al zaguán y empujé la puerta de la cuadra: estaba vacía, repleta de telarañas y de sombras. Detrás de la casa se abría el corral (rumores de hacha partiendo la madera, olores de cascajos, tomillos y cortezas viejas), silencioso e inútil. Penetré de nuevo en la casa y, por primera vez oí gemir y respirar las traviesas (Por encima de mi cabeza de niño, se halla el sobrado repleto de viejos aperos de labranza, de montones de garbanzos, de vainas crujientes y secas derramadas por el suelo, de sonrosadas patatas del Cervero, de pequeñas gavillas de trigo recogidas por mis primos y mis tías quebrando el cuerpo y espigando palmo a palmo los duros rastrojos). Observé que la escalera de madera por la que se subía al sobrado había sido reemplazada por otra de hierro. En los muros blancos del zaguán apenas si quedaban huellas de los clavos en los que se colgaban las piezas de caza cobradas por el abuelo y por los tíos. (También había desaparecido de la fachada de piedra de la casa el reclamo, una hembra de perdiz roja, pechugona, de cabeza diminuta, como dibujada a cincel, que picoteaba sin descanso los barrotes de su jaula).

Tía Feli, la única soltera de una familia de nueve hermanos,

se había convertido en una viejecita arrugada y temblorosa que aparentaba más edad de la que en realidad tenía. Sentada en el banco de madera del zaguán, esperaba pacientemente a que yo terminase de zambullirme en mis recuerdos de infancia. Cuando me acerqué por fin a ella me contó, con lágrimas en los ojos, que la aterraba dormir sola en aquel caserón inhóspito y destartalado. Tío José María, que había regresado al pueblo a pasar unos días de vacaciones con dos de sus hijos, había dicho que no dormiría una segunda noche en su compañía. Estaba disgustado, comentaba la desgraciada, porque con su llanto y sus quejidos, no le había dejado dormir hasta que empezó a hacerse de día. La vida de tía Feli, tras muchos años de partir leña en el corral, de bajar a por patatas al Cervero y al Huerto Largo, de afanarse por poner el puchero en el fuego y tener la comida a punto para los demás, llegaba ya a su término. Sobrevivía gracias al apoyo caritativo de una vecina y a una pequeña pensión que cubría sus necesidades más escuetas.

–¿Tía, sabes dónde está José María?

Después de haber agotado su retahíla de quejas, tía Feli empezó a sollozar ante mí, desnuda, como una niña, presintiendo tal vez su fin próximo, su muerte rodeada de brumas y abandono.

–Quiero que el médico del Puente me ponga unas inyecciones para quitarme este dolor de piernas. Pero nadie le llama– se quejó con voz doliente...

–Yo hablaré de esto con tío José María –le prometí–. Pero dime, tía, ¿dónde puedo encontrarle? Me gustaría tanto hablar con él...

–Quizás haya ido a ver a tu prima Nico– contestó penduleando la cabeza.

(Recordaba a mi prima de niña, saltando a la comba descalza, en mitad del polvo, con sus ojos negros vivísimos, abiertos al mundo de par en par.

Nico... Verla, poco después de haber abandonado a tía Feli, convertida en una mujer madura, de gestos enérgicos –idéntica llama en la mirada– enluciendo de yeso el interior de un viejo chamizo de piedra, era algo así como dar un salto mortal por encima del abismo, nuestras vidas, a riesgo de estrellarse en el vacío).

La abracé con verdadero afecto. Después de presentarme a su marido, me contó que aquel mismo día se había enfrentado con el antiguo alcalde, que no quería dejarles abrir una ventana en la casa que compraron recientemente en el pueblo.

–Oiga –le dije a ese tipo–. Ustedes ya no tienen ni voz ni voto. ¿O es que se cree que van a mangonear siempre los mismos?

Cuando le pregunté por el paradero de mí tío...

–¿José María? Para en casa de la familia de su mujer. ¿Sabes que se quedó viudo hace dos años? Ven que te indique la casa desde aquí.

Con el brazo tendido, la prima Nico me señaló el otro extremo del pueblo. Me despedí de ella y de su marido. Siguiendo sus indicaciones, atravesé la plaza y después de rodear la iglesia caminé a lo largo de una callejuela atravesada en su extremo por el cauce de un riachuelo seco (recordé a los cerdos, gruñendo de satisfacción, mientras se revolcaban en el lodo de la pequeña hondonada).

Apretando el paso, subí por una calle empinada, sorteando las rocas puntiagudas que asomaban en mitad de la calzada, como viejas osamentas hundidas en el polvo. La casa de tío José María era la última del pueblo. (“¿Te acuerdas, me había dicho Nico, de cuando ibas a trillar con nosotros? Allí está la casa, a dos pasos de las eras”).

Se habían encendido algunas luces en el pueblo. Para cerciorarme de que iba por buen camino, le pregunté a una niña que jugaba con una muñeca de trapo sentada en el porche de su casa:

–¿Podrías decirme dónde está la casa de tío José María?

–Allí mismo– contestó la niña, señalándome con el dedo el último edificio del pueblo.

Me dirigí lentamente hacia el final de la calle, con el corazón encogido, sintiendo pulsar mi sangre y gotear los recuerdos como una lluvia de verano cálida y espesa. Antes de detenerme, eché un último vistazo a las montañas que azuleaban en el horizonte, a punto de ser tragadas por la noche. A mis espaldas, las eras –rebosantes de mies– dormían ya con un sueño tranquilo y reposado.

Empujé el portalón de la calle y penetré en un corral espacioso. La casa se escondía en el fondo del patio, al resguardo de la sombra viva y protectora de una parra. Sentado en un banquillo de madera, junto a la puerta de entrada, José María tomaba el fresco en compañía de su hijo y de la mujer de éste.

Reconocí enseguida a mi tío, a pesar del tiempo transcurrido desde que le vi matar a la liebre con su vieja escopeta de cazador furtivo. Iba vestido de una forma extraña: gorra de lona blanca, pantalón azul de verano y camisa de manga corta, abierta sobre el pecho. (En aquellos años se cubría la cabeza con una boina en punta, calada sobre los ojos y vestía con un chaleco abierto, una camisa sin cuello archirremendada y un pantalón de pana que, de puro recio, daba la impresión de estar hecho de una materia incombustible). A pesar de esta indumentaria (tío José María residía desde hace años en un pueblo de la sierra próximo a Madrid, con una de sus hijas), su rostro moreno, curtido, su mirada profunda y ausente no habían cambiado. Como buen castellano viejo era un hombre parco en gestos y en

palabras. Me abrazó con efusión contenida, apretándome entre sus brazos, pero a continuación se sentó de nuevo en el banquillo y no tardó en volver a su silencio, a su mutismo y a su noche.

Mientras yo discutía con mis primas, no dejaba de observar a mi tío de reajo. Sus gestos eran ágiles –le había visto agacharse para recoger el juguete de una de sus nietas– pese a haber cumplido los setenta años, pero cuando hablaba le temblaban ligeramente la barbilla y las manos. Le miré fijamente... Me di cuenta entonces de que estaba persiguiendo en la fisonomía de mi tío las facciones de mi padre, quizás las mías propias. ¿Qué rostro hubiese tenido mi padre a la edad de su hermano? ¿Y qué significaba aquel silencio? ¿La espera sosegada de la muerte o la amarga conciencia de lo que ya nunca podrá ser?

Durante mi estancia en el pueblo, le observé atenta y cuidadosamente. Cuando no estaba echando la partida en la taberna, se pasaba las horas muertas en el banquillo, mirando al suelo. Fumaba sin parar a pesar de su bronquitis crónica. De vez en cuando se levantaba, iba a la nevera, sacaba una botella de vino blanco y después de llenar un vaso hasta la mitad, lo apuraba y volvía a sentarse.

Me acerqué a él e intenté entablar conversación:

–¿Te acuerdas, tío –le pregunté– de aquella liebre que mataste junto al huerto del Cervero cuando yo era niño?

Saltó una cerca con las dos patas delanteras rotas y tuvistéis que rematarla con un segundo disparo. (Un sentimiento extraño de pudor me impedía hacer alusión a las crías devoradas por los perros).

Pareció salir de su ensimismamiento. Después de sacudir la ceniza de un cigarro medio apagado, me contestó moviendo temblorosamente la cabeza.

–Claro que me acuerdo. Eras muy chico...

Por primera vez desde mi llegada, vi pasar por sus ojos una expresión de afecto que me conmovió profundamente. Era como una llama repentina, una brasa fugaz que avivó su rostro, dándole una expresión que no le había visto hasta entonces.

Logré de nuevo atraer su atención evocando la figura de algunos viejos personajes del pueblo; entre ellos, la del tío Patita, dulzainero y músico de profesión, animador de fiestas, bautizos y casamientos; o la del tío Trebolín, pastor de ovejas, que a sus ochenta años –cuando lo conocí de niño– confesaba no haber usado en su vida más que un sólo y único pantalón de pana, adquirido el día en que contrajo matrimonio.

Antes de cenar nos dimos una vuelta por la taberna del pueblo. Era una sala espaciosa, de paredes desnudas. En un rincón, dos parejas de jugadores de cartas se hacían frente

en silencio. De vez en cuando golpeaban la mesa en la que se hallaban sentados con golpes secos y duros. Frente al mostrador, varios hombres discutían en voz alta y hacían girar la rueda del tiempo, lentamente, ante un vaso de tinto.

Después de haberse acercado a saludar a los jugadores, José María hincó un codo en el mostrador y me señaló, con un gesto malicioso, a un campesino de orejas despegadas, que hablaba a voces mientras se echaba al colete grandes vasos de vino con limón.

–¿A qué no sabes quién es ése?–

–Pues no, tío. No creo recordarle.

–Es el Bicho– aclaró. Y a continuación sonrió socarronamente.

–Su nombre no me dice nada–

–¿No hablabas al instante del tío Trebolín? Pues es es su nieto. ¿Y quieres saber por qué le pusieron el mote?: el mismo día en que murió su difunto abuelo, con más de noventa años, comentó aquí mismo en la taberna: “Ya era hora. Por fin se murió el bicho...”.

Mi tío se había vuelto más comunicativo. Probablemente a causa del vino que habíamos ingerido. El vino, que empezaba a calentarnos las venas y los cascos, que abría poco a poco el cauce –hasta entonces cegado– por el que suelen fluir las

palabras; el vino, que nos vuelve a todos porosos y humanos, que hace que nos olvidemos de nuestra soledad y nuestra desnudez... Aproveché esta corta y tibia corriente de palabras para volver al tema de la caza. (En casa, todos los varones –a excepción quizás de Cayo– eran grandes cazadores. En los años sombríos de la post-guerra, la familia no hubiese logrado sobrevivir sin el horno de pan y el producto de la caza: las palomas torcaces, las liebres, los conejos, las perdices, todas las piezas cobradas en los trigales, encinares, sementeras y pastizales, junto a los arroyuelos y a las charcas, no se destinaban al consumo de la casa, sino al de la gente más pudiente del pueblo. Con el producto de su venta se compraban los artículos de primera necesidad: aceite, vinagre, azúcar, sal, tocino, etc.).

–Tío –le pregunté–, ¿no has vuelto a cazar desde que te fuiste del pueblo?

Tío José María agachó la cabeza. Sin querer, con mi pregunta, había debido remover una antigua herida, calar en lo hondo, allí donde el hombre esconde sus penas más íntimas.

–Ay, muchacho... –y su mano batió el aire–. Hace veinte años que la Guardia Civil me quitó la escopeta. Hasta llegaron a procesarme. Ese mismo año me marché del pueblo. De todas formas –por primera vez noté en su voz algo así como un temblor de rabia– los pobres ya no tenemos derecho a cazar. Casi todas las tierras del pueblo están acota-

das. Para que cuatro señoritacos de Salamanca vengan a disfrutarlas.

Medió entre nosotros un silencio doloroso que no me atreví a romper.

–Tío... ¿Cómo se llamaba la perra de caza que tenías cuando yo era niño?

Se produce de nuevo el deshielo. La corteza del rostro se resquebraja. José María sonrío moviendo la cabeza de un lado para otro sonrío y comenta:

–No había otro perro como aquel para rastrear los conejos. Se metía gazapeando en el tomillar y no paraba hasta que sacaba al animal del monte. Canela se llamaba.

Después de haber cenado en compañía de mi tío y de mis primos, regresé a la casa de los abuelos. Tía Feli parecía feliz de estar conmigo. Los dos pasamos una noche tranquila, sin sobresaltos.

XXII. ESPERANDO A QUE AMANEZCA

Al día siguiente me desperté tarde. Alguien, desde la calle, trataba de arrancarme a mi sueño aporreando la puerta: era mi primo Leo que venía a buscarme. En el zaguán, mientras me lavaba en la palangana de porcelana colocada sobre el viejo banco de madera (curiosa sensación la de aquella agua que se deslizaba entre los dedos sin fluir previamente de un grifo), tuve la impresión de no haberme sentido nunca, como en aquel instante, tan nuevo, tan ligero.

Mi primo pasaba de los treinta años. Era un muchacho moreno, de mediana estatura y complexión fuerte... Barbilla puntiaguda, como la de toda la familia. Trabajaba de cerrajero en un taller de Campamento y de vez en cuando hacía alguna que otra chapuza por su cuenta. Residía en Carabanchel, en un piso de su propiedad y se desplazaba en un coche de marca Simca. Estaba casado y era padre de tres

preciosas niñas. Cuando se marchó a Madrid a los dieciséis años, aprendió el oficio en el taller de tío Julián. Un día Julián le reprochó que, siendo de la familia, no vigilase con más atención e interés el trabajo de los demás obreros. A la mañana siguiente le pidió la cuenta: él era un obrero más, no un capataz. “El taller te pertenece a tí” –le dijo a su tío–. “Vigila tú a tus obreros, si quieres... No volveré a repetir esta experiencia por nada del mundo, me comentó. Mejor trabajar para un patrón que para la familia”. Poco después entró en el taller de Campamento. En fin de cuentas Leo parecía un muchacho decidido, una persona a la que no le asustaba ni la dureza de la vida ni las sorpresas que ésta suele deparar.

Mientras me afeitaba, le pregunté a mi primo que me explicase los motivos que le habían impulsado a abandonar el campo (también mi padre emigró a Madrid siendo, como él, un adolescente y fue a parar a casa de unos primos que poseían una lechería en la calle Padilla).

–Oye –me propuso Leo cuando terminé de asearme– ¿Por qué no vienes a casa? Allí podremos seguir hablando mientras desayunas.

Cerramos el portalón –tía Feli había desaparecido entre tanto– y después de depositar las llaves en casa de la vecina, atravesamos el pueblo en dirección de las eras. Al llegar a casa de Leo eran más de las diez de la mañana. El sol empezaba a caldear el ambiente. Tío José María estaba sentado

debajo de la parra, en su rincón habitual, sacudiendo la ceniza de su cigarrillo y mirando con aire taciturno la punta de sus alpargatas.

En un rincón del patio las niñas de mi primo se entretenían pintarrajeando un cuaderno con una caja de rotuladores que les había regalado el día anterior. La mayor de las tres, una niña de cuatro o cinco años, pizpireta, morena de tez, dueña de unos ojos negros, brillantes y profundísimos, se dirigió con su lengua de trapo a la hermana pequeña que embadurnaba de rojo un dibujo que representaba a un caballito tirando de un carro:

–¡Niña! ¿Tú no sabes que los caballitos rojos no existen?

–¿Quién te ha dicho a ti eso? –comentó su padre–. Cuando yo era pequeño teníamos en la cuadra de esta casa un caballo rojo.

Leo se volvió entonces hacia mí para contarme una historia que mereció toda mi atención:

–Nunca he olvidado aquel caballo, quizás porque era un animal de lo más atravesado. En casa nadie hacía carrera de él. Tendría yo unos catorce años, recién cumplidos, cuando un día en que iba a segar, montado a pelo, se me encabritó. En una de sus tarascadas pisó un canto, con tan mala fortuna que lo recibí en la sien y caí redondo al suelo. Recuerdo que tardé varios minutos en recobrar los sentidos.

Cuando me llevé la mano a la cabeza sentí que tenía una brecha abierta en el cuero cabelludo por la que manaba sangre. No podía volver al pueblo. Temía que mi padre me echase una regañina o me diese un buen zurriagazo por no haber sabido dominar al caballo. Así es que preferí curarme yo sólo en un manantial. Estuve segando durante todo el día con la cabeza abierta. Pero antes de ponerme a trabajar junto a mi padre, descargué toda mi rabia sobre el caballo: lo até corto a un árbol y le apreté la soga al cuello, con todas las fuerzas de que era capaz. A poco si lo asfixio.

Entramos los dos en la cocina. La mujer de Leo se acercó al fogón y volvió al poco rato con un tazón humeante de café con leche. Bebí un sorbo y me dispuse a seguir escuchando el relato de mi primo...

–En nuestra cuadra había dos caballos; uno rojo y otro de pelaje negro, que tenía de manso todo lo que el rojo tenía de arisco y de rebelde. Cuando había que preparar una carga o intentábamos ponerle los aparejos, el maldito animal no paraba de cocear y de revolverse contra nosotros para intentar mordernos. Con uno sólo de aquellos mordiscos, podía habernos desgraciado un brazo o una mano. Hasta que mi padre, harto de ver que el animal se resistía a entrar en vereda, decidió cambiar de método. Cada vez que se arrimaba a él para ponerle la cincha o el bocado, se metía una estaca bajo el brazo. El rojo volvía la cabeza e intentaba morderlo: entonces mi padre sacaba la estaca y le golpeaba una y otra vez en el hocico, hasta que el caballo chorreaba

sangre y se humillaba. No hubo más remedio... Al final, a fuerza de recibir castigo tras castigo, el rojo acabó volviéndose tan suave y tan manso como el negro.

Leo se interrumpió y miró a sus tres hijas. (Se habían reunido con nosotros en la cocina y seguían pintarrajeando el cuaderno sobre un rincón del hule de la mesa, ajenas a lo que el padre estaba contando).

–Estas no saben lo que es pasar fatigas –prosiguió–. Por suerte para ellas. En aquel tiempo la vida de un niño no variaba mucho de la de sus padres. O si acaso, era más dura. No le quedaba más remedio que obedecer a todo. Se tenía muy poco en cuenta sus necesidades; si tenía frío o si tenía calor; si estaba contento o si estaba triste.

“Con seis años mi padre me llevaba de amanecida a las eras y me dejaba sobre una trilla, dando vueltas y más vueltas, azuzando a las mulas, hasta la caída de la tarde. En verano dormíamos los dos envueltos en mantas al pie de la mies, para evitar que nos la robasen. Había noches en que yo me quedaba sólo, aterrorizado: en cuanto llegaba la medianoche tío José María se iba de espera, escopeta al hombro... (Pareció reflexionar). No podía ser de otra forma. La vida era muy dura. Y además, así los educaron a ellos y así a los padres de sus padres.

“Para darte una idea... Un día, no tendría yo entonces más de doce años, me envió de madrugada a Fuente de Tormes,

un pueblo distante unos cincuenta kilómetros del nuestro. Hice el trayecto solo, andando tras la caballería: siete horas de marcha a la ida y siete a la vuelta para vender una carga de paja por la que no me dieron más de cien pesetas.

“... Hoy nadie quiere trabajar en el campo. Yo fui uno de los últimos mozos en abandonar Bercimuelle: casi todos los muchachos de mi edad se habían ido ya a la capital. Y es que de siempre, en Castilla, el campo no ha dado más que trabajo y miseria. Tengo un amigo en el taller que suele decir que ya no quiere ver la tierra ni en las macetas... Y además: ¿qué sentido tenía quedarse en el pueblo, si hasta los ricos vendían sus fincas y se largaban a la ciudad?

“Así han quedado muchos campos: abandonados por falta de brazos. Si se cultivasen, podrían dar aún de comer a muchas familias. Fíjate en nuestros huertos, el Cervero y el Largo. Ya nadie los riega ni los atiende. Están muertos. Como si nunca hubieran sido sembrados...

Había un deje de tristeza, de callada protesta, en la voz de mi primo Leo. Como si latiese en ella una cuerda que dejó de vibrar hace tiempo y que ahora cantaba y sonaba de nuevo con la evocación de su juventud campesina.

Estamos como nuestros huertos, parecía decir: olvidados y sin riego, cortados de la tierra y de sus frutos, enterrados en ciudades de cemento sin memoria y sin sueños, condenados a vivir de recuerdos desvaídos, que al evocarlos nos abrazan

el pecho...

Mi estancia en Bercimuelle tocaba a su fin. Al día siguiente, 14 de agosto, pensaba regresar a Madrid.

Pasé el día oyendo viejas anécdotas del pueblo, hablando con personas de edad avanzada que conocieron a mi padre o que me conocieron a mí cuando era niño. Una de aquellas personas, un señor sano y fuerte, que afirmaba tener ya cumplidos los setenta y cinco años, con aspecto de farmacéutico o de pequeño rentista, comentaba en la taberna que cuando mi padre salió de la cárcel, estuvo durante unos días viviendo en su casa.

–Su padre –comentó–, además de un hombre bondadoso, era una persona de una tremenda rectitud moral. Pero además tenía un gran sentido del humor –añadió sonriendo–. Allá por los años veintiocho o veintinueve, no recuerdo la fecha exacta, fue a dar un mitin a Guijuelo. Cuando pasó por Bercimuelle, a visitar a sus padres, la Guardia Civil vino a buscarlo para llevárselo detenido al Puente. La pareja de la Benemérita iba a caballo y él debía seguirlos a pie, con las esposas puestas.

“Ocurrió entonces algo inesperado. Su padre se negó a andar. Los civiles, desconcertados, dudaron entre llevárselo a rastras o convencerle por las buenas de que los siguiese... Pero él no cedió. Hasta que uno de los guardias, aburrido, le propuso que se subiese al caballo y él se resignó a hacer el

camino a pie hasta el Puente del Congosto. Tengo entendido que aquel mismo día lo pusieron en libertad...

Se rió de buena gana y su risa contagió a todos los que le escuchaban.

–Hay una frase suya que no se me olvida. La pronunció en esta misma taberna, cuando salió de la cárcel. Dijo “que estos pueblos de Castilla eran antiprogresistas y que les molestaba el ruido de las fábricas. Que seguían viviendo como hace muchos siglos. Y que en el fondo, todos los castellanos odiábamos los penachos de humo que arrojan hacia el cielo las factorías modernas”. Figúrese que en este pueblo hay gente que todavía se opone a que les metan el agua en sus casas...

Salí de la taberna un tanto melancólico, con un negro presentimiento aleteándome en el pecho. Mientras andaba en dirección de la casa de los abuelos, sentí clavarse en mis botas las piedras duras y descarnadas que afloraban del suelo.

Cuando llegué al viejo caserón familiar tía Feli estaba acostada. La vecina que solía ocuparse de ella tomaba el fresco delante de la puerta. Me advirtió que tía Feli estaba muy inquieta porque temía quedarse sola cuando me marchase al día siguiente. Por lo visto, nadie había venido a recogerla.

Logré dormir varias horas de un tirón, hasta que me despertaron los gemidos de mi tía. Miré las manillas luminosas del reloj: eran las cinco de la mañana. Tía Feli descansaba en una de las dos alcobas que hacían frente a la cama que yo ocupaba. En la oscuridad densa y espesa que reinaba en la sala, todos los ruidos, hasta el más imperceptible crujido de una viga o el chirrido del travesaño de una cama, cobraban una dimensión fantástica, irreal... Me parecía estar metido, desnudo, en un gran esqueleto de piedra, de madera y de barro, en un gran catafalco que gemía, envuelto en sombras, que se revolvía y soñaba, empapado de gritos antiguos, de recuerdos dolorosos, de canciones marchitas, que pugnaban por salir a la luz, que se resistían a morir juntas, de una muerte definitiva.

En su alcoba, tía Feli seguía gimiendo y quejándose de las piernas. La oí levantarse y encender la luz de la sala. Sus pasos menudos, su pelo encanecido cortado a lo colegiala, el temblor de su barbilla ganchuda, le hacían asemejarse a una pequeña y doliente bruja escapada de un incierto aquelarre. Ya desvelado, la oí encender primero la luz del zaguán, salir a orinar a la cuadra y, más tarde, pasear sus quejidos y sus pequeña humanidad de un lado para otro del viejo caserón.

Sus gemidos redoblaron de intensidad... También crecía por momentos mi propia angustia. Intenté comprender –una vez más– la razón por la cual me hallaba encerrado en la entraña de aquella casona, a las cinco de la madrugada, en compañía de una pobre mujer que daba señales de

perturbación, que –en medio de las tinieblas– expresaba a gritos su miedo a la soledad, el horror que le producía la proximidad de la muerte, una muerte que debía habersele acercado de puntillas e iba tejiendo a su alrededor una tela de araña impalpable.

Tía Feli entró de nuevo en la sala. La vi pasar por delante de mi cama y, a continuación, dirigirse a la segunda alcoba para apagar la luz. Inesperadamente, antes de que alcanzase la pera, la puerta de la sala que daba acceso al zaguán giró lentamente y se cerró suavemente sin que nadie la hubiese empujado. (Los dos estábamos solos. La puerta de la calle y la del corral estaban atrancadas). Contuve la respiración e intenté ordenar mis ideas. Por espacio de unos minutos puse mis cuatro sentidos en la reconstrucción de los hechos, tal y como habían sucedido. Me había bastado el resplandor de la bombilla para ver como la puerta giraba lentamente y se cerraba sola. Analicé mi miedo, un miedo irracional que empezaba a invadir mis células, que me presionaba sobre la nuca y amenazaba con sumergirme...

Entretanto mi tía seguía sollozando en la oscuridad como un pequeño animal malherido. El tiempo empezaba a cobrar una dimensión fantástica, nueva para mí. De repente, me asaltó la idea de que no volvería a salir, ni muerto ni vivo, de aquella habitación. De que mi curiosidad y empeño en vencer el olvido, en desentrañar el pasado, en levantar la vieja costra de los recuerdos, había recibido un justo castigo.

Ahora presté toda mi atención a un ruido que parecía brotar de una cama vacía situada a mi izquierda. Era como una respiración acompasada y tenue: mi oído la percibía con una acuidad extraordinaria. (En ningún momento llegaría a confundirse con los lamentos que procedían de la alcoba de tía Feli).

... Por más que lo intenté, no logré hallar una explicación racional a lo que estaba sucediendo. Desde mi lecho inspeccioné las sombras e intenté descubrir la procedencia del más mínimo crujido. El de mayor nitidez era el pequeño fuelle (un pecho, o una garganta, o una boca que un día pronunció la palabra “sueño” o la palabra “amor” o, que simplemente declaró “me encuentro sólo”) procedente de la cama vacía.

Mientras tanto el llanto de tía Feli crecía en intensidad.

–Mis piernas, mis pobres piernas– se lamentaba en un puro quejido.

La oí levantarse de nuevo y dirigirse a la otra alcoba para encender la luz. Cuando la habitación se iluminó, miré a mi alrededor intentando descubrir el secreto de las voces sote-radas, escondidas en cada una de las fibras de las viejas vigas del techo; en el aparador, en la jofaina, en los viejos y descoloridos retratos colgados de los muros, en las camas y en las sillas; en todos y en cada uno de los objetos inanima-dos que llenaban la sala.

Pero la luz había levantado una barrera alta e infranqueable entre mi sangre de hombre vivo y las viejas palabras, entre mi infancia extinguida y los cuerpos heridos y olvidados de mi padre y mis abuelos. Había bastado el resplandor de una bombilla para ahuyentar los fantasmas y las sombras de la noche.

Mi tía seguía entretanto moviéndose de una habitación a otra, quejándose y poniéndose media sobre media sobre sus piernas menudas. Cuando me acerqué al banco de madera donde acababa de sentarse, me pidió que fuese cuanto antes a despertar a la vecina para que ésta le administrase sus medicamentos.

Me vestí apresuradamente, sintiendo una especie de alivio. Eran las seis de la mañana. Al salir a la calle descubrí que el cielo estaba cuajado de estrellas. Antes de correr a llamar a la vecina, respiré profundamente, llenando mis pulmones con el aire frío de la noche.

A mi regreso, tía Feli seguía sentada en el banco de madera. Cuando nos vio llegar se inclinó hacia el suelo y se balanceó con un movimiento rítmico, mientras se palpaba las piernas doloridas:

– ¡Ay, Carmen! –le contó a la vecina en un puro grito– ¡Qué dolores tengo! ¡No ha venido nadie a buscarme! ¡Y mañana mi sobrino se va y yo me quedo sola!

La vecina era una mujer delgada, de facciones delicadas, que no tendría más allá de treinta años.

Con ternura y paciencia infinitas, tranquilizó a mi tía antes de administrarle sus medicamentos. Después, le calentó una taza de tila que la enferma bebió a pequeños sorbos, temblándole el tazón en las manos.

– ¡Esta chiquilla!... –En varias ocasiones se dirigió a ella con este cariñoso diminutivo–. ¡Hay que ver como se pone! Te vas a acostar ahora mismo y vas a dormir. Mañana vendrán a buscarte. Tenlo por seguro. Y quítate esa ropa... Si no, sudarás a chorros.

Por la puerta de la calle, que había quedado entornada, empezaba a penetrar en el zaguán un resplandor levemente rojizo, que anunciaba el final de la noche.

–Ahora a dormir de un tirón– le dijo la vecina a tía Feli mientras la acompañaba al dormitorio.

Cuando regresó de la alcoba se sentó a mi lado y me hizo una última recomendación:

–¿Por qué no se acuesta? Debe estar cansado con todo este trajín. Si me necesita, no dude en llamar otra vez a nuestra puerta. Pero no creo que sea necesario. Su tía duerme profundamente.

–Gracias –le contesté con un gesto de lasitud–. Ya es tarde

para que me vuelva a meter en la cama. De todos modos le agradezco su ayuda. No sabía ya que hacer con ella.

Había vuelto a quedarme solo. Consulté de nuevo mi reloj: eran las siete menos cuarto de la mañana. No tardaría ya en amanecer. Durante unos minutos me entretuve contemplando el macuto, como si acabase de descubrir en él a un amigo, a un confidente capaz de escuchar y comprender el relato de mis viejas pesadumbres.

Inesperadamente, oí un ruido apagado de alas. Un pequeño murciélago pasó volando, rozándome casi la frente, antes de irse a perder en el fondo del zaguán. (La puerta del corral había permanecido cerrada toda la noche. La de la calle estaba apenas entornada. ¿Por dónde había podido penetrar el murciélago? ¿Y qué significaba esta última advertencia de la noche?).

Con un sentimiento de angustia, como si quisiera hurtar mi cuerpo a aquellas voces irreales, a esas sombras secas y tristes, a esos signos oscuros e incomprensibles, me puse de un salto en pie y corrí hacia el resplandor del día, hacia la vida que me esperaba afuera.

Una vez en la calle, abrí el portalón de par en par. Después me senté en el poyo de piedra y, reclinado sobre el macuto, aguardé esperanzado a que amaneciera...